



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Arizón, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Ercón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo ASENSIO (D. Pedro), Campomar, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casuro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo ASENSIO (D. Gonzalo), Cabanque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Enlate, Fabiá, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartsenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanáz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRIPCION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 26 de Febrero de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jeronimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—La libertad: estudio sobre la revolucion, por D. Pablo Nougués.—De la conservacion de la energia en el mundo material, por D. José Echegaray.—El arte y la libertad en Grecia, por D. Eusebio Asquerino.—Fisonomia de un gran pintor: Nicaise Keyser, por D. Héctor Florencio Varela.—La universalidad de la democracia, por D. Emilio Castelar.—Las ideas sobre la muerte y el mal en el pasado, por D. Alfredo Opiiso.—Impresiones de Carnaval, por D. Manuel Reina.—Excursiones de invierno: Niza y Mónaco, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—La cruz de San Fernando, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Chile y Perú.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Cualquiera hubiera dicho, viendo la lluvia de los pasados dias, que más que al Domingo de Máscaras nos íbamos acercando á un nuevo Deucalion, ó que la naturaleza, por un capricho de que hay pocos ejemplos, habia querido convertir las calles de este heróico pueblo madrileño en canales navegables, para que este año pudiéramos celebrar aquí el Carnaval á semejanza del famoso de Venecia, donde acuden gentes de todos los países del mundo, hay fiestas magníficas, bromas originales y trajes que no se hacen nunca sin pedir antes inspiraciones al lujo, á la mitología y al ingenio.

El sol ha vuelto á visitarnos, y aunque tiene el rostro ceñudo y displicente, hay que perder el temor de un segundo diluvio y las esperanzas de una trasformacion maravillosa que haria inútil el empedrado y preciso cambiar los tranvías y los coches de punto por vapores ó góndolas.

Un escritor, amigo mio, ha dicho que la alegría general es una suma de aburrimientos particulares. Si lo dudais, consultad al Carnaval. ¿Qué es? El espectáculo de centenares de máscaras que chillan, vociferan, rien, nos estropean con sus bromas y se entregan, en fin, á los placeres de la más loca alegría.

Esta fiesta, nos trae, sin embargo, un regalo para todo el año.  
 La careta.

\*\*

Las cuestiones planteadas en la Península greco-eslava durante los últimos tiempos, siguen preocupando hondamente la atencion de todos aquellos que convencidos de que la actitud veleidoso de las potencias no ha evitado que la Puerta siga resistiendo y el Gobierno de Atenas aperebiendo-

se para la lucha, ven cercano el dia en que las hostilidades van á romperse.

La causa de los griegos despierta extraordinarias simpatías. Y Grecia es digna de esa veneracion que todos los pueblos de Europa la tributan. Ella, en cuyo seno se unieron el espíritu de universalidad de la antigua Roma con sus grandezas, y el génio artístico de la vieja Grecia con sus obras inmortales; ella, que dió al mundo entero las bases de la filosofía, del arte y de la política; ella, de donde las modernas sociedades copiaron el sentido de libertad como nunca supo entenderle el mundo antiguo, es digna de que las naciones de Europa, confundidas en este sentimiento de admiracion y en el deseo generoso de hacer una guerra cruel imposible, impongan á Turquía la aceptación de los límites trazados por la Conferencia de Berlin.

La Conferencia de Berlin habia reconocido los derechos de Grecia sobre el Epiro, incluso Janina y Metzovo, y sobre Tesalía comprendiendo á Laris. Las potencias mediadoras habian concedido á la Sublime Puerta, por la nota colectiva de 25 de Agosto, que la decision de la Conferencia era definitiva en cuanto á las fronteras griegas, y que ellas no podian consentir que se abriese sobre este punto nuevo debate. Pues bien, el debate nuevo le promovió la proposicion de arbitraje. Esa proposicion borró en un minuto el trabajo de muchos años. Su suerte fué desdichada. Pero su herencia no lo ha sido ménos. Resultado de ella es la obstinacion tiránica de los turcos, y la ira mal reprimida de los griegos.

Entre los documentos que contiene el *Libro azul*, publicado recientemente en Inglaterra, figura un despacho sobre venta de 30.000 fusiles hecha por Francia á España. Esto ha dado lugar á que la izquierda de la Cámara de diputados interpelase al Gobierno francés. En el debate promovido por esta causa, M. Gambetta ha vuelto á desmentir energicamente á cuantos le atribuyen propósitos belicosos. Francia, en concepto del gran orador, debe estar preparada para rechazar cualquier agresion, pero sin provocarla. Como los enemigos de la república encuentran en esta política de aventuras de que se supone animado el Gobierno, motivo para combatirle, conviene hablar para deshacer mal urdidos manejos electorales, para que se conozca el verdadero alcance de la actitud de Francia en la cuestion helénica, para que se sepa quiénes son los que pretenden engañar á la patria y quiénes los que la aman hasta la muerte.

\*\*

La desesperada cuestion irlandesa sigue revistiendo caracteres terribles. M. Davitt el fundador de la *Liga Agraria*, ha sido preso y como sus discursos violentos y atrevidos, su prision ha producido impresion vivísima en Irlanda. Las sesiones perdurables, las agitaciones continuas, los tumultos ruidosos, la tiranía presidencial, los debates mantenidos por los irlandeses como el fuego por los romanos para que el conflicto entre opuestos y contrarios intereses no llegue á resolverse en sentido distinto al que los defensores de la Liga anhelan, se han dulcificado algun tanto. Sesiones ha habido, oasis en el desierto, enteramente pacíficas, una de ellas la en que M. Sullivan logró impresionar á la mayoría al profetizarla que la derrota de los *home rulers*, aprovecharia solo á los torys, que los liberales serian excluidos del poder y que pronto se arrepentirian de su política anti-irlandesa.

De los 150 diputados de Irlanda, solo 40 están unidos á Mr. Parnell, y emplean la táctica obstruccionista. Al principio de la suspension se creyó que los *homerulers* abandonarían el Parlamento por toda la legislatura, pero han preferido permanecer en sus puestos, sabiendo que el Gobierno una vez en el camino de la represion, no retrocederia.

Los últimos telegramas nos dan noticia de que la Cámara de los Comunes ha aprobado por 415 votos contra 63, la proposicion Gladstone pidiendo se declare el punto suficientemente discutido y que despues ha aprobado tambien todos los artículos del proyecto de ley sobre Irlanda. Esperemos, pues, los nuevos sucesos.

Las sesiones del Consejo democrático de Roma no han producido el más ligero tumulto y eso que los reaccionarios habian profetizado que serian tumultuosas. No se ha llegado á un acuerdo definitivo. Los republicanos intransigentes, además del sufragio universal, pedian que se abriese un periodo constituyente. Los republicanos doctrinarios, considerando que no ha llegado aún el momento de la accion, quieren hacer de la democracia un partido de gobierno capaz de ir anulando la monarquía mediante sucesivas reformas. Una cosa han demostrado, sin embargo, rivalizando lo mismo los intransigentes que los doctrinarios en respecto al orden, que la democracia ha dulcificado tanto las costumbres públicas, ha comprendido tan bien que su mision es de armonía y de concordia, que aún en momentos de sobrecitacion y de peligro, sabe triunfar de las asechanzas que la perturbacion y el escándalo quieren inútilmente poner ante su paso.

Los rumores de guerra civil en la pacífica An-

dorra, han tardado bien poco en desmentirse. Andorra está ahora tan pacífica y contenta como en el último acto de la zarzuela, en que se dice que la española infantería es valiente por que sí.

¡Una revolución en Andorra!  
Un naufragio en un vaso de agua.

Hemos sido profetas. Si la crisis se planteara, decíamos veinticuatro horas antes de plantearse, sería éste un triunfo de la opinión pública enfrente de la arbitrariedad y del pandillaje. Se ha empeñado en que el Sr. Cánovas se hunda con todo su orgullo olímpico y todas sus mentidas grandezas, y lo va á conseguir.

Ya lo ha conseguido. La política conservadora, que hizo de lo que debía ser un Gobierno constitucional y parlamentario una verdadera autocracia; que lanzó el anatema de la ilegalidad sobre todos los partidos democráticos; que puso al igual de la justicia el compadrazgo y más alto que ella el satánico orgullo; que se gloriaba de haber hecho una paz conquistada por otros; que explotó la promesa de arreglo de la hacienda, estando firmemente resuelto á no cumplirla; que contaba los abusos por actos de Gobierno y las irregularidades por minutos; que puso, en una palabra, sus intereses delante de los intereses de la libertad, de la justicia y del derecho, ha sido desterrada de las esferas del poder, y encontrará bien pronto por sepulcro el olvido. Sobre la losa que le cubra no se escribirá ni una palabra de cariño. Su oración fúnebre fué una carcajada. El Gobierno no iba á la muerte como los antiguos filósofos estoicos, con la sonrisa en los labios. Moría maldiciendo lo que siempre había odiado, la libertad y la democracia. ¡Qué parte tienen en este triunfo de la opinión los banquetes democráticos que se proponían antes que todo y primero que todo, protestar contra la política conservadora? El Gobierno del Sr. Cánovas puede constatar por nosotros. Su testamento fué una arbitrariedad.

Llegando hasta ella para prohibir los banquetes democráticos, bien claro demostraba el miedo que éste despertar de la opinión dormida, á quien la voz del entusiasmo decía: «despierta y anda», le había producido.

Forman el nuevo Gobierno el Sr. Sagasta, presidente del Consejo de ministros, antiguo escritor, polemista temible, tribuno eminente; el señor marqués de la Vega de Armijo, ministro de Estado, embajador que fué de España en París; el Sr. Alonso Martínez, ministro de Gracia y Justicia, gran jurisconsulto; el Sr. Martínez Campos, ministro de la Guerra, capitán general de los ejércitos, víctima de los manejos conservadores; el señor Pavia y Pavia, ministro de Marina, vicealmirante de la Armada; el Sr. Camacho, ministro de Hacienda, senador, partidario de la libertad de comercio; el Sr. D. Venancio Gonzalez, ministro de la Gobernación, vicepresidente del Congreso, competente en cuestiones financieras; el Sr. Albareda, ministro de Fomento, andaluz, escritor notable, orador elocuente; y el Sr. Leon y Castillo, ministro de Ultramar, jóven, buen mozo y orador de gran espectáculo.

Los antecedentes de los nuevos ministros son bien conocidos. Por eso el Sr. Sagasta decía en el Congreso: «si todos vosotros señores, diputados, conocéis los antecedentes de los señores ministros, conocidos son también del país los compromisos que hemos contraído en la oposición y que honradamente pensamos realizar en el poder, siempre con el concurso de las Cortes y con la confianza de la Corona; que no hemos de venir al gobierno á realizar cosas contrarias á las que en la oposición hemos proclamado y defendido.»

El discurso del Sr. Sagasta significaba un compás de espera para el cumplimiento de las promesas que el partido fusionista había hecho en la oposición. Esto nos aconsejaba esperar. Pero actos posteriores del Gobierno nos obligan á aplaudirle para que, convencido de nuestra justicia, tenga en lo que valen nuestras censuras cuando el momento de las censuras llegue. El indulto de la prensa, desquite contra las vaguedades de una ley que ha permitido que el escritor viva en las amarguras de una incertidumbre eterna, porque lo que hoy pasaba por inocente á los ojos del Gobierno mañana podía ser considerado como criminal, ha conquistado al Gobierno del Sr. Sagasta la gratitud sincera de los periodistas españoles, de que nunca gozó el Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo.

El respeto á las leyes, triunfando de las exigencias y de los compromisos de partido, le asegura un compromiso de honor de los demócratas, que al congregarse para propagar sus ideales de toda la vida con la misma energía que siempre, revelan con su discreción, con su concordia, con su ordenado entusiasmo, que antes de pedir libertad han aprendido á hacerse dignos de ella.

La circular del ministro de la Gobernación, sencilla, como al descuido escrita, llena de sinceridad y de un espíritu liberal que trasciende en todos sus párrafos, anunciando la emancipación del cuerpo electoral, la reforma administrativa, la libertad de conciencia, la de comercio y la de enseñanza, es digna de elogio porque revela que el Gobierno, lejos de olvidarse en el poder de las promesas que hizo combatiendo la desdichada política del Sr. Cánovas, se afirma en ellas, las explica, las concreta, y dándolas nueva vida y forma más elocuente, lleva á nosotros la esperanza fundada de que en término breve puedan verse cumplidas.

La actitud de benevolencia que enfrente del nuevo Gobierno ha tomado la democracia, sólo aplausos merece. Quien ha sufrido con resignación la tiranía de una política conservadora seis años, no sería digno de la libertad si al solo anuncio de ella se aprestase á correr aventuras indisciplinables. Otra virtud más de la moderna democracia.

Pero es preciso que no se confunda la benevolencia con la amistad.

Ser benévolo, es conceder una tregua en los accidentes.

Ser amigo, es renegar en la esencia.

Los demócratas, asociándose en fraternales banquetes, obsequiando al elocuentísimo tribuno señor Martos con una serenata magnífica, hablando y escribiendo, rindieron el pasado día 11 de Febrero el tributo de su admiración entusiasta al recuerdo de un suceso de todos querido que en nuestra historia tendría por glorioso la democracia.

Pascal lo decía.

Los hombres deben al pasado que les habla de glorias conquistadas, su amor. Pero no deben buscar las edades de oro mirando atrás. La edad de oro está en el porvenir.

*El guardian de la casa* puede ser un criado fiel ó un perro de presa. Convengo con Ceterino Palencia, sin embargo, en que el mejor guardian de una casa es una madre, y con la crítica y el público en que Ceterino Palencia, maestro en *Carreras de obstáculos*, sabe hacer comedias como pocos.

Figuráos un marido dedicado á proteger á los animales y á cazar, y una mujer para quien no hay ocupación más digna que escribir romances y novelas. Si en medio hay una niña de diez y ocho años, bonita, coqueta, antojadiza, irascible... ¿qué sucederá? Que la madre gastará su dinero en imprimir libros y el padre en pólvora; pero que la hija se quedará sin educación haciendo infelices con sus veleidades á cuantos la amen y siéndolo ella misma.

Carmela es prima hermana de Consuelo. ¡Cuántas veces, encontrándose en el Retiro, á la puerta de las Calatravas, ó en el foyer del teatro Real, no las hemos visto saludarse con un beso ruidosísimo, preludio de una risa franca y alegre! Las dos son preciosas, elegantes, llenas de ingenio y gracia, adorables. Pero miradlas más detenidamente. En el corazón de Consuelo ha entrado la ambición: por la linda cabecita de Carmela la coquetería se pasea como un conquistador. La una ama por egoísmo, la otra por entretenimiento.

Un día á los ojos de Consuelo se presenta un hombre elegante, millonario, que la ofrece todos los refinamientos que el lujo ha inventado. Consuelo no quiere otra cosa. Acepta la mano de Ricardo y á su ambición sacrifica todos sus sentimientos. Carmela promete querer á un jóven que por ser su esposo, va á América en busca de gloria y de fortuna, y á los dos años no se acuerda ni aun de su nombre. Consuelo es el egoísmo; Carmela la volubilidad. Consuelo será capaz de repetir el sacrificio cien veces, si cien veces fuera necesario; Carmela en cuanto oiga una voz que hable á su corazón dormido se avergonzará de sus errores. Por eso Carmela se transforma y se redime por el amor. Por eso Consuelo abre su expiación con esta exclamación terrible: ¡Qué espantosa soledad!

El público dice que hace algunos años no ha visto una comedia tan acabada como la de Ceterino Palencia. Yo opino en esto como el público. ¡Qué personajes tan admirablemente retratados! ¡Qué sobriedad en la versificación! ¡Qué conocimiento en la escena! ¡Qué delicadeza y que ternura! No parece sino que Ceterino Palencia, antes de escribir su última obra, ha sorprendido á Breton y á Feuillet dándose consejos.

*El guardian de la casa* va á ser el guardian de todas las empresas de teatros.

Los estudiantes, en llegando esta época, van á las horchaterías, convertidas milagrosamente en almacenes de trajes olímpicos, á alquilar una rizada capa negra ó un mugriento sombrero de tres picos; dejan el Derecho romano y la Anatomía por una guitarra; se preocupan más de las notas del pentagrama que de las que puedan tocarlas en justicia cuando Junio venga con los exámenes; se unen en alegre comparsa con sus compañeros, y durante la noche recorren las calles llenando el aire de armoniosos sonidos, atesorando ilusiones y diciendo al amor que despierte. Es una conjuración contra los corazones de las muchachas y contra los bolsillos. Pero las autoridades hacen la vista gorda. La música es más que la hermana del amor: es una fantasía admirable de sentimientos y pasiones.

No hay quien tenga tanta afición á la música como los árabes: su amor es una ópera, sus quejas y sus alegrías, notas escapadas de su guzla á quien el corazón las trasmite: sus cantos tienen siempre algo de la tristeza de sus suspiros; son sus lamentos una lágrima que la melodía arranca al alma, y hasta sus más terribles pasiones tienen en el divino arte exacta y perfecta expresión. Son verdaderos artistas: por eso aman tanto la música y las flores.

Un himno guerrero enardece nuestra sangre de tal modo, que al escuchar sus notas, el hombre más débil se siente capaz de cualquier empresa, pordi-

ffil y arriesgada que sea. Europa va en las Cruzadas á libertar del martirio millones de cristianos, entonando cánticos religiosos que suben á las superiores esferas, como la plegaria de un ejército que confía en Dios y en lo generoso de su causa para conseguir la victoria. Francia conquista el mundo al bélico son de la Marsellesa, y al eco de sus acentos, que conmueven las empolvadas pirámides de Egipto despertando á la vida otras generaciones, el mundo se doblega ante la voluntad de un hombre que representa la gloria del pueblo francés. Zaragoza, en fin, la inmortal Zaragoza canta en su popular jota, la independencia de España, logra abatir el influjo prepotente de un héroe, y la mano de Agustina, encendiendo la mecha del célebre cañón, señala al vencedor de Austerlitz el camino de Santa Elena.

Arquímedes decía: «dadme una palanca y moveré el mundo.» Con tanta razón puede decirse: «un pueblo que se aficiona á la música será un pueblo de hombres virtuosos y valientes.»

Yo no sé si los estudiantes que hacen de las fiestas carnavalescas un paréntesis del curso, tendrán en cuenta ese ímpetu guerrero que la música despierta en nosotros. Lo que no puede durarse es que los hace atrevidos.

Dejemos que rian y gocen; ¡la felicidad es tan mudable! Ellos llegarán á Junio y serán con los exámenes en el purgatorio.

El Carnaval que empieza el Domingo de Quincuagésima con las danzas valencianas y acaba el Miércoles de Ceniza con el tradicional entierro de la sardina, tiene pocos lances aunque otra cosa parezca viendo un baile de máscaras de la Zarzuela desde las alturas de un palco segundo. Conocemos otro más interesante y concurrido. Se verifica en un bazar y se entra en él cuando á la ambición y al egoísmo se les piden las llaves. ¿Quién no ha oído contar algo de lo que allí sucede?

En ese Bazar se compran reputaciones de honradez y de virtud con la misma facilidad que los dientes postizos; se alquilan honores y distinciones sin más trabajo que el empleado para alquilar los trajes de máscaras; se adquieren los títulos de reputado, eminente y distinguido por poco precio, y hasta el valor se gana á menos costa que le ganó el héroe por fuerza, de que frecuentemente nos hablan libros y comedias.

Para comerciar en ese mercado es preciso haber perdido toda virtud; pero los que tienen fama de más asíduos concurrentes dicen y protestan creer en Dios y amarle sobre todas las cosas.

Es verdad. Como el avaro de Quevedo, están esperando á tener todas las cosas para amar á Dios sobre ellas.

En la cartera de un preso político.

Las cárceles tienen también días de gloriosa memoria. Mirabeau aguzó su ingenio en los hierros de un calabozo, según la feliz expresión de Lamartine; Voltaire ensayó en una cárcel aquella risa que hizo pensar al mundo en una nueva redención para librarse de la burla. Cervantes empezó en una prisión su inmortal *Quijote*. Los Girondinos celebraron en una cárcel la famosa cena que precedió á su suplicio, y aquella cárcel será eterna, porque en sus paredes se escribió con sangre el decálogo de la democracia.

Después del Carnaval.  
—¿Te han dado muchas bromas?  
—Una. Me han quitado el reloj.  
—Pues no tengas cuidado, que si es broma ya te le volverán.

—Quise espiar á mi mujer. Pero en vano. En cuanto me vió detrás de ella, soltando la risa, me dijo: «te conozco».  
—¿De qué ibas vestido?  
—De oso.

MIGUEL MOYA.

## ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

### ARTÍCULO IV

Ya hemos dicho que al ser espulsados los jesuitas de Francia, una buena parte se habían venido á España. Aquí se vé, una vez más, las dificultades que se crean los Gobiernos cuando no saben ó no quieren colocarse en una actitud resueltamente liberal, dentro de los principios de su escuela, sin tener complacencias que ningún provecho ha de traerles y si acarrearles grandes disgustos. Las situaciones liberales se hallan tan lejos de la intransigencia de aquellos que, por un espíritu de partido mal entendido rechazan sistemáticamente el establecimiento de comunidades religiosas, como de los que enemigos declarados de la libertad, la invocan cuando les conviene y para sus fines particulares. Como procuramos, antes que todo, ser justos, declaramos con toda sinceridad que la situación que tenía el Gobierno anterior, era un tanto difícil porque, ¿cómo rechazar los padres de la Orden para que se establecieran en cualquier punto de la monarquía que tuvieran por conveniente? Decimos más: ¿cómo no dejar de protegerlos y de complacer á influen-

cias muy respetables, despues de tantos alardes de mogigatoeracia? Y por otra parte, ¿no pudieran querer establecerse,—como lo han hecho,—en algunas provincias fronterizas de la vecina república?—Y en este caso, ¿no se corria peligro de que aquella nacion vecina y amiga se quejara por que entendiese ó que se perjudicaban sus intereses ó bien que se favoreciera á la Orden para que, más ó ménos directamente, siguiera influyendo en la educacion de aquella juventud? Y si llegara este caso, ¿que magnífica contestacion hubiera sido la siguiente: las leyes españolas autorizan el culto público y privado de toda religion positiva, sin más limitacion que las generales de la moral y del derecho, como tambien autorizan la libre asociacion para todos los fines pacíficos de la vida! Por consecuencia, el Gobierno no puede inmiscuirse en esa clase de cuestiones. Hemos hablado antes de que la situacion pasada se veria obligada á prestarles proteccion, y el rumor público afirma que esta se ha llevado hasta el punto de facilitarles algun convento ó casa, como ellos llaman. Si esto fuese cierto, ¿con qué derecho dispone el Gobierno de bienes que pertenecen á la nacion?

Sale fuera de nuestro propósito el tratar á fondo la cuestion que en los momentos que escribimos ha preocupado más ó ménos la prensa de Europa, relativa á censurar ó aplaudir la conducta del Gobierno republicano francés, por lo que respecta á la expulsion de la Orden y á los demás puntos comprendidos en los decretos de Marzo. En primer lugar, bien puede asegurarse que parte del ruido que se ha formado, obedece, más que todo, al deseo de criticar y zaherir todo lo que hacen aquellos republicanos, y es muy de presumir que si los célebres decretos llevarán la firma de un rey, serian juzgados con más benevolencia. Sin aplaudirlos ni censurarlos, por el momento, sólo diremos que añadir una expulsion á las 44 ó 46 que lleva la Orden, no es para mover tal escándalo.

Si los hombres que están al frente del Gobierno de la vecina república han tomado los acuerdos relativos á las órdenes religiosas, y en particular á los jesuitas, movidos por un espíritu de jacobinismo de que con tanta dificultad se curan los partidos revolucionarios, han sido, sin saberlo, reaccionarios, porque han estado muy atrás del tiempo en que vivimos. Si lo han hecho por un espíritu de venganza, ó por una revancha contra el Senado, por haber éste rechazado el famoso artículo 7.º, no obraron como hombres de Estado. Lo que debieron hacer era respetar el acuerdo de aquella Cámara, no intentando menoscabar su autoridad para nada, porque esos cuerpos de índole conservadora dentro de cada situacion, si son una rueda más ó ménos necesaria, pero útil, en los Gobiernos monárquicos, son de alta importancia, y absolutamente indispensable su autoridad en las repúblicas; tanto más cuanto más democráticas sean estas. De nada tienen tanto que temer las democracias como de sí propias y de verse entregadas sin contrapeso á sus instintos, generosos sí, pero inoportunos, de reformarlo todo, tomando por medida la velocidad ideal que no está de acuerdo con la marcha de las naciones, que, como todas las grandes masas, tienen una fuerza de inercia difícil de vencer, y que no pueden perderse de vista estos dos principios de conducta política; primero, que toda reforma que, por útil que sea, no tiene sus raíces en la opinion, corre grave peligro de no ser duradera; y segundo, que en política, como en mecánica, no puede prescindirse de un factor, que es el tiempo, que sólo respeta sus propias obras. Si los demócratas franceses tomaron aquellas medidas por temor á las predicaciones reaccionarias de los ultramontanos y á los trabajos del púlpito y del confesionario, han padecido, en nuestro concepto, una gran equivocacion. Los medios, aunque siempre reprobables, se combaten sólo por una instruccion sólida y generalizada á todos los individuos de los dos sexos, por el ejercicio de los derechos políticos, y una moralidad enérgica y severa. ¿Qué importan esos trabajos subterráneos! La ciencia y el progreso han luchado contra las preocupaciones, contra el fanatismo, contra los ejércitos organizados, contra el patibulo y el tormento, contra el famoso Tribunal de la Inquisicion, contra el derecho divino de los reyes y las pretensiones temporales y dominadoras de la tiara, y los han vencido sin otros medios, ni otros recursos más que la exposicion de la verdad, que al fin y al cabo se abre paso. Flaqueza grande seria el temer siquiera que las tinieblas que salen de allá, de los lagos del pasado, con su acompañamiento de los gases delectóreos y mefíticos de la supersticion, de las preocupaciones y de la ignorancia pudieran oscurecer el sol de la libertad. Pero si los hombres del Gobierno republicano han tenido motivos bastantes para creer con conciencia honrada que la Congregacion de Jesús, ú otra cualquiera, eran agentes políticos de los partidos reaccionarios, ú obedecian órdenes de fuera ó dentro de la nacion, dictadas con objeto de perturbarla ó cambiar las instituciones que el país se ha dado; si tenia motivos justos para creer que la enseñanza por ellos suministrada eran perjudiciales ó contrarias á la moral pública ó privada ó á los intereses de la patria, hicieron bien en expulsarlos y tomar contra ellos las medidas que las leyes permitan, aún corriendo los compromisos que estas pudieran acarrearles, pero, así como no le es dado al hombre de honor volver la espalda al enemigo, así

no le es permitido á ningun Gobierno dejar, por debilidad, que se lastimen los intereses morales ó materiales que tiene el encargo de defender.

No puede negarse á la Compañía de Jesús, y á sus individuos en particular, actividad y aficion al trabajo, ni ménos un exquisito tacto para hacerse consejeros simpáticos de las personas que, por su riqueza ó posicion social, pueden serles muy útiles. No há mucho que han venido á España, y ya tienen fábricas, edificios, propiedades adquiridas, colegios establecidos y todo lo que indica riqueza y prosperidad. Aplaudimos sinceramente la actividad útil en cualquier punto que se encuentre; así como creemos que, en términos generales, no hay Congregaciones más funestas para el país que las mendicantes, expuestas á crear conflictos en aquellos pueblos ó municipios donde la mendicidad está prohibida. La caridad y la filantropía son sublimes, honran sobremanera al que las ejerce, hablan mucho en favor del corazon humano y enaltecen al que, sin alarde, las ejercita; pero, vivir de la caridad pública ó privada, implorarla cuando se puede trabajar y ganar su sustento, es una indignidad de parte de quien la solicita, una inmoralidad y un mal ejemplo para el país en general, y lo que es peor, una usurpacion del alimento del pobre, porque el término medio que el inventario nacional del producto del trabajo arroja para cada individuo es tan exiguo que le llega con dificultad para hacer frente á las necesidades perentorias. De suerte que puede formularse esta ley: lo que consumen los individuos que no producen, es precisamente lo que dejan de consumir y lo que absolutamente necesitan los que producen y trabajan. Por lo dicho, este cargo no puede hacerse á los Padres de la Orden; y si los industriales se quejan de la competencia que pueden hacerles sus fábricas porque producen mejor ó más barato, el remedio le tienen en la mano: trabajar, mejorar los procedimientos y, por consiguiente, los productos. Lo mismo puede decirse á los que temen la concurrencia de sus colegios. Es verdad que estos están montados de manera que solo puedan concurrir á recibir enseñanza los jóvenes cuyas familias disfrutan de grandes bienes; de fortuna, pero es igualmente cierto que, la enseñanza para ellos suministrada bajo el punto de vista de la ciencia, deja mucho que desear, y seguramente no está á la altura de lo que hoy exige la pedagógica.

Pocas palabras nos restan que decir de la reseña, aunque breve demasiado larga para esta clase de escritos, referente á la Compañía de Jesús. Pero, antes de concluir, queremos desembarazarnos de una duda que se presenta á nuestro espíritu, creyendo que se nos podria hacer la siguiente crítica ú objeccion: si estos modestos estudios llevan por epigrafe «España y sus colonias,» ¿por qué haber seguido, paso á paso, á la Compañía de Jesús hasta los momentos que esto escribimos, no solo en España, sino en las demás naciones? La respuesta nos parece fácil. El epigrafe, «España y sus colonias,» envuelve en sí la idea de investigar y analizar cuanto á la manera de ser de la civilizacion española se refiere, y por eso hemos tenido buen cuidado en los artículos antecedentes de hacer notar los efectos y consecuencias que han tenido para el adelanto en general los hechos más notables de nuestra historia, como, por ejemplo, el descubrimiento y conquista del nuevo mundo. Por la misma razon no podíamos pasar en silencio el acontecimiento coetáneo de aquellos hechos y de no ménos trascendencia en el mundo que ellos, por lo menos durante un período determinado; y este es la creacion de la Orden, producto de la civilizacion, de los entusiasmos y rencores, de las tradiciones; en una palabra, de la historia de España y de sus luchas para la reconquista. Es esto tan cierto que leyendo las constituciones de la Orden, se ve bien á las claras lo que hay en ellas, debido al carácter de su fundador, y así se percibe á la simple vista la severidad y el valor del guerrero, la rabia encarnizada é implacable contra el enemigo, el objetivo de vencerlo encontrando buenas todas las estratagemas que den el resultado apetecido, la obediencia ciega al general que manda; al mismo tiempo que se deje traslucir las sagacidades y astucia del antiguo page acostumbrado á las falsedades de la corte y que repara poco en los méritos con tal de conseguir el fin. Para que nada falte, el nombre mismo que lleva la Sociedad indica bien, no sólo su origen español, sino la idea de ejército y de lucha. No solo su fundador y primer general de la Orden fué español, sino que tambien sus dos sucesores Jacobo Laynez y Francisco Borgia, y ademas otros que, si no eran españoles, eran napolitanos y belgas: es decir, de dominios españoles.

Otra razon, en nuestro sentir, de algun peso para creer procedente el sucinto exámen de que venimos ocupándonos, es que, como ya hemos dicho, siendo la Orden desde su creacion los pretorianos del Papado, y habiendo sucedido lo que era de preveer, que concluyeron por dar la ley á aquello mismo que defendian, y siendo, por consiguiente, la curia romana, con ciertos intervalos, la manifestacion del pesimismo y tendencias de la Compañía, y habiendo tenido España la malhadada ocurrencia de ser el brazo armado de la intolerancia romana; fácilmente se comprende que no puede hacerse un estudio de alguna importancia, de la marcha, fortunas y desgracias de nuestra patria, sin hacerlo al mismo tiempo de la Compañía de Jesús, que tal ha tenido y aun tiene en el mundo. Entre otras muchas razones que podíamos alegar, y que en obsequio á la bre-

vedad omitimos solo, añadiremos, es digno de tenerse en cuenta el que al poco tiempo de establecerse la Compañía pasaron algunos de sus individuos al Nuevo Mundo, y bien puede afirmarse que la civilizacion ibérica en aquel continente con sus ventajas y sus defectos, ha sido grandemente influida por la manera de ser de la Orden. Ya se ha hablado anteriormente de sus trabajos geográficos, lengüísticos, universitarios, comerciales, agrícolas, etc., y en obsequio á la justicia y en honor de ella, nos permitimos reproducir aquí las palabras de Alejandro Humboldt: «no ha habido en América un promontorio que doblar, el curso de un rio que seguir, un bosque virgen que penetrar, un contorno que escudriñar, que no lo haya hecho un padre jesuita, y la geografía les es deudora en aquel continente de importantes investigaciones.» Al lado de esto, ya hemos visto tambien las quejas contra ellos formuladas, las graves acusaciones contra ellos dirigidas, sus luchas con las otras comunidades religiosas, y por último, los resultados de su soberanía en el Paraguay, la guerra sostenida contra España y Portugal, origen de sus mayores desdichas, y de la bula de Clemente XIV extinguiendo la Orden.

Las consideraciones que á la Orden se refieren dan lugar á tal número de cuestiones y problemas, que para tratarlas, aunque fuera muy someramente, se necesitaria escribir uno ó más libros. Pero sale esto fuera del cuadro que nos hemos propuesto, y así hemos de contentarnos, por el momento, con bosquejar solo á grandes rasgos la cuestion siguiente. Por lo poco que queda dicho se infiere que la Compañía ha tenido desde su creacion una actividad, una constancia en el estudio, en el trabajo y un número de hombres notables que no pueden disputarles las otras comunidades religiosas; se han establecido en todas las partes del mundo, se han hecho admitir en todas la cortes más importantes del Asia; testigo de ello son China, Abisinia, Japon, Persia y otras naciones. Tambien se ha visto que lo mismo han hecho en Africa y en América; han contribuido poderosamente á estudiar los idiomas de dichos países entonces desconocidos para Europa y han llegado á tener uno como en el Paraguay. Sus riquezas, su comercio, sus factorías de todos los puntos conocidos eran tales, que, segun decia un prelado español, sólo podian competir con ellos en actividad los holandeses. Lo cual prueba dos cosas: que por gran importancia que dieran á todo lo espiritual, no olvidaban lo temporal á la vez que comprendian perfectamente que las riquezas son el medio más seguro de la influencia y de la dominacion. El comercio y la especulacion que tan perfectamente entendian y entienden, no es el único terreno donde brilló la Compañía, pues ya hemos visto que su ocupacion principal era la enseñanza, y no puede negarse que en este ramo eran superiores á las otras órdenes monásticas y lucharon, á veces con ventaja, contra los protestantes. No sólo tuvieron la feliz idea de suprimir la ocupacion, tal vez en su principio mística, pero despues de toda rutina mecánica, de coros, cantos, oraciones etc., que les hacia perder una gran parte del dia, y por lo cual fueron rudamente atacadas por los protestantes, las otras órdenes religiosas, sino que además trajeron la saludable reforma de atender al desarrollo físico, introduciendo en sus colegios los ejercicios corporales, el aseo personal, la higiene, y prohibiendo el excesivo estudio ó el hecho en horas que pudiera perjudicar la salud, proporcionando además la comodidad y bienestar que les atrajera las familias ricas y poderosas. Sus cuidados, sobre el particular, los llevaron hasta tal punto que, comprendiendo la importancia de la belleza, conocido es de todos que una de las condiciones más atendibles para ser admitido en la Orden consistia y consiste, no sólo en poseer la salud y robustez necesarias, sino estar adornado de la hermosura varonil.

Puesto que de su sistema de educacion tratamos aprovechamos gustosos la ocasion de manifestar nuestra gratitud como españoles, pues á ellos se debe que el estudio de las ciencias exactas no haya desaparecido por completo de España, hasta el punto que en el siglo pasado, sin ir más lejos, eran los artilleros é ingenieros militares de nuestro ejército, antes de crearse las Academias de estos dos institutos. Un profesor de matemáticas nombrado para la Universidad de Salamanca, declara que hacia siglo y medio que no se explicaban en aquella, y hay más de un informe dados por monjes de otras Congregaciones, sosteniendo unas veces que el estudio de las matemáticas era simplemente un juego de imaginacion sin más utilidad práctica que la de servir de diversion, como los juegos de acertijos, y otras, las más frecuentes, que eran perjudiciales y contrarios á la fé. Como prueba de ello citaremos los siguientes ejemplos: en 1726 quiso explicar matemáticas en Zaragoza D. Francisco Sobrecasas, y no se le permitió; la misma suerte corrió D. Antonio Bordajas en Valencia y otros que pudiéramos citar. Sólo más tarde la necesidad hizo que fueran atendibles las razones propuestas por el coronel de artillería don Rodrigo del Peral, de donde puede decirse tuvo origen el colegio de Segovia, instalado en 1764. Algunos Padres de la Compañía de Jesús pueden figurar como artilleros al lado de Simon Lopez Ibañez, de Morla, de Jimeno y de Cerdá. Pero en cuanto á la instruccion popular se deja sentir bien en sus Constituciones que el fundador era un señor feudal vasco, que sólo daba importancia á las

clases privilegiadas. Es tan cierto esto, que está mandado que a las personas que entran a servir a la Orden, si no saben leer y escribir, que no se les enseñe, y si por casualidad poseen rudimentos indispensables para toda cultura posterior, que no se les dé mejor instrucción, cuidando especialmente de educarlos en la obediencia y humildad. Más tarde se arrepintieron y ya veremos luego cómo trataron de remediarlo.

La Orden dió muchos escritores en todos los ramos del saber, pero mucho más abundantes en direcciones determinadas que en otras. Se ha dicho en artículos anteriores el número de colegios y seminarios que llegaron a dirigir los Padres de la Orden. También se ha visto cómo estuvieron durante algún tiempo encargados de la instrucción en todas las colonias de América, que pertenecían a las dos naciones ibéricas. Dominó además su enseñanza en Europa, entre otras, en las Universidades de Ingolstadt, Viena, Freiburg en Bruggen, Heidelberg, Breslau, Newtzbourg, Gratz, Olmütz, Firnan, Praga, etc. Se ha calculado que la Orden ha dado 9 000 escritores en toda clase de conocimientos, y también ha habido quien calculó el número de sus profesores de filosofía en 50.000 y en 2.000 los de matemáticas. Ha producido historiadores como Mariana y Guillermo Daniel. El primero es bien conocido de nuestros lectores, y el segundo escribió una Historia de Francia, en la cual se propuso demostrar que la mayor parte de los reyes de aquel país, lo mismo de la primera que de la segunda y tercera dinastías, eran bastardos ó hijos ilegítimos. Como los Padres consideraban la primera y superior a todas las ciencias, la teología, se dedicaron a ella con preferencia y muy especialmente a la dogmática. Los escritores más notables en este ramo han sido Bellarmino, Fretzer, Tanner, Valencia y Cotton. De moral han escrito estos también, y otros varios como Moja Saa, Juan de Lugo, etc. El más notable de sus escritores bíblicos ha sido Maldonado, hombre de una erudición vastísima en el ramo, una gran penetración y carácter independiente, hasta el punto de criticar con severidad a la Compañía de lo que quedó ésta tan poco agradecida, que los Padres, al publicar después de su muerte sus comentarios a los cuatro Evangelios, los mutilaron y adulteraron el resto. Tampoco faltaron entre ellos escritores parádicos; así es que alguno ha sostenido que las obras de los Padres de la Iglesia fueron escritas en el siglo XIII por una sociedad de hombres impíos. Hubo varios escritores sobre Derecho natural, y la obra más notable que ha producido la Orden en este ramo de saber, ha sido la de Molina, que escribió una titulada, *De la Justicia y del Derecho*, y los críticos están de acuerdo en que un espíritu liberal la informa.

Tuvieron varios escritores de Filosofía, y el más notable, aunque giró siempre dentro de la escolástica sin abrir nuevos horizontes, fué Suarez de Granada, y no puede negarse un talento perspicuo y sutil. El jesuita Bruner, que se ocupó de asuntos de historia, no careció de mérito; pero se ha hecho notable, sobre todo, por haber escrito que la Sociedad de Jesús no permitiría a ningún escritor de la Orden que se dedicara a la investigación libre de la verdad. No ha sido ménos independiente, ni hombre de ménos mérito, Papebroch, que llevó su independencia hasta el punto, no solo de criticar con dureza la manera de escribir la historia como acostumbraban a hacerlo sus hermanos de la Orden, sino que afirmó que el Breviario y el Martirologio estaban atestados de fábulas. También tuvieron escritores y hombres notables en Astronomía y en Matemáticas, como Scheiner, que descubrió las manchas del sol, Richioli, Cavus, y en nuestros tiempos, Angelo Sechi y Tacchini. Al primero le exigió la Orden que declarase se había engañado y no había visto tales manchas, y como él afirmara que las había visto por medio del telescopio, el padre Busce le dijo: «si las habéis visto por vuestros ojos ó por medio del telescopio, no hagáis caso: eso no es más que una ilusión de los primeros ó del segundo, y la prueba de que es así es muy sencilla: he leído todas las obras de Aristóteles, y nada dice sobre el particular; por consiguiente, no habéis visto nada; es una pura ilusión.» El segundo, hombre de mérito, sin duda, era partidario, como no podía ménos, de la teoría copernicana; pero la Orden le exigió que la combatiera. Cumplió en virtud del precepto de santa obediencia, pero de tal suerte, que cada una de las proposiciones por él sentadas, llevaba por título una prueba contra la teoría del ilustre polaco; pero la proposición en sí era una demostración científica, ingeniosa y elegante en apoyo de la teoría que decía combatir. De manera, que la Orden quedó satisfecha y él también: la primera, porque le había obligado a combatir la teoría herética del sistema de Copérnico, que, condenado por oponerse a lo que decía la Biblia, no tenía más en su apoyo que ser exacta y verdadera; y el segundo, porque aparte de los enunciados, demostraba lo que le dictaban su convencimiento y la ciencia.

Después de lo dicho en párrafos anteriores respecto a sus conocimientos balísticos, solo falta añadir que la Compañía ha producido escritores militares de mérito, como Carlos Borja, La-Hosti, y otros. Tuvieron también arquitectos, pintores y artistas notables como Giacomo della Porta, Pozzo, Jacobo Courtois, Octaviano Sandini y otros. Sería largo hacer una enumeración más detallada, é innecesaria además, en nuestro concepto; así es que no respondemos de que se

nos haya olvidado alguno que debiera figurar en primera línea. Basta lo expuesto para patentizar que en todos los ramos del saber tuvieron hombres de provecho, como es igualmente cierto que no ha habido industria ni profesión alguna que la Orden no haya explotado por su cuenta. Antes de pasar a otro asunto, nos permitimos hacer unas ligeras observaciones, y como preliminar a ellas conviene dejar sentado lo siguiente. Según las Constituciones, ningún libro escrito por algún Padre de la Orden puede ser publicado sin la autorización del general, ó lo que es lo mismo, sin licencia de la Compañía, como acertadamente observa J. Huber, de quien tomamos algunos de estos datos.

Resulta, por lo tanto, que ésta ha aceptado la gloria ó la responsabilidad de las doctrinas vertidas en los diferentes libros escritos por sus individuos. Bueno es notar que han producido más escritores y más hombres de ciencia que ninguna otra de las comunidades religiosas; pero, en muchísimo menor número que los que han producido los hombres del estado civil en proporción guardada con los individuos que componen la Sociedad de Jesús; y además, si es cierto que han tenido algunos hombres distinguidos, no lo es ménos que la Compañía no ha producido ni en filosofía, ni en ciencias, ni en artes, ningún espíritu de primer órden, de esos que forman época en la historia, como Descartes, Newton, Leibnitz, Kant, etc.; y otro hecho que habrán observado, sin duda, nuestros lectores, es la grandísima diferencia entre los hombres de mérito que ha producido la Compañía y el espíritu de ésta.

No puede negarse que han tenido un tacto exquisito y una constancia admirable para explotar todo aquello que pudiese aumentar la importancia, la influencia ó los intereses de la Compañía, y los del Papado cuando no estaban en contradicción con los de aquella. Como una prueba de lo que afirmamos, recordaremos solo el siguiente dato: además de las guías, manuales y directorios para los Padres que se dedicaban al confesonario, había y hay reglas y educación especiales para los que sean confesores de los reyes y de los soberanos. Ya hemos visto que la Compañía daba, y da superior y aun exclusiva importancia, a la educación de las clases influyentes, y que no eran partidarios de la enseñanza del pueblo; pero, al fin, debieron comprender que esta era una influencia que aumentaba de día en día y que no era prudente olvidarse de la manera de educar las masas, como asimismo lo muy importante que es ejercer dominio sobre la mujer. A fin de corregir aquel descuido, fundó el abate Lasalle en 1724 la Congregación de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que tenía por misión exclusiva la instrucción primaria para el pueblo, por supuesto siempre dirigida en el sentido ultramontano, y esta, como las demás enseñanzas, es hoy, según todos los escritores pedagógicos, muy inferior a la laica; pero así y todo, aplaudimos el haberse dedicado a la instrucción de las clases populares. Del mismo modo, para atender a la educación de la mujer en el sentido que ellos creían conveniente, formaron las Congregaciones del Corazón de Jesús y otras.

Si han dado escasa importancia a la instrucción de las clases inferiores, no descuidaron influir sobre estas, como sobre las demás, por otros medios no tan morales ni tan convenientes al progreso en general, sino lo contrario, altamente perjudiciales y desmoralizadores, pero que entendían y entienden que conducen mejor a sus fines. No se contentaron con la moral fácil y casuística ni con aquellas confesiones a gusto del penitente, ni tampoco sus estudios científicos, literarios y filosóficos en los cuales tan corto número de los suyos ha sobresalido, fueron motivo bastante para que no siguieran la costumbre antes de ellos establecida y por ellos tan grandemente explotada, de la milagrería. No tenemos la pretensión ni cabe dentro de nuestro cuadro, el enumerar todos los descubrimientos de reliquias que han hecho los santos varones de la Orden, ni ménos referir todos los milagros, ni siquiera una parte de ellos. Sólo indicaremos alguno que otro para muestra. El ánimo se contrista al contemplar la sagacidad, el talento y la constancia que se ha empleado a fin de conservar sumida en la superstición más abyecta la sociedad europea; y la inteligencia duda si tal insistencia, si tales métodos empleados eran producto de cerebros perturbados, de calenturientas imaginaciones, de alucinamiento fisiológico, ó si, por el contrario, obedecían a la reflexión y al cálculo más punibles de suprimir en el hombre lo que hay en él de más noble, su razón y su conciencia, para poder de esa manera convertirle en esclavo de ambiciones, de desenfrenados deseos de dominación, de avaricias insaciables y satánico egoísmo.

Si la clase de estos escritos lo permitieran, entraríamos gustosos en el análisis de la siguiente cuestión: ¿hasta qué punto el Gobierno de cualquier nación culta, civilizada, y por consiguiente moral, puede permitir semejantes embaucamientos? Pero dejemos esto, que nos llevaría muy largo, y relatemos algunos milagritos sostenidos por los Padres de la Orden, dejando aparte, en obsequio de la brevedad, las visiones y profecías. Vamos solo a lo que pudiéramos llamar hechos, y sin órden ni concierto vamos a citar los que ahora se nos vienen a la memoria, y aun haremos caso omiso, por su poca importancia, de aquello que asegura un Padre le sucedió al emperador Maximiliano, que vió por sus propios ojos al diablo cabalgando sobre

los hombros de Lutero; y aquellos otros que vieron, no un diablo, como el emperador, sino muchos miles de ellos volando, que salían de los cuerpos de los poseídos que había en Bélgica para acudir al entierro de Lutero. Nos parece de género más amable lo que aseguran que pasó en la fiesta de San Clemente, a saber: que hallándose la tumba de éste cubierta por las olas del mar, estas tuvieron la cortesía de retirarse, a fin de que los fieles pudieran llegar hasta aquella. Nos parece un poco más provechoso el de otro santo que, deseando construir un templo en un sitio determinado, habiendo el pequeño inconveniente de estorbarlo una montaña que allí había, después de ponerse en oración, intimó a la montaña que dejara el sitio, y ésta, no sabemos si por santa obediencia, púsose en movimiento y dejó el espacio que se deseaba. De lo que no hemos podido enterarnos es si la montaña se arrastró como la serpiente ó tuvo patas para moverse; y no extrañen nuestros lectores esta ignorancia, porque el mismo Padre Cotton de la Compañía de Jesús, que vivía en París, en tiempo de Enrique IV, una de las preguntas que pensaba hacer al diablo, al cual esperaba hacerle salir del cuerpo de un poseído, era si la serpiente, antes de dar aquel consejo a Eva, que tan caro nos ha costado, tenía patas ó se arrastraba como las conocidas. Otro milagro hecho por el ermitaño Günter, nos parece ménos importante y no muy satisfactorio para los que estaban sentados a la mesa, en la cual se presentó un pavo asado, y por mandato de aquel santo ermitaño se echó a volar. No podemos resistir al deseo de citar otro milagro que, según Gretz, escritor de la Orden, le pasó a un pobre soldado, que habiendo muerto en una batalla y quedado entre unos matorrales, no fué recogido cuando lo fueron otros que participaron de igual suerte. Después de algunos años acertó a pasar por allí el célebre emperador Segismundo y oyó una voz que le llamaba, y dejándose guiar por la dirección del sonido, llegó a donde estaba parte del cadáver del soldado, y decimos parte porque lo demás había desaparecido por su descomposición natural, ó porque las aves carniceras se lo habían comido; pero lo cierto es que, según el autor citado, cadáver ó parte de él, pidió a su interlocutor que le mandaran un cura, pues por sus devociones a la Virgen se le había concedido la gracia de que el alma no se separara del cuerpo hasta que pudiera confesarse. No es posible, como deseábamos, apuntar aquí todos los milagros que han hecho las reliquias y el agua de San Ignacio.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

## LA LIBERTAD.

ESTUDIO SOBRE LA REVOLUCION.

La historia moderna, a pesar de su inmensa prolongación y de su variedad infinita, puede resumirse en un solo hecho. Este hecho se llama unas veces la Reforma; otras, la Enciclopedia; ahora la República; más tarde, la Dictadura; cuando, la Democracia; cuando, la Anarquía, y siempre, con su nombre genérico y propio, la Revolución.

Después de recorrer una por una todas las épocas, después de examinar uno por uno todos los sucesos, no se encuentra otra cosa que la Revolución durante el largo período de trescientos años. ¿Me preguntáis por aquellas guerras asoladoras que tuvieron en sangre los campos de la Alemania y las ciudades de Francia en el siglo XVI? Eran la Revolución. ¿Me habláis de aquellas disputas famosas que sembraron el escándalo por Europa en el siglo XVII? Eran la Revolución. ¿Me lleváis ante aquel cataclismo gigantesco que hizo temblar todos los tronos sobre sus asientos, y agitarse todos los pueblos sobre su conciencia, a fines del siglo XVIII? Era la Revolución.

La Revolución prestó su grandeza a Lutero, sus sarcasmos a Voltaire, su elocuencia a Mirabeau, su espada a Napoleón, a Wellington su victoria. Suprimió la unidad revolucionaria, y habéis hecho de los tres siglos que acaban de transcurrir un enigma indescifrable. ¿Por qué perdieron de súbito las teocracias imperantes su imperio y su número? Sin la Revolución no se comprende. ¿Por qué conquistaron en un día las monarquías, en guerra con todos los poderes y con todas las clases, su majestad imponente y su dominación absoluta? Sin la Revolución no se explica. ¿Por qué venció a un campamento de naciones poderosas y a un continente de enemigos armados, una República dividida en bandos, flaca de fuerzas, pobre de recursos, privada de aliados, llena de traidores? Sin la Revolución no se adivina. ¿Por qué esa misma República, vencedora del mundo, cae desplomada ante la planta de un soldado de fortuna y bajo el cetro de una raza proscrita? Sin la Revolución no se concibe. Todas estas cosas, las caídas inesperadas y los levantamientos repentinos, las catástrofes sangrientas y los heroísmos singulares, tienen en la fatalidad revolucionaria su razón y su origen.

Si se desea una causa para este fenómeno, se encontrará desde luego en la relación estrechísima que guarda perfectamente el curso de los sucesos y el desenvolvimiento de las ideas; un principio guía a las generaciones y constituye los poderes nacidos ó cimentados en el oscuro caos de la Edad Media. Otro principio debe constituir las sociedades y gobernar los hombres de la Edad

Moderna. En el antiguo principio está la clave de las instituciones sombrías y de las costumbres bárbaras, que concluyeron por resolver en la unidad desoladora de un despotismo universal, la confusión anárquica de los tiempos feudales. En el principio nuevo está el poder que amontonó en ruinas tan ásperas instituciones y tan tremendos despotismos. Con el auxilio de aquel principio, la omnipotencia de Gregorio VII llena la tierra; y la grandeza de Carlos V fatiga el mundo, y la soberbia de Luis XIV pasea el Universo. Con el auxilio del otro principio, Luis XIV y su soberbia, Carlos V y su grandeza, Gregorio VII y su omnipotencia, van hundiéndose como fantasmas en la sombra de lo pasado. Prescindamos del principio viejo, y nos parecerán verdaderas quimeras la concentración de la propiedad, la desigualdad de la ley, el monopolio de la industria, el privilegio en el comercio; todo, en fin, lo que constituyó el mundo de nuestros abuelos, y aun constituye, de alguna manera, el mundo de nuestros dolores. Prescindamos del nuevo principio, y nos parecerán verdaderos delirios la autoridad, cada día más irresistible de la opinión, la flaqueza, cada día más incontrastable del poder público, la sucesión, cada día más frecuente, de tempestuosas conflagraciones y de mudanzas violentas; todo, en fin, lo que estamos viendo y palpando. ¿Qué viene a ser, en suma, la trama de los acontecimientos y de las vicisitudes de la joven Europa, sino la relación de las vicisitudes y de los progresos de entrambos principios.

Cuando los dos se encontraron, y se encontraron en el siglo XVI, la Revolución tomó bajo su tutela el mundo: donde quiera que se encuentran, y se encuentran en todas partes, allí está la Revolución. Así, mientras considerada como hecho lo llena todo, considerada como idea, todo lo explica. Ella sorprendió el mundo vacilante entre un materialismo sin entrañas y un espiritualismo sin conciencia; entre una sumisión absoluta de lo finito a lo infinito, y una sublevación anárquica de lo fenomenal contra lo absoluto; entre una victoria casi salvaje de lo uno sobre lo vario, y una resistencia casi frenética de lo vario contra lo uno; entre una tiranía semidivina, semibrutal, ejercida por el sacerdote a nombre de Dios, por el monarca a nombre del sacerdote, y un feudalismo medio guerrero, medio democrático, personificado en la aristocracia por odio al trono, en las Universidades y Municipios por odio a la aristocracia.

Era preciso retrainar la soberbia teocrática que llenaba con Gregorio VII toda la tierra; atajar la omnipotencia monárquica, que amenazaba con Felipe II todo el Universo; suprimir la audacia feudal, que había osado juntar la suerte de sus sangrientos privilegios a la causa de las franquicias populares; acometer con idéntico esfuerzo al misticismo que esclavizaba, y al sensualismo que embrutece; reprimir de la propia manera la división excesiva del poder, que lleva a la disolución y su concentración absoluta, que arrastra a la servidumbre. ¿Cómo llenó su encargo? Como podía hacerlo: por medio de una negación radical y soberana. Negó el poder, negó la gerarquía, negó el trono, negó el sacerdocio, negó el espiritualismo y el materialismo, negó la propiedad, negó a Dios; lo negó todo. Viéronse de pronto amenazados: el sacerdote en su santuario, el rey en su palacio, el gran señor en sus voluptuosos ocios, el avaro en su avaricia, la soberbia en sus sueños, la costumbre en su augusta inmutabilidad y la fe en su tranquila confianza. Hubo crueldades sin ejemplo, injusticias sin nombre, crímenes atroces.

Y sin embargo, la doctrina maldita dió sus frutos. Era antisocial; pero creó una sociedad cuya grandeza ha eclipsado las glorias del *forum*, el derecho de la conquista. Era antireligiosa; pero llevó a las conciencias una noción moral muy superior al grosero fatalismo de las sibilas antiguas y al sensualismo místico de los Pontífices romanos. Era antihumana; pero mejoró la condición de los hombres, sustituyendo a los hábitos de la servidumbre, los apetitos de la ciudadanía; a la desigualdad por razón de las leyes, la igualdad por razón de la naturaleza.

Estriba esto en que, bajo las fabulosas apariencias de su naturaleza negativa, palpaba una grande afirmación. Esta afirmación tiene un nombre: se llama Libertad.

No hay en ningún idioma palabra tan universalmente repetida, y tan universalmente profanada, como la palabra Libertad. Ella anda en todas las bocas y sale de todos los lábios, más bien como un enigma, que como un concepto; más bien como una sombra, que como una luz; en el lenguaje de la Teología significa prevaricación; en el de la moral, vida ultrasensible; en el de la jurisprudencia, responsabilidad; en el de la política, independencia; en el de los economistas, anarquía; en el del vulgo, esperanza, consuelo, remedio, promesa, represalia, aspiración vaga y errante, muda y tenebrosa a un tiempo mismo. En suma; ¿qué es la Libertad?

Definámosla según el sentido de la Revolución. No es el privilegio de escoger entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, entre lo justo y lo injusto, como suponen algunos; si esto fuera, sería un absurdo, y con sobrados títulos el sacerdote la recomendaría en todos tiempos a la cólera de los dioses. No es el derecho de vivir sin ley objetiva, sin regla externa, sin lazo común, sin criterio universal, como suponen otros; si esto fuera, sería un crimen, y con toda razón la condujera en

todas épocas el egoísmo a los pies de los tiranos. No es tampoco una facultad abstracta y escondida, buena y mala, santa y pecaminosa, coercible e incoercible según el uso a que se destina y el ejercicio que de ella se hace, como suponen muchos; si esto fuera, sería una entelequia, y harían bien los fatalistas en abandonarla sin duelo ni remordimiento a la merced del acaso. No es, en fin, un sentimiento, una pasión, una idea, un principio, un sistema, una conquista, ni una garantía, como suponen tantos; si esto fuera, sería una de las mil cosas accidentales y mudables como levanta y se consulta en sus eternas oleadas la marea de la historia. Es algo más que eso, es mucho más que eso: ¿qué es, en resumen? Es la sustantivación del hombre, es la desamortización de la conciencia, es la condicionalidad suprema de la naturaleza humana, es la realidad de la vida, es toda esa suerte de fenómenos a la vez, y en alguna manera, garantía, conquista, sistema, principio, pasión, sentimiento, facultad, derecho, prerrogativa, esperanza, tumulto, independencia, responsabilidad, presentimiento, consuelo, pena. Es, para concluir, y sobre todo, una fuerza.

Bajo este punto de vista, el más general y positivo, la proclama la Revolución y debe estudiarla la Ciencia. Poco importa que revele un vicio tradicional de la naturaleza humana, ó su excelencia primitiva, si al cabo le es inexorablemente impuesta por la fatalidad de su propio organismo. Poco importa que arrastre a tales ó cuales consecuencias metafísicas, que implique estos ó los otros supuestos psicológicos, si al cabo es, a su vez, un supuesto y una consecuencia forzosa de la organización misma del hombre. Poco importa que niegue tales ó cuales instituciones en la Historia, que amenace estos ó los otros poderes en la sociedad, si al cabo es un hecho. Lo importante estriba en saber cómo el hecho responde a la ley, cómo la consecuencia responde al principio, cómo la forma responde al fondo, cómo la Libertad responde a la Justicia.

Puesto que es una fuerza, ¿será una fuerza disolvente?

Hé ahí la terrible pregunta.

Los eclécticos han respondido a ella, asegurando que lo es, con relación a la colectividad; que no lo es, con relación al individuo. Pero esta contestación no satisface a nada ni a nadie. No satisface a nadie, porque a todo el mundo se le ocurre preguntar de nuevo si el individuo y la humanidad son cosas enteramente distintas, sin otra relación que una relación de guerra. No satisface a nada, porque los fenómenos y las leyes no se explican mejor con ella que sin ella, mientras que la explicación misma no se explica de ninguna manera.

Otros, más lógicos, han dado por toda respuesta una afirmación rotunda, y han escrito en su bandera, como principio salvador, el principio de autoridad. ¿El principio de autoridad? ¿Y qué es eso? ¿Dónde radica? ¿Qué origen tiene? ¿Cómo se manifiesta? ¿A dónde conduce? ¿Cómo funciona? ¿Por qué impera? Un misterio está muy lejos de ser un axioma, y el principio de autoridad es, cuando más, un misterio. Un misterio, sí; un misterio terrible, al cual han sacrificado los apóstoles del cristianismo millones de pueblos; los apóstoles de la monarquía, millones de familias; los apóstoles del orden, millones de derechos. Un misterio, sí; un misterio, regado con sangre, amasado con lágrimas, cubierto de cenizas.

Pero no divaguemos. Ya que nos es conocido el dictamen de dos grandes escuelas filosóficas; ya que nos es repugnante por igual, y por igual insuficiente, demandemos el suyo a la Historia: la Libertad, ¿es una fuerza de disolución, ó es una fuerza de concierto ante el tribunal de los hechos? Ella ha sido anunciada como la buena nueva en todas partes: en el hogar de los hombres, para santificarlo; en el templo de las divinidades, para humanizarlo; en la plaza pública, para consagrarla; ante el lecho de pajas donde reposa la desgracia, para purificarlo; ante el carro donde pasea la opulencia, para fecundarla; ante la sociedad, para corregirla, y en la soledad augusta de los espíritus, para levantarlos a su dichosa condición, a su eterno origen.

Ahora bien: ¿qué fué de todo esto bajo su reinado? ¿Qué fué del hombre? ¿Qué fué de Dios? ¿Qué fué de la Igualdad? ¿Qué fué de la Justicia? No puede negarse que la Libertad ha transformado el mundo, y que esta transformación ha sido un progreso. Ella le tomó en sus manos intolerante, cruel, suspicaz, ciego, tornando la pasión ley, la creencia pasión, la fe guerra, la guerra sistema, el éxito criterio, la moral arte, la verdad precepto, la duda crimen, la razón juguete, la conciencia escarnio, la virtud sacrificio, el trabajo infamia, la vida sueño, y repartido como lote del azar entre unas pocas docenas de príncipes, de frailes ó de afortunados. ¿Dónde están esa extraña confusión y esa inmensa tiranía? ¿En dónde los esclavos? ¿En dónde los siervos? ¿En dónde los párias? ¿En dónde las castas? ¿En dónde la hoguera de los sacrificios? ¿En dónde la infamia de la filogenitura? ¡Oh libertad sagrada!.. Tú suavizaste las costumbres, nivelaste las castas, diezaste las amarguras, dulcificaste los vicios, generalizaste las virtudes, desvinculaste los privilegios, desestancaste la verdad, honraste al hombre, creaste la conciencia... ¿Quién no te ama, como te conozca?

Sin embargo, para ser sinceros, cúmplenos observar que este progreso tiene más de relativo que

de absoluto, y tanto de real como de aparente. La antigua sociedad yace en ruinas, los antiguos dogmas por tierra, el antiguo despotismo exánime. Pero, ¿qué hay en cambio? El capital ha reemplazado a la espada, el hecho consumado al derecho divino, el propietario al sacerdote, la industria a la Iglesia, el cuartel al templo, la fuerza a la teología, el egoísmo a Dios, la tiranía de la corrupción a la corrupción de la tiranía; y el ánimo se apoca en un mar de dudas, y los caracteres se pervierten en un mar de necesidades, y las familias se pudren en un mar de tentaciones, y la misma Libertad se desvanece en un mar de palabras.

Siendo la Libertad una fuerza orgánica, ¿cómo a su sombra, mejor diremos, a su impulso, la tierra se conturba frecuentemente, la iniquidad triunfa, la honradez perece, el trabajo sufre privaciones normales, la ociosidad reviste lujos insultantes, la familia presenta señales de disolución, los caracteres ofrecen síntomas de relajamiento, las conciencias revelan manchas de podredumbre, y la indiferencia lo cubre todo, de ancho a largo, a manera de inmensa mortaja?

Hé aquí lo que de seguro se preguntan a la sazón la mayor parte de mis lectores; hé ahí lo que se pregunta también hace cerca de un siglo la mayor parte de Europa: hé ahí lo que se preguntan á menudo aun los más satisfechos y menos excépticos.

Yo, por mi parte, me he acostado muchas noches con esa terrible pregunta delante de los ojos; me he despertado muchas mañanas con esa duda cruel enclavada en el alma; me he sorprendido muchas veces con ese problema eterno dentro de mí mismo. El hecho es auténtico, la sospecha legítima, la explicación necesaria. Pero, ¿tiene una explicación, una explicación que no sea mortal para la Libertad, que no sea mortal para la Ciencia?

Sí, la tiene; la tiene, y muy sencilla. Todo consiste en averiguar hasta qué punto las enfermedades y las resurrecciones, las conquistas y las vergüenzas que han coincidido con el advenimiento de la Libertad, le son interna y esencialmente imputables. ¿No pudiera ocurrir que las unas le fueran privativas y las otras extrañas? ¿No pudiera ocurrir que las satisfacciones alcanzadas vinieran directamente de esa causa, y las llagas aun abiertas de otra causa distinta? ¿No podría haber de todo ello una relación de coincidencias, más bien que una relación lógica?

Caminamos alguna vez llanura adelante, impulsados por el soplo maravilloso del vapor; la columna de humo sube a lo alto, bordando con sus pintorescas espirales el azul de los cielos; el viento silba de vez en cuando en el cañón de la locomotora; las estaciones pasan una detrás de otra, como tiendas de campaña formadas en hilera; el término del viaje se aproxima, y sin embargo, al asomar la cabeza por la ventanilla del coche, ¡quién lo dijera! parece como que la tierra se mueve, nos abandona, y el vagón se está quieto; un obstáculo se interpone entre los rails y las ruedas: es un niño, es una mujer, es un anciano; la rueda le triturará; ¿quién culpará al vapor?

Pues bien: la vida es la llanura; la civilización, el camino de hierro; la libertad, la locomotora; el despotismo, el punto de partida; la justicia, punto de término. Rápidamente vamos arrastrados a ella; pero algunos anacronismos esparcidos allí y acá, algunas desventuras petrificadas en torno nuestro, nos hacen presumir que permanecemos encallados entre el punto de término y el punto de partida; el anacronismo se llama burocracia, concurrencia, salario; arroja un derecho a la vía, y el derecho es hollado; ¿quién culpará a la libertad?

Renunciemos a ella, y bien pronto veremos caer sobre nosotros, como buitres sobre su presa, a la teocracia, que nos tomará nuestra conciencia; a la aristocracia, que nos tomará nuestro sudor y nuestra sangre; al fisco, que nos tomará nuestros ahorros y nuestros ocios; a la sociedad, en fin, que nos tratará como madrastra, y nos exigirá como madre. ¿Qué nos dará, en cambio? ¿Cuál será nuestra situación? ¿Cuál nuestro destino? ¿Cuál nuestra esperanza? ¿Habremos de aceptar la teoría de las desgracias necesarias, de los desórdenes naturales, de las expiaciones caprichosas? ¡Oh absurdo!

La Libertad no es, en consecuencia, todo lo que parece, ni casi nada de lo que se la supone. No es el privilegio de escoger entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, entre lo justo y lo injusto, puesto que constituye a la vez una operación de la voluntad y una operación del entendimiento. No es el derecho de vivir sin ley objetiva, sin regla externa, sin lazo común, sin criterio de relación; puesto que presupone y determina el concepto de justicia. No es una facultad abstracta y puramente ontológica, sin realidad, ni límite, ni caracteres positivos; puesto que viene de lo íntimo de la naturaleza humana, y en el hombre todo trasciende é irrada conforme a las eternas exigencias de su doble condición y de su fin supremo. No es tampoco un sentimiento, una pasión, una idea, un principio, un sistema, una conquista, una garantía; puesto que en tal caso estaría reducida ó al papel de instrumento ciego ó al papel de accidente histórico.

Pero es, en alguna manera y hasta cierto punto, todas estas cosas: garantía con relación al mundo político; conquista, con relación al mundo social; sistema, con relación al mundo científico; principio, con relación al mundo jurídico, propiamente dicho: idea, pasión, sentimiento, con relación al mundo de las evoluciones fisiológicas y transito-

rias; facultad, por cuanto encarna en el organismo moral del ser humano; derecho personal, anárquico en un alto sentido, por cuanto sustrae la vida de toda jurisdicción suprahumana; elección, también en tiempo y momento dados, por cuanto supone funciones racionales, es decir, discurso y juicio.

Guardémonos de inmolarse a nuestras concupiscencias; guardémonos de sacrificarla a nuestros antojos; guardémonos de sacrificar sus límites, confundir sus caracteres, desconocer su naturaleza, calumniar su encargo ni someter a examen prematuro e incompleto sus procedimientos, pues ella representa, después de todo, la fuerza que la humanidad necesita para desarrollar en círculos cada vez más inmensos y esplendentes, la verdad, la belleza, la vida que lleva en sí propia y que de nadie, sino de sí misma, puede venirle.

Lo cual no quiere decir que sea inorganizable, sino al contrario; que ha menester una organización adecuada a su fin y a su origen, siendo la causa de su ineficacia su falta de organización. Las escuelas socialistas han comprendido, ó a lo menos sospechado, esta verdad. Mas habiendo olvidado ó desconocido el origen y fin de la libertad humana, han desacreditado el problema juntamente con las soluciones por ellos propuestas. Otras escuelas han ignorado ó afectado ignorar, hasta su existencia, y caído en errores no menos graves, no menos frecuentes. A despecho de todos y de todo, el problema y la verdad se imponen al espíritu, como otras tantas necesidades revolucionarias.

Habían de haberse trastornado las costumbres, las ideas, los sentimientos, los hogares, los pueblos, las conciencias, sólo para entregar el universo a las convulsiones del azar, a los antagonismos de la fortuna, a las peripecias de una guerra desoladora de nación a nación, de clase a clase, de hombre a hombre? Así, pues, empeñarse en el estudio de la Revolución, de su carácter y de su objeto, equivale a penetrar en las entrañas de la historia moderna; es decir, en el abismo de dos civilizaciones que se confunden bajo el tumulto de los siglos. ¡Grande empresa que considero desde luego superior a mis fuerzas, y que acometo, sin embargo, como quien cumple un deber impuesto a un tiempo mismo por la fe de las creencias y por la gravedad de las circunstancias! Estas son críticas; lo que antes fué sucesivamente una disputa de teólogos, una caviliosidad de filósofos, una riña de clases, una explosión de venganzas, se ha convertido ya en un desequilibrio permanente de intereses y en una guerra sorda de necesidades.

Decir a las necesidades en pugna que guarden reposo, y a los intereses encontrados que traten alianzas, es decir al mar que no levante bramidos, es decir al viento que no mueva rumores, es decir a la tempestad que no vomite rayos. No hacen otra cosa, por cierto, casi todos los poderes de Europa: su política consiste en aconsejar ó en imponer la paciencia. Y, ¿qué sucede? Que el desnivel se hace cada día más sensible, que las hostilidades se hacen cada día más crudas, que los aplazamientos se hacen cada día más difíciles. Entre tanto, la inestabilidad enerva los Gobiernos, y la inmoralidad corroe las costumbres, y una fiebre, tan estéril como perpétua, devora los imperios más florecientes. ¡No me admira que se halle como turbado, con semejante espectáculo, el ánimo de las gentes sencillas! ¡No me sorprende que las pasiones más encendidas y los fanatismos más extraños les sirvan alguna vez de exagerado comentario!

Pero ello es que, contra los fieros delirios, conviene hacer valer el testimonio de la razón y la autoridad de la experiencia; que contra las ciegas provocaciones, precisa advertir el interés de las clases acomodadas y la conciencia de las clases desvalidas; que, contra tales procedimientos y tales faltas, urge excitar la piedad de los que creen y la duda de los que vacilan, si no han de venir sobre las desgraciadas naciones del Occidente días mucho más nublados que los del Bajo Imperio, y sobre su civilización laboriosa azotes mucho más espantables que los salvajes del Polo con su espada vengadora.

Nos encontramos ante un hecho tan general que lo llena todo; tan luminoso, que todo lo explica; y hace falta inquirir la ley de su aparición, el principio de su grandeza; pues no domina sino en obediencia de un gran principio, pues no ha aparecido sino en acatamiento de una gran ley de la vida. Preguntemos a las edades pasadas el secreto de sus dolores; pongamos ante los ojos el cuadro de sus miserias; reclamemos a los tiempos, ahora presentes, el ideal de sus aspiraciones y el motivo de sus angustias; procuremos interrogar al porvenir acerca de sus ocultos designios; pidamos cuentas de sus promesas y de sus extravíos a las escuelas que han dominado el mundo, ó luchan por dominarle; y huyamos al mismo tiempo del frenesí del fanatismo, que alumbra, pero quema como el rayo; de la indiferencia del excéptico, que hace tinieblas las sombras y sombras las distancias. ¿Nos han de detener las asperezas del empeño? No; todos podemos llevar al campo de las investigaciones un poco de sinceridad, un poco de buen sentido, y aquella confianza firme en los destinos humanos, que permite sondear los más tremendos abismos del infortunio, sin desmentir las más bellas esperanzas del Progreso. Esto es algo, esto es bastante, esto es mucho; porque la verdad tiene su lado práctico y sencillo, así como la ciencia tiene sus cimas inaccesibles y asfixiantes.

PABLO NOUGUÉS.

## DE LA CONSERVACION DE LA ENERGÍA

EN EL MUNDO MATERIAL.

### Artículo primero.

#### I

Uno de los grandes principios que hoy proclaman las ciencias físico-químicas y que va poco a poco extendiendo su acción a las demás ciencias, es el conocido con el nombre que sirve de epígrafe a este artículo: *La conservación de la energía*.

¿Pero qué expresa esta palabra *energía*, nueva en el vocabulario científico, al menos con la significación que hoy se le atribuye?

¿Cuál es su verdadero sentido y su exacta definición?

¿Por qué es tanta y tan universalmente reconocida su importancia en la ciencia moderna?

Cuestiones son estas que aparecen un tanto oscuras y confusas en la mayor parte de las obras populares, y en no pocas de las obras serias, si se exceptúan las que, tomando por base la mecánica racional, racional y matemáticamente definen la energía y estudian sus leyes.

Citemos como excepción a las primeras el excelente libro de Balfour-Stewart de la *Biblioteca científica internacional*, titulado: *La conservación de l'energie*; citemos aun como modelo entre las segundas la que lleva por título: *Theorie mecanique de la chaleur*, por Charles Briot, y procuremos exponer brevemente, en solos dos artículos, lo más fundamental de tan interesante cuestión.

La energía, en el sentido científico-vulgar, si se nos permite expresarnos de este modo, es algo parecido a la fuerza, pero que no es la fuerza; una extraña potencia que circula por el universo, que pasa y se transforma, que ora se divide, ora se condensa, pero conservándose íntegra en su totalidad.

Sabido es, en efecto, que la luz, que el calórico, que el magnetismo, que la electricidad, que la fuerza de atracción entre los astros, que la fuerza de cohesión entre las moléculas, que probablemente la misma afinidad química, son fenómenos en los que hay un fondo común constante é invariable; son, repetimos, formas varias de una misma esencia; oleage, al parecer, caprichoso de un mismo océano invariable y eterno. Nociones son estas corrientes y admitidas así en la alta ciencia, como en la ciencia popular, pero un tanto vagas y nebulosas en esta última, como grandes verdades vistas de lejos, cuyas formas totales se distinguen, aunque confusamente, cuyos inciertos contornos se pierden en el brumoso horizonte.

Y para fijar un tanto estos contornos y rasgar hasta donde sea posible estas brumas, será preciso que antes de entrar en materia digamos cuatro palabras sobre la idea que la ciencia moderna se forma del mundo material y de sus leyes.

#### II

La física moderna ha simplificado sus antiguas teorías hasta tal punto, que todo su viejo arsenal de fuerzas sin conexión entre sí, de leyes empíricas, de sustancias múltiples, de misteriosas cualidades, de fluidos diversos, ha venido a reducirse a tres únicos y sencillísimos términos: la *materia*, la *fuerza* y el *movimiento*.

Con esto, todo, ó casi todo se explica; y se explica por las leyes racionales de la cantidad y por las leyes racionales de la mecánica; y en fórmulas matemáticas se escribe y por la observación y la experiencia se comprueba.

Eter, es decir, *materia etérea* que vibra, es la luz; y la óptica tiene hoy por base la dinámica, y Fresnel y Caudy, entre otros, someten al cálculo las maravillas de ese nuevo mundo, y como el astrónomo en el cielo, predicen los eclipses de ese otro cielo de lo infinitamente pequeño que huye bajo los gruesos cristales del microscopio y en la nada se esconde, como huyen del astrónomo por los inagotables senos de lo infinito los soles y las nebulosas.

Eter y materia ponderable, vibrando de cierto modo, es lo que constituye la esencia del calor; y la termodinámica, fundada por Mayer y Jaule somete al cálculo esta potencia física; subordinando sus efectos a las leyes de la mecánica tan allá llega Clausius en sus admirables investigaciones físico-matemáticas, que calcula la velocidad de traslación de las moléculas de muchos gases, ni más ni menos que el astrónomo calcula la velocidad de los astros en sus órbitas y nos dice, por ejemplo, que a la temperatura cero y a la presión de la atmósfera, la molécula de oxígeno camina con la velocidad de 461 metros por segundo; la de azoe, con la velocidad de 492 metros; la de hidrógeno a razón de 1.848 metros y que la velocidad media para las moléculas del aire que respiramos, es de 485 metros. Nuestra envoltura material está, pues, sometida a este bombardeo de moléculas que, caminando 485 metros por segundo, que vienen a estrellarse contra la superficie del cuerpo humano, y precisamente esta granizada de moléculas, es la presión atmosférica, sin la que nuestra muerte sería inevitable.

Eter que circula, ó eter que se condensa y se dilata, es, según gran número de físicos, lo que explica los fenómenos eléctricos comprendiendo en ellos el magnetismo, y lucha la ciencia moderna para llegar con el cálculo y la mecánica hasta lo más íntimo de este nuevo orden de hechos naturales, siquiera hasta hoy no sea completa su victoria ni universalmente aceptadas sus nuevas teorías.

En suma; materia y movimiento es el astro que voltea en lo infinito, la molécula que se agita en los cuerpos, el átomo que a la afinidad química se halla sujeto, y el eter que, como última expansión de la materia, se extiende por todo el espacio y trasmite de unos a otros cuerpos ponderables, por su movimiento vibratorio, la luz, el calor y la electricidad.

Siempre, pues, hallaremos algo que se mueve en espacios infinitos ó en espacios archi-microscópicos, y este algo es la *materia*: una *causa* de este movimiento, y esta causa es la *fuerza*: un *resultado*, es decir, líneas de tal ó cual forma recorridas con mayores ó menores velocidades, y este cálculo es el *movimiento*.

La síntesis, pues, de la física moderna se condensa, como digimos al comenzar, en estos tres términos: materia, fuerza y movimiento.

#### III

¿Pero la *materia* es única, ó hay muchas clases de materia?

¿Son todas iguales, repetición de un mismo tipo, multiplicidad de una misma unidad, como lo es el espacio en todos sus elementos?

¿O, por el contrario, hay unas y otras materias que difieren entre sí por cualidades intrínsecas?

En suma: ¿la *materia* difiere de la materia sólo por la *cantidad*, ó por la cantidad y la calidad a la vez?

La ciencia moderna se inclina decididamente a la primera de ambas hipótesis, que parece lo más probable, y muy ilustres químicos la sostienen y pretenden demostrarla. La obra de Mr. Gaudin, titulada, *L'architecture du monde des atomes*, obra por todo extremo original y muy digna de estudio, a esta conclusión llega; en ella se vé cómo los átomos y las moléculas de todos los cuerpos simples, y cómo las moléculas de los cuerpos compuestos son, por decirlo así, edificios infinitesimales de gallardas formas que reproducen fielmente las de la geometría ideal; como la cristalización visible de los cuerpos es el resultado de otra cristalización más íntima; como en los más complicados compuestos de la química orgánica, los átomos de hidrógeno, de oxígeno, de carbono y de azoe se agrupan por filas paralelas a ciertos ejes, alternando simétrica y ordenadamente unos y otros cuerpos de modo que resulte una especie de arquitectura atómica y un edificio microscópico de perfecta solidez y equilibrio.

En la obra, también digna de consideración, de Mr. Lamy, titulada, *Unité de la matière*, se sostiene aún la misma tesis y partiendo de esta hipótesis, se estudian varias é importantes cuestiones de física y de química, como la teoría de los equivalentes entre otras.

Y para no hacer interminable esta discusión, digamos de una vez que en todas partes y por casi todos los hombres de ciencia se consigna ó como cierto, ó por lo menos como probable, este gran principio: *unidad de la materia*.

Pero si la materia es invariable y es única; si unos cuerpos solo difieren de otros por la cantidad y no por la calidad; si las propiedades físicas y químicas se explican no por diferencias íntimas de naturaleza, sino por diferencias puramente numéricas; si la vieja categoría de la *calidad* ha sido destronada por la ley aritmética de cantidad y del número, especie de sufragio universal del cosmos, y hoy una cualidad cualquiera, el color, la densidad, el peso, la conductibilidad respecto a este ó aquel fluido, la fuerza elástica, etc., etc., se escribe ó se pugna por escribir en una fórmula, ¿podrá introducirse en la ciencia una simplificación análoga para el segundo de los tres términos que antes indicábamos? ¿Las fuerzas serán unas de otras, ó serán idénticas? ¿Habrá muchas fuerzas en el universo, ó serán todas sumandos homogéneos de una misma suma? ¿Diferirán por su esencia unas de otras, ó solo por su cantidad?

Muéstrase la ciencia moderna grandemente inclinada, y casi decidida a contestar afirmativamente a esta pregunta. Y aquí sí que es imposible citar autores, físicos y filósofos, en apoyo de tal hipótesis, porque la opinión es casi unánime, y es principio aceptado el de la unidad de la fuerza, base filosófica de la transformación de unas y de otras; como es, no una mera teoría, sino un hecho de mil maneras comprobado el de dicha transformación de las fuerzas físicas y químicas. La luz se convierte en calor, en electricidad en magnetismo y en fuerza; el calor se trueca en luz, en magnetismo, en fuerza y en electricidad, y la fuerza y el magnetismo y la electricidad, se transforman unos en otros y en calor y en luz, y aún en acciones químicas. Todos los aparatos de la física, todos los motores de la industria, todos los fenómenos del cosmos, son prueba elocuente de esta verdad: es, pues, inútil insistir sobre ella.

¿Qué son, para no citar más que un solo ejemplo, el calor y su fuerza? Un movimiento del eter ó de las moléculas ponderables de los cuerpos, no una fuerza especialísima y distinta de las otras, como antes se creía. El fuego que brilla en el hogar de una locomotora es la vibración de las moléculas, de carbono y de oxígeno, que se precipitan unas sobre otras en el centro de ese hogar, y el tren que marcha no es otra cosa que aquella misma vibración; el movimiento vibratorio del combustible y del aire se ha transformado en un movimiento progresivo; aquellas moléculas que en una cárcel de hierro se agitaban, han transmitido su agitación y su movimiento a todo el tren,

y aun á su propio férreo calabozo, trasformacion no única ni sin ejemplo en la vida.

Consignemos, pues, como segunda ley del mundo físico, esta gran ley: *Unidad en todas las fuerzas.*

¿También de las fuerzas químicas, también de la afinidad? podrá preguntársenos. Es lo probable, aunque sobre este punto no haya pronunciado la ciencia su última palabra, aunque hoy esté en baja, si así puede decirse, la antigua teoría eléctrica de la afinidad.

## IV

*Materia y fuerza como elementos primarios, y como resultado el movimiento;* hé aquí toda la física moderna y quizá toda la química.

Pero la tendencia hácia la unidad del espíritu humano es tan incontrastable y tan insaciable al mismo tiempo, que ya no basta tan poderosa síntesis á satisfacerle, y cáusale enojo ese dualismo entre la materia y la fuerza, y busca otra más alta y más suprema unidad. Y de aquí nuevas escuelas y nuevas teorías y nuevas hipótesis, que pueden reducirse á tres grandes grupos extremos, sin contar con las escuelas medias.

1.º Los que proclaman la *materia* como único principio, negando la fuerza: tal es la teoría atómica.

2.º Los que niegan la materia y proclaman la fuerza como única realidad, ó sean los partidarios de las fuerzas abstractas.

3.º Los que, más valerosos que todos y partiendo de las ideas de Hegel, toman como punto de partida el movimiento.

Séanos permitido detenernos á definir cada una de estas tres hipótesis porque hemos de ocuparnos de ellas al explicar el principio de la energía, que es el verdadero objeto de estos artículos.

1.º Segun la teoría atómica, la fuerza no existe: es solo una apariencia, un resultado, una forma. La fuerza, *esa cosa invisible* que salva las distancias planetarias y que va de uno á otro astro como ser ideal; que más recogida, por decirlo así, pero siempre misteriosa, vá de una á otra molécula, sin que exista contacto entre ellas, y se llama cohesión; que más misteriosa aún, salva el espacio atómico y es afinidad; pero que jamás maciza un volumen ni caja un espacio con cargamento sólido, sino que conserva su condicion impalpable en intangible; en una palabra, la fuerza abstracta, es decir, la que obra, no por *contacto* directo é inmediato de partes sólidas, sino á *distancia*, es cosa incomprendible y absurda para la escuela que estamos considerando. Porque dice el materialista de pura raza con cierta apariencia de razon: entre el espíritu puro de los espiritualistas y la fuerza, ¿qué diferencia sustancial existe? ¿Qué objecion puede dirigirse contra aquél que no pueda dirigirse contra ésta? ¿Por ventura la fuerza ocupa espacio, rellena un volumen, actúa por contacto? ¿Hay nada más espiritual que dos astros que se atraen sin materia intermedia que los una? ¿Hay nada más comprensible que una *atraccion á distancia*?

Y de aquí deducen que la fuerza no existe, que la *materia es la única y suprema realidad*; que el átomo es el elemento de la materia; que los cuerpos son la suma de átomos, que el átomo, animado de cierta velocidad y ocupando puntos diversos del espacio, engendra el movimiento. La fuerza es, segun los particulares de la escuela atómica, una apariencia del movimiento, una pura ilusion, un sér creado por los sentidos para explicar un hecho que tiene más natural y lógica explicacion. Así, por ejemplo, los átomos de éter, cruzando el espacio en todas direcciones, como lluvia invisible que viene de los senos de lo infinito en todos sentidos y bajo todos los ángulos, tienden á precipitar los cuerpos celestes que á su marcha se oponen unos sobre otros, y fingen una atraccion que no existe: no es que la materia traiga á la materia á distancia, sino que el éter impele por contacto directo á la materia que encuentra en su camino. La explicacion que dá Mr. Leray en su obra titulada, *Constitution de la matière*, de la fuerza atractiva, está fundada en este principio y es curiosísima y digna de especial estudio.

Tal es la teoría atómica reducida á sus ejes; materia y sólo materia; la fuerza no existe, es una apariencia del movimiento.

2.º Otros físicos hay que, buscando la unidad de la ciencia tan afanosamente como los partidarios de la teoría atómica, pero menos enamorados del átomo que estos, sacrifican la materia sin empacho ni escrúpulo, y proclaman la fuerza como única realidad del mundo físico. No, no es la fuerza una ilusion, dicen, no es una vana apariencia, no es algo en que el movimiento nos hace creer, sino que, bien al contrario, la fuerza lo es todo y la materia es cuando más su sombra ó su reflejo.

La fuerza es la que, á la manera de las figuras geométricas de sus líneas y de sus superficies, cruza el espacio sin realidad sólida ó atómica: la que teje, por decir lo así, una red dinámica de mallas infinitesimales en todos sentidos: la que al condensarse en ciertos puntos, como en un foco luminoso, se cruzan los rayos de luz, finge el átomo, y por el conjunto de átomos la molécula, y por la agrupacion de moléculas los cuerpos llamados ponderables.

La materia no es, por lo tanto, un sólido, un relleno inerte del espacio, bueno sólo para chocar con otro sólido y anunciarle por contacto su movimiento, sino un centro matemático que irradia

fuerza en todos sentidos; ó mejor dicho, uno de esos misteriosos nudos de la red dinámica esparcida por do quiera.

En la teoría de las fuerzas abstractas la fuerza lo es todo; la materia y el átomo puras apariencias, meras concentraciones de la fuerza difusa, y el movimiento cambio de posicion de tales focos ó de tales nudos.

Y hé aquí el átomo sacrificado con tanto desdén por la fuerza, como él sacrificaba á la fuerza misma.

3.º Pero ciertos espíritus metafísicos, tomando base en la especulacion hegeliana, aun van más allá, y desdenando átomos y fuerzas como groseras concepciones, se complacen en seguir á la idea en su evolucion desde la esfera lógica á la naturaleza: y la ven exteriorizarse en el espacio y el tiempo; y de la combinacion de ambos conceptos ven brotar algo como la cinemática, ideal de la mecánica; y del movimiento en sí ven brotar aún, como nuevas síntesis, la *fuerza y la materia*, caminando siempre de este modo, de lo abstracto á lo concreto, por el tan debatido y tan admirado proceso del célebre filósofo alemán.

Pero como no nos ocupamos hoy de concepciones metafísicas, sino de más humildes teorías, demos aquí punto al estudio de esta atrevida concepcion.

4.º Por fin, la ciencia práctica, que solo acepta teorías cuando parecen plenamente demostradas, y que no hace alardes metafísicos sino cuando la necesidad le obliga á ello, acepta, sean realidades, sean ilusiones, la *materia* y la *fuerza* á la vez, y estudia, partiendo del menor número posible de datos empíricos y de leyes experimentales, las leyes más altas y de órden puramente racional que rigen los fenómenos del mundo físico en cuanto son cantidades los elementos que en dichos fenómenos aparecen.

Como *cantidad* considera á la *materia*, como *cantidad* considera á la *fuerza*, y por fórmulas matemáticas estudia el movimiento.

## V

Dispénsennos nuestros lectores, si este artículo los tuviere, la precedente digresion, necesaria, sin embargo, para el objeto que nos proponemos como más adelantese demostrar. Y dispénsennos todavía los detalles en que vamos á entrar, áridos y fatigosos sobre toda ponderacion.

Si la materia es única y sólo difieren unas materias de otras por la cantidad, claro es que definir cierta y determinada materia es dar un número, el que expresa el *cuanto* en ella comprendido. Si, por ejemplo, tomamos el átomo de hidrógeno por unidad para expresar en nuestras especulaciones cualquier porcion de materia, bastará que expresemos el número de átomos iguales al de hidrógeno que contiene; diremos, pues, que las materias definidas por los números 20, 30, 100, 1000, son porciones materiales que contienen 20, 30, 100, 1000 átomos iguales al de hidrógeno, que es la unidad elegida. Pues este número simbólico, esta cifra que define como cantidad cada porcion de materia, es lo que se llama *masa* en la acepcion más general de la ciencia moderna. La *masa* es, pues, el *cuanto* de la materia, y supone una unidad de igual clase, es decir, otra cantidad determinada y fija de materia, como la distancia de Madrid á París supone otra distancia llamada metro, pié, kilómetro ó legua, que sirve para medirla y expresar la numéricamente.

¿Difieren sólo por la cantidad unos de otros los cuerpos de la naturaleza? Serán iguales dos moléculas que tengan igual masa? No, ciertamente, para los fenómenos de la química; pero iguales son para el movimiento, al menos mientras no se llegue á los últimos límites de la mecánica molecular. Dos moléculas expresadas por el número diez como masa de cada una, diferirán ó podrán diferir por la *agrupacion geométrica* de sus átomos y constituir dos edificios moleculares, segun la expresion de Mr. Gaudin, esencialmente distintos y gozando de muy diversas propiedades químicas; pero si por la pequeñez de ambos grupos se prescinde de su forma, se suponen reconcentrados los diez átomos de cada molécula en un mismo centro, á la manera que en astronomía se supone reducido cada astro á un solo punto como primera aproximacion, iguales serán ambas moléculas para el cálculo de su movimiento.

Resumiendo: en la *dinámica* de los sistemas materiales, cada porcion suficientemente pequeña de un cuerpo estará definida para nosotros por un número, sólo por un número, el que mide su *masa*.

En el estudio de la química, y de esto han intentado Gaudin, Lamy y Baima, cada agrupacion, de elementos iguales, por ejemplo de átomos, estará definida: 1.º por el número de estos átomos; 2.º por la *forma geométrica* de su agrupacion.

Y de este modo, las propiedades químicas serán no más que propiedades mecánicas de sistemas archi-microscópicos; es decir, *materia* siempre igual á sí misma, *fuerza* siempre idéntica, y movimiento siempre expresado por fórmulas matemáticas. Si la velocidad con que un cuerpo ó una masa camina es un espacio, es decir, la distancia recorrida en la unidad de tiempo, y ésta su definicion, la velocidad es una longitud y por lo tanto una cantidad que podrá expresarse por un número, como por un número expresábase há poco la masa de todo cuerpo. La velocidad, por ejemplo, de 20 metros por segundo, es una longitud de 20 metros recorrida en un segundo de tiempo, y su-

pone dos unidades, una unidad de longitud, otra unidad de tiempo.

Y son hasta aquí tres las unidades, ó tipos, ó términos de comparacion que hemos necesitado elegir; cierta unidad de materia como unidad de masa; cierta longitud, como unidad de distancia; cierto intervalo, como unidad de tiempo. Comprendido esto, fácil será que definamos la *fuerza viva*, que es uno de los dos elementos de que se compone la energía. Se llama fuerza viva de un punto material en un instante la *mitad del producto de la masa de dicho punto por el cuadrado de su velocidad en este mismo instante*. Y será la fuerza viva de un sistema cualquiera la *suma de las fuerzas vivas de todos sus elementos*.

Supongamos para fijar las ideas, un sistema compuesto de tres masas, representadas por los números 3, 5 y 7.

Es decir, que segun las precedentes explicaciones:

La *primera masa* contendrá tres veces tanta materia como la contenida en la unidad masa;

La *segunda*, cinco veces esta misma cantidad de materia,

Y la *tercera*, siete veces dicha cantidad constante de esa materia que como término de comparacion hemos elegido.

Supongamos aún que estas tres masas están animadas de distintas velocidades, es decir, que caminan:

La *primera*, á razon de 10 metros por segundo.

La *segunda*, con la velocidad de 15 metros.

Y la *tercera* recorriendo 20 metros en cada unidad de tiempo.

¿Cuáles serán, segun la definicion dada, las *fuerzas vivas* de cada una de estas tres masas, y cuál la fuerza viva del sistema? Es decir: ¿qué números expresarán estas varias potencias dinámicas?

Para el primer punto material se hallará su fuerza viva tomando la *mitad* del producto de 3 (masa de este móvil), por 10 (que es su velocidad), por 10 todavía (porque es el cuadrado de la velocidad y no la velocidad sencilla); ó empleando los signos de la aritmética:

$$\frac{1}{2} \times 3 \times 10 \times 10 = \frac{1}{2} 3 \times 10^2 = \frac{1}{2} 300 = 150.$$

Del mismo modo, para el segundo móvil hallaremos su fuerza viva tomando la mitad del producto de su masa, que es 5, por el cuadrado de su velocidad, que es 15<sup>2</sup>, y de este modo se obtendrá fácilmente.

$$\frac{1}{2} \times 5 \times 15 \times 15 = \frac{1}{2} 5 \times 15^2 = \frac{1}{2} 1125 = 562.$$

(despreciando fracciones).

Y por una nueva operacion tan sencilla como las anteriores, hallaremos la fuerza viva del tercer móvil, que será: mitad del producto de 7 (su masa) por 20 (su velocidad) por 20 (esta misma velocidad); ó bien

$$\frac{1}{2} 7 \times 20 \times 20 = \frac{1}{2} 7 \times 20^2 = \frac{1}{2} 2800 = 1400.$$

Así, pues, resumiendo, las fuerzas vivas de los tres móviles, vendrán expresadas por estos tres números: 150, 562 y 1.400; y la fuerza viva del sistema total será la suma de dichas tres cifras; es decir:

$$\text{fuerza viva del conjunto} = 150 + 562 + 1400 = 2112.$$

Consideremos una porcion cualquiera del Universo: el sol, el mar, el hogar de una locomotora, un rayo de luz, un grano de arena, la hoja de un árbol, la mano con que escribo estas líneas, la chispa eléctrica que estalla en las nubes, y cada uno de estos cuerpos, grande ó pequeño, tendrá en este mismo instante, que considero una cierta fuerza viva visible ó invisible, un número que la expresa, una cifra que la define dinámicamente y que variará de un momento á otro segun ciertas leyes, que son las leyes de la energía.

Tomemos cada átomo del sol; multipliquemos su masa por el cuadrado de su velocidad; repitamos para todos los átomos solares esta misma operacion: sumemos estos productos; dividamos por dos la suma, y habremos hallado la *fuerza viva* del centro de nuestro sistema planetario.

Y si esto mismo hacemos con el pensamiento para todas las gotas de agua del mar en sus corrientes, en su oleaje, en su perpétua agitacion, tendremos otro número que expresará la fuerza viva del Océano.

Y si al carbono y al oxígeno que chocan en las entrañas de una máquina de vapor aplicamos el mismo método de cálculos, tendremos otro *tercer número*, símbolo aritmético de otra fuerza viva.

Y si otro tanto repetimos para cada átomo éter, en el rayo de luz que á nosotros llega, habremos expresado la fuerza viva del rayo luminoso como expresábase la del sol, la del mar y la del combustible.

Y si á ese insignificante grano de arena al parecer inmóvil; si á esa hoja que á impulso del aire se columpia sobre la rama que la sostiene; si á mi mano que corre nerviosa sobre el papel, ó á la explosion eléctrica que ilumina los aires con cárdeno fulgor, y á sus átomos todos que vibran con vibracion invisible é interna, les sujetamos á estas uniformes y sencillas operaciones aritméticas, obtendremos en una serie de números las fuerzas vivas de esa serie de sistemas tan distintas al parecer, pedazos, sin embargo, de un mismo organismo, cuya unidad proclama hoy la ciencia.

Así, pues, en la mecánica de los sistemas ma-

teriales, la fuerza viva no es lo que generalmente se llama fuerza, es decir, un *peso*, una *tracción*, un *impulso*, sino una cierta cantidad, al parecer artificial, en que entra como factor la masa y como doble factor la velocidad, producto importantísimo á que ha llegado la ciencia al profundizar el estudio del movimiento, y cuya razón de ser quizá en el próximo artículo procuraremos explicar.

Hemos dado la definición aritmética de la *fuerza viva*. ¿Sería, por ventura, imposible que demos con igual claridad su forma algebraica? Al menos hemos de intentarlo.

¿No hemos de tomar la mitad de una suma? Pues empecemos por el factor *un medio*; es decir  $\frac{1}{2}$ .

¿No hemos de hallar esa suma de la que hemos de tomar después la mitad? Pues para abreviar el lenguaje, escribamos la inicial de suma: una *ese* mayúscula, *S* ó una *ese* larga *S*, á que el matemático llama una *integral*; y escribamos por el pronto  $\frac{1}{2} S$ , que se leerá á mitad de la suma ó mitad de la *integral*.

¿No hemos de medir y de expresar por un número la masa de cada punto del sistema? Pues para no escribir números particulares, representemos la masa por su inicial *m*.

¿No tendrá cierta velocidad esta masa? Pues no particularicemos la velocidad como no hemos particularizado la masa, y representemos la velocidad por *v*, sea cual fuere. ¿No entra dos veces la velocidad como factor? Pues escribamos: *velocidad* multiplicada por *velocidad*; ó abreviadamente *v. X v*; ó aún con más sencillez, pongamos una sola *v*. y un número que nos exprese que entra dos veces como factor en el cálculo; es decir *v.²*, que se le leerá, *v. cuadrado* ó *v. dos*.

Y de esta suerte la fuerza viva de uno cualquiera de los puntos del sistema vendrá dada por la expresión algebraica; *m* (masa) multiplicada por *v* (velocidad) multiplicado todo otra vez por *v*, ó abreviadamente.

$$m \times v \times v \text{ ó sea } m \times v^2, \text{ ó todavía } mv^2.$$

¿Pero aquella suma de que antes hablábamos no era suma de cantidades análogas á esta? Pues escribamos por último: fuerza viva del sistema igual á  $\frac{1}{2} S$ . de cantidades como *mv.²*. para todos los puntos del sistema, ó concretando por signos la expresión del pensamiento:

$$\text{fuerza viva del sistema} = \frac{1}{2} S mv.².$$

Hé aquí, pues, la fórmula algebraica de la fuerza viva, fórmula tan sencilla, tan comprensible, tan vulgar como la expresión numérica, de la que no es esta más que una generalización.

Digamos y anticipemos, volviendo á nuestro objeto, que la *fuerza viva de un sistema material no es más que una parte de la energía de este sistema*.

La energía se compone de dos sumandos: por una parte de su fuerza viva, de esa expresión  $\frac{1}{2} S mv.²$ ; por otra, de un nuevo elemento que en el artículo próximo procuraremos explicar. Basta por hoy de elucubraciones matemáticas, que habrán ya puesto á prueba la paciencia de nuestros benévolo lectores.

JOSE ECHEGARAY.

## EL ARTE Y LA LIBERTAD EN GRECIA.

Causa admiración y asombro que un pequeño pueblo rodeado de montañas desoladas y de valles estrechos, haya conquistado un puesto tan brillante en la historia é impreso un sello tan profundo é indeleble en la civilización humana.

No se puede negar que ha legado á las generaciones grandiosos ejemplos de heroísmo, y magníficos modelos en la literatura y en las artes.

Atenas ha creado, por decirlo así, el drama; ha hecho nacer los primeros elementos de una fiesta religiosa y popular, que no los contenía sino implícitamente, y de estos rudimentos primeros dedujo una nueva obra de arte, un género literario absolutamente nuevo en el mundo.

Cultivó este género con el deseo de la perfección que caracteriza todas las tentativas del genio ateniense.

Atenas logró realizar por una serie de esfuerzos no interrumpidos, el tipo del drama, bajo sus dos aspectos y sus dos formas esenciales, la Tragedia y la Comedia.

Una comedia es una obra de arte; en segundo lugar es, en una cierta medida, una exposición de ideas teóricas, una enseñanza práctica dirigida por el poeta á los que quieren escucharle.

Como obra de arte es libre por su naturaleza de todo examen administrativo. Cualquiera que sea la constitución del Estado, el Estado es siempre una cosa artificial, y no existe bajo una forma definida, sino en virtud de una convención ó por una aplicación violenta de la fuerza.

Somos conducidos por la historia y por la teoría á considerar las formas de gobierno fundadas sobre el interés presente de las naciones. Las naciones las adoptan, ó las soportan, según las ventajas que creen obtener en adoptarlas ó en soportarlas.

Además, el conocimiento de la naturaleza humana, esclarecido por la Historia, nos muestra que las instituciones políticas son esencialmente variables, que siguen la marcha de la civilización y los cambios que se producen en los intereses físicos y morales de los pueblos, y como estos in-

tereses no permanecen lo mismo durante cincuenta años, sino que se transforman, el estado político y el poder público experimentan iguales transformaciones, las constituciones se modifican ó mejoran ó se desnaturalizan y son destruidas violentamente por las revoluciones.

El edificio del Estado, bajo su forma actual, descansa sobre un conjunto de ideas y de necesidades, cuya esencia ha de variar con los tiempos.

La idea aristocrática fué el áncora de salud de la Sociedad Lacedemonia y salvó á Roma de los más grandes peligros que tuvo que arrostrar durante medio siglo; la idea democrática constituyó toda la grandeza de Atenas, y el principio monárquico ha contribuido al desarrollo de las civilizaciones modernas. Así tomado en su conjunto, el Estado, es decir, la forma de Gobierno es una institución diversa, variable, representa las necesidades actuales de los pueblos, y se modifica con ellos.

El arte se presenta á nosotros bajo otro aspecto. La ciencia moderna ha elucidado perfectamente, en nuestro humilde juicio, su naturaleza. Existe una noción superior á la que se adhiere, y del que es una derivación esta noción, la idea de la belleza. Ella no es ficticia, ni cambia cuando se la considera en ella misma; es sencilla, indivisible, absoluta, tiene todos los caracteres de las ideas de la razón, y el objeto que representa hace parte de la Naturaleza Divina. Es la relación de nuestra razón individual con esta idea, la que hace al hombre artista, pero lo es más ó menos, según esta relación es más ó menos estrecha y perfecta. No hay nadie que esté enteramente desprovisto de la idea de la belleza, porque esta idea forma parte de la razón humana, que es indivisible; pero la claridad con la que se la percibe, puede variar de un hombre á otro, y más todavía la aplicación que cada uno de nosotros puede hacer en estas obras que la encarnan ó que la requieren. El arte procede de un principio superior y divino; tal es la doctrina constante de las escuelas metafísicas; tal es la doctrina de los griegos, expuesta en la doctrina de Platon.

Este gran escritor la ha desarrollado el primero y después de la exposición que ha dado en muchos de sus Diálogos, ha permanecido, si no incontestada, al menos fundamental para todos los espíritus superiores que se han aplicado á resolver este problema.

Al contrario, cuando Platon ha querido reducir á principios absolutos la teoría del Estado, y determinar según estos principios la forma natural y verdadera de la institución política, ha organizado una sociedad ideal, ha aplicado una forma social absoluta á la naturaleza humana, que no tiene nada de real, suponiendo aquella invariable, en tanto que la condición de la humanidad es variable sin cesar.

Nuestros esfuerzos, bien ó mal dirigidos, tienden constantemente hacia un término en que todas las necesidades de nuestra naturaleza sean satisfechas; pero el término es infinito, y como estas necesidades mismas varían, la idea por los filósofos políticos expuesta de un estado perfecto, es siempre incompleta, y sus sistemas son siempre utópicos.

Así, de cualquier manera que se la mire, sea bajo las formas ideales de que se le ha investido, la institución política parece siempre marcada de esta imperfección que procede del interés.

Al contrario, la teoría del arte, como los griegos la han expresado por la boca de Platon, sobrevive á todas las utopías políticas, como el arte griego, de que ella es la expresión, ha atravesado por todas las sociedades políticas, antiguas y modernas, ha sobrevivido á ellas y bajo cualquier régimen ha ofrecido modelos é inspiración á los nobles espíritus.

Aristóteles, que vivía bajo un gobierno monárquico, pocos años después que Platon, que vivió en un estado republicano, Aristóteles ha destruido la doctrina de Platon, pero él no ha variado la teoría del arte tal como su maestro la había expuesto.

El primero ha expresado toda la superioridad del arte con relación al Estado, estableciendo este sencillo contraste, que el estado procede del interés, y que el arte es desinteresado. Así el Estado no es apto para juzgar las obras de arte; un jefe de Estado puede ser artista, escritor y un hombre de gusto, pero no por su carácter gubernamental ó administrativo.

Si el poder público diera á un hombre la facultad de juzgar en materia de arte, el más poderoso sería el más artista, y la república de las letras no sería diferente de la organización administrativa, el primero en la una sería el primero en la otra, y el sencillo administrado no tendría nunca gusto ni genio.

Pues que los hechos de la Historia y de la vida nos demuestran la verdad de nuestra teoría, es preciso admitir que el dominio del arte se encuentra en una esfera extraña y superior á la política, es decir, al interés.

Si establecemos encima de nosotros un poder público, es para que administre los intereses públicos, no para someter á sus juicios esta parte más elevada de nuestra naturaleza, esta parte divina que concibe la belleza, y que por su esencia no puede depender sino de la belleza absoluta, es decir, de Dios.

La libertad en el arte dimana de esta doctrina, y no puede ser fundada de otra manera.

El sentimiento personal que tuvieron los griegos, y sobre todo, los atenienses, de la libertad y de la belleza á la vez, fué causa de que dejasen al arte una autonomía de que ningún otro pueblo ha gozado en el mismo grado.

Nunca, entre ellos, los poderes públicos se han constituido en jueces en materia de gusto: no solamente las obras hechas por un particular por su propia cuenta han sido libres de todo otro examen que el de la opinión de un pueblo esclarecido, sino que cuando se ha tratado de obras hechas por cuenta del Estado, y teniendo un carácter público, los magistrados no han sido considerados como jueces competentes de la belleza y de la conveniencia de estas obras; concursos públicos han sido sustituidos siempre á la arbitraria decisión de los magistrados, y el juicio del pueblo al juicio de sus administradores.

Cuando ciertas tragedias de Esquilo fueron puestas en escena, después de la muerte del poeta, no fué por la voluntad de los que administraban la República, sino por la iniciativa del pueblo, como decimos hoy, por la fuerza de la opinión pública.

Lo que ella pedía era su viejo artista, cuyo genio había creado tantas grandes imágenes, y expresado pensamientos casi divinos, y cuya alma exaltaba de entusiasmo las almas de todos, y las elevaba sobre los intereses privados, y las miserias de la vida pública, á las regiones del ideal.

Seguramente los Atenienses son tal vez, de todos los pueblos, los que han sabido acordar mejor la libertad del arte con la influencia que una organización sabia puede ejercer sobre él.

Es el privilegio de los Estados verdaderamente democráticos, donde la acción individual es más espontánea que en los otros y el genio de cada hombre encuentra un medio más propio á su desarrollo. Porque si el estado social á que aspira la humanidad es el estado en que las necesidades legítimas de cada uno de nosotros encuentren su completa satisfacción, la constitución social que nace de la iniciativa de todos, y que se organiza por una acción común y para el bien común, tiene más que otra la probabilidad de ser la mejor.

Es la que gozaba el pueblo de Atenas, y entre estas necesidades que es preciso satisfacer los atenienses colocaban en el primer rango el arte bajo todas sus formas. Las sumas que consagraban á las obras de arte parecerían increíbles, si se las tradujera en cifras modernas.

La admiración, mezclada al amor que les inspiraban estas obras, era para sus autores una recompensa cada día renovada, y en tanto que elevaban al poder y derribaban á los hombres políticos, según el interés del momento, consagraban á sus artistas y á sus poetas un culto durable y constante, y los miraban como seres luminosos; en una palabra, como Dioses.

Un drama no es solamente una obra de arte; es también una exposición de doctrina, una especie de enseñanza teórica como la que se da en todas las reuniones de hombres y en los libros. Por este aspecto, el drama parece acercarse más á la vida real y mezclarse un poco á nuestros intereses.

Si no se considera más que la teoría pura, ó la ciencia que puede resaltar en un drama, pertenece incontestablemente al mismo dominio que el arte, y se dirige á una parte de nuestro ser, sobre el cual el Estado no tiene el derecho ni el poder de ejercer ningún imperio.

Aristóteles enumera esta verdad fundamental de este modo: «la ciencia procede de la verdad y tiene por fórmula el silogismo; la práctica de la vida procede de lo verosímil, y se formula por entimemas.» Lo que equivale á decir, que como los problemas de la vida pública ó privada se refieren siempre á intereses privados ó públicos, se agitan siempre en una esfera interior á la de la ciencia, que es, por su naturaleza, ideal y desinteresada.

Hay en la sociedad humana doctrinas ideales, teorías científicas, de las que el Estado no puede ser juez, porque ellas son superiores á los intereses de que el Estado es el protector.

El Estado ateniense en sus peores días no profesó nunca ningún sistema de filosofía, nunca tomó parte en ninguna discusión científica. Entre los atenienses la ciencia ha enunciado siempre sus doctrinas, aún en el teatro: la comedia ha usado del derecho de mofarse de todas las teorías y de profesar una que no difería mucho del escepticismo.

El respeto por la libertad de pensar en materia de ciencia era uno de los rasgos del genio ateniense y aún del genio griego en todos los tiempos. Y solamente los poderes públicos han intervenido en materia de ciencia, para suministrar á los sabios los materiales que los particulares no podían procurarse.

En los Estados jónicos, de que Atenas formaba parte, la tendencia hacia las instituciones democráticas estaba decidida muy largo tiempo, cuando la ciencia comenzó á nacer y se formaron las teorías.

Se estaba en plena democracia, cuando filosofaron los antiguos sabios, y la ciencia era ya poderosa, cuando la Constitución ateniense fué definida por Solon y perfeccionada por sus sucesores. El período en que se engrandeció la comedia, fué un período de libertad para la ciencia como para el arte.

El pueblo ateniense, á quien correspondía siempre la última apelación en todas las cuestiones, no pensó nunca en arrebatarle á él mismo esta liber-



tad, negándola á los hombres superiores que la practicaban.

En efecto, como la ciencia procede de una relación superior de la verdad con la razón individual, aquél que la descubre está siempre más avanzado en el progreso que los hombres de su tiempo. El Estado, las Comisiones administrativas, las Academias no hacen más que seguirle, no se le adelantan nunca, y son, por consecuencia, incapaces de juzgarle.

Todos los que marchan á la conquista de la verdad, destruyen los obstáculos que impiden el progreso del pueblo, porque la condición de la ciencia es marchar adelante por transformaciones sucesivas, que sobrepujan siempre á la apreciación pública, la preceden y la dirigen.

Atenas tuvo el buen sentido de dejar al pensamiento científico una libertad completa. El ejemplo que dió fué imitado por el resto de la Grecia; cuando esta patria de la ciencia y del arte, cediendo á una necesidad de unidad que la condujo á la monarquía, aceptó por árbitros políticos á los reyes macedonios, la libertad del pensamiento permaneció entera y sobrevivió á esta radical transformación de la sociedad. He recordado estos hechos para demostrar que la libertad de pensar fué uno de los caracteres más marcados y más durables del genio griego.

¿Ha sido el fruto de sus instituciones? ¿No es más justo decir que sus instituciones han sido el fruto de su genio? Si éste se personificó en Atenas, ¿no fué porque Atenas había instituido la forma de Gobierno que estaba más en armonía con el genio de los jónios, y porque la raza jónica por su extensión, su movilidad y su superioridad intelectual, había acabado por ser el tipo de la raza helénica entera?

Para constituir una democracia sólida como la de Solon, fué preciso infundir en su alma el genio de la libertad, porque un corazón esclavo queda siempre sometido al poder del más fuerte. Á su vez el genio de la libertad se alimenta de ciencia y de inteligencia, porque la ignorancia ha engendrado siempre el despotismo.

Los atenienses, gobernándose ellos mismos, tenían constantemente la idea de hacer de su estado una obra de arte.

El pueblo comprendió también el verdadero destino de su teatro, y para asegurar su brillo y su perpetuidad, creó por medio de una ley una caja de espectáculos, un fondo público constituido sobre el Tesoro y destinado á pagar los gastos de las representaciones, y más tarde se dió otra ley que castigaba con las penas más severas al ciudadano que propusiera consagrar á usos militares los fondos del *Theoricon*.

Nosotros amamos mejor, como los antiguos griegos, un gran teatro del Estado, dando gratis al pueblo cada año, tres ó cuatro espectáculos sublimes, en los que la dignidad del hombre sea enaltecida y exaltada, que una multitud sin número de lugares privados, en los que se degrada el cuerpo y el alma.

En resumen: entre los atenienses, el drama, por su lado heroico, gozó de la misma libertad que el arte y que la ciencia.

Tenia esta libertad de su origen y de su dignidad y le era natural y no otorgada, y como era contada entre sus derechos reconocidos, fué respetada.

Por esta razón el drama fué un instrumento poderoso de civilización, ó por mejor decir, fué una de las partes de la civilización helénica, y no ha cesado de ofrecer modelos sublimes á todos los pueblos civilizados.

EUSEBIO ASQUERINO.

## FISONOMÍA DE UN GRAN PINTOR.

NICAISE DE KEYSER.

(Conclusion.)

Yo podría concluir aquí de hablar del artista, para consagrar después dos palabras al hombre, al caballero; pero ¿cómo deo de citar sus principales cuadros, esa colección que en la caprichosa variedad de sus temas nos presenta las facultades asombrosas del afamado pintor?

Tome nota el lector.

No tengo á la mano sino apuntes incompletos, y por ellos sé que los principales cuadros del señor Keyser son los que voy á nombrar, citando los países en que se hallan para justificar lo que dije empezando: que sus lienzos se hallan indistintamente en los Museos y Galerías de Europa y América.

*La resurrección de la hija de Jaira*,—en el palacio de la reina de Wurtemberg.

*El Pabellón de Rubens*, encargado especialmente en 1847 por el rey de Prusia.

*La partida de Van-Dick para Italia*, cuadro que, como el anterior, goza de una inmensa popularidad por existir de él varios grabados.

Modesto *amateur*, como soy también, muchas veces he detenido mi vista en estos grabados, poseyendo este último, sin saber entonces que el autor del cuadro original era el famoso pintor, á quien hoy tengo la dicha de conocer.

Sigue la lista.

*Milton dictando á sus hijas el Paraíso Perdido*.

*Cristóbal Colon*.

*Marino Faliero*.—En Nueva-York.

*El último pensamiento de Weber*.—En Amsterdam.

*La hija de Débutade*.—Liverpool.

*Margarita en la Iglesia*.—Amberes.

*El Tasso en la cárcel*.—En el palacio del duque de Lichtenstein.

*El Dante y las Jóvenes de Florencia*.

*La Corte de Lorenzo de Médicis*.—París.

*Alberto é Isabel de Austria, visitando la imprenta de Plantin*.—Nueva-York.

*La Corte de Francisco I*.—Cincinnati. (E. U.)

*Cárlos V libertando esclavos cristianos en Túnez*.—En el Museo de los Académicos.

¿A qué citar más?

Basta con esto para dejar plenamente establecido, no solo la fecundidad creadora del señor Keyser, sino la verdadera elasticidad de sus facultades, su inspiración poética, su espíritu filosófico, su profundidad histórica y ese conocimiento íntimo que revela de la época, del personaje, del acontecimiento, del hecho ó del episodio que saca de los colores de una paleta, al parecer inagotable y maravillosa.

Sin embargo, el pintor belga no estaba todavía satisfecho con haber revelado esta universalidad de facultades.

No parecía contento con haber colocado al lado de sus numerosos retratos de monarcas y soberanos reinantes, al gran poeta inglés en el momento en que tocada su frente inmortal por el dedo de Dios, ciego ya, pobre, abatido, con el corazón endurecido en medio de la tormenta espantosa en que pasó su vida, dicta su famoso *Paraíso perdido* (1); ni con estampar el semblante admirable de Colon en el momento supremo en que su cráneo, hirviendo como un volcán, se siente iluminado por la luz de aquel otro gran mundo, que el marino genovés arranca de espaldas del Océano, presentándolo á la humanidad regenerada con la arrogante soberbia del genio vencedor.

No: nada de esto satisface todavía al pintor belga, que, como Homero y el Dante, el Tasso y Racine en la poesía, quiere mostrarse apto para todos los géneros, para todos los estilos.

¿Qué hace entonces?

Busca otro teatro que le era desconocido; y se dirige á España, que no debía ser para él la patria gloriosa de grandes tradiciones y de grandes Recuerdos, la nación caballeresca y altiva de todos los tiempos y de todas las épocas, sino un país especial en medio de la Europa, con un cachet propio, suyo solo, que no lo posee ningún otro, y que, virgen todavía en muchas de sus costumbres primitivas, ofrece eterno y constante tema al que quiera pintarlos ó describirlos.

Un día el artista belga entra en una plaza de toros.

¿Qué le había de suceder en medio de aquel bullicio, único en su género?

Lo que nos sucede á todos los que no somos españoles; gozar, sufrir, llorar, reír, admirar, quedar por un momento suspensos ante ese cuadro al que se mezclan tantas y tan encontradas emociones.

Lo que más hiere su imaginación en el primer momento, no es la sangrienta liza, ni la destreza y el valor del torero, ni la gracia del capeador, ni la habilidad con que los discípulos de Cúchares matan el bicho, cuando inconsciente se presenta delante de esa espada, que hace tantos prodigios.

Nada de eso.

Es la plaza misma: es el tendido, es ese espectáculo único, variado, brillante, caprichoso, lleno de animación, vida y movimiento: es la variedad de tipos que allí se agitan, conversando, discutiendo, dando expansión á su espíritu, más preocupado con los secretos de la tauromáquia que con los grandes problemas de la política europea.

Hombre de inspiración y de genio, poeta y pintor á la vez, saca su lápiz, en medio de la atmósfera caliente, esboza un cuadro de un género completamente nuevo para él.

Regresa á su patria, á su famoso taller,—digno de ser visitado por su esplendor y las preciosidades artísticas que en él atesora—y allí, tranquilo, sosegado, en el silencio misterioso que ayuda la concepción, pinta un gran cuadro, representando, no una corrida, sino la plaza de toros.

Para otro pintor, el éxito podía haber sido dudoso.

Para el señor Keyser, era seguro.

Maestro ya en el ameno campo del arte, le ha bastado en esta ocasión, hacer como César, *ir, ver y vencer*: inspirarse en el gran espectáculo de las costumbres españolas, llevando al lienzo toda la poesía, todo el verdadero encanto que ofrece la concurrencia de una plaza de toros.

No se puede ver este cuadro, de un colorido al que se mezcla la suavidad de la luz que baña los semblantes, con la animación esencialmente española, tan distinta de la animación de las razas del Norte, sin admirar el múltiple y siempre variado talento del gran pintor belga.

Ya no está, como cuando pintó su *Calvario*, en la primera edad, en los años risueños de la primera juventud.

Tiene ya más de sesenta; el tiempo ha emblanquecido sus cabellos y arrugado su frente, pero su paleta está fresca todavía, joven siempre, y su instinto creador es el mismo.

(1) El pintor belga ha escogido la versión que dice que Milton dictaba á sus hijas, pues varios de sus biógrafos dicen, que dictaba á su mujer y á dos amigos.

De aquí el éxito ruidoso, que hace dos años, cuando presentó su *Plaza de toros*, obtuvo en su patria, y ante los grandes artistas que tuvieron la dicha de contemplarlo.

En esa vida de lucha constante en que vive el artista, nada hay seguramente que le estimule más que el éxito alcanzado; porque es algo que se asemeja á la conciencia del deber cumplido.

El primer viaje del señor Keyser á España, proporcionó á su talento nueva y brillante victoria.

¿Como no regresar, entonces, al teatro que le había sido tan feliz?

Dos años después vuelve, en efecto, al hermoso país que tan propicio había sido á sus inspiraciones, y en el momento en que trazo estas líneas, el artista, que ha sido Director de la reputada Academia belga durante un cuarto de siglo, se encuentra á orillas del Guadalquivir, buscando en aquella tierra de encantos y poesía, y al calor ardiente de su luz meridional, nuevas y más fecundas inspiraciones, como si quisiese llegar al término de su carrera, en medio de la aurora celeste que, en el arte, levantó á Murillo á la altura de un semi-dios.

¿Qué busca allí?

¿Qué hace en Sevilla?

Estudia las costumbres populares; lleva á sus lienzos esos grandes y hermosos ojos negros de la andaluza que parecen recibir la luz que los baña, de la pupila de Dios, y escoje ciertos tipos especiales que agrupar en nuevos cuadros, en que ha de hacer alarde de esa sublime potencia creadora, que durante cuarenta años le han dado el derecho de abordar todos los temas, todos los estilos y todos los géneros de la pintura.

He hablado ligeramente del pintor, haciendo conocer el mérito de sus principales cuadros.

¿Qué decir ahora de las distinciones y de los honores que durante su laboriosa carrera viene mereciendo el señor Keyser?

Lo acabo de consignar; durante veinticinco años ha ocupado la silla de Director de la Academia de Amberes, dándole la organización que hoy tiene, de las más hábiles y completas de Europa.

Seguiría todavía en ese puesto de honor, si voluntariamente no hubiese renunciado, hace pocos años, buscando tiempo para consagrarse al trabajo, y un poco de solaz para su espíritu, un tanto fatigado con las rudas tareas de la enseñanza.

A pesar de esto el señor Keyser continúa siendo Director Honorario de la Academia, entre cuyos profesores y discípulos goza de la suprema autoridad que le dan su talento, su fama y su experiencia.

Es miembro corresponsal del Instituto de Francia, y en su pecho se ostentan las condecoraciones de los principales países sin que falte á ellas, la *Legion de Honor*, ofrecidas todas al artista por los soberanos y Gobiernos, que han ido premiando sus retratos,—de un parecido asombroso,—y los grandes cuadros que entregan su nombre á la vida de la inmortalidad.

Una palabra ahora sobre el hombre privado, sobre el caballero.

Si el talento—esa chispa que se desprende del Eterno—es hermoso por sí solo en cualquiera de sus manifestaciones, cuánto más hermoso no será cuando ha celebrado sus bodas con la virtud!

Esta alianza serena y feliz la ofrece el señor Keyser.

En sociedad es un hombre verdaderamente encantador. No es posible acercarse á él sin sentirse dominado, por su suavidad, su angelical dulzura, la delicadeza natural de sus modales, que son los del verdadero gentleman.

Casado desde joven con una dama digna de él, formó un hogar embellecido por la virtud, en que solo se respiró atmósfera plácida de dicha, y donde el noble Mentor educó varios hijos, que en su ancianidad debían ser—como decía la madre de los Gracos—sus joyas, su verdadera fortuna.

Pero ¡ay! El señor Keyser no debía ser una excepción á la regla, ni su dicha debía ser completa; porque en medio de sus albores y de sus días rosados, la muerte llamó á las puertas de su hogar, arrebatándole la noble compañera de su vida, la cariñosa madre de sus hijos, la que compartió con él en las horas felices las grandes emociones del triunfo, las alegrías de la gloria alcanzada en los brillantes torneos.

Este golpe tremendo destruyó su corazón, hace dos años apenas.

Desde entonces se vé al noble anciano, al cruzar las calles ó los salones de los Museos, y por do quiera, acompañado de una joven alta, vestida de negro, de talle delicado y flexible, andar elegante, maneras distinguidas, hermoso semblante y mirada expresiva é inteligente.

Es su hija María, que identificada con el dolor que le enluta, se ha consagrado á él, á seguirle por todas partes, como si comprendiese que su belleza, su virtud, sus delicadísimos cuidados, son suave bálsamo que vá poco á poco cicatrizando la honda herida que en el alma lleva.

Y razón tiene la bella señorita de Keyser en creer que ese consuelo proporciona al autor de sus días, que no solo vé en ella la hija tierna, cariñosa, la mujer llena de hermosura é inteligencia, sino una artista también, una pintora de sobresaliente mérito.

Efectivamente; sin llegar, como se comprende, á la altura del viejo y laureado artista, su hija María alcanza ya en la pintura un puesto que, con el

estudio—á que se halla consagrada—y el andar del tiempo, le aseguran un risueño porvenir en esa patria en que nunca cruzan sombras.

Estimados ambos donde quieran que van, como uno de tantos participo también de la admiración que á todos inspira el gran talento del señor Keyser y las hermosas dotes de su hija, á los que consagro estas líneas, como alta expresión de la simpatía que les profeso.

HÉCTOR F. VARELA.

### LA UNIVERSALIDAD DE LA DEMOCRACIA

El distinguido escritor peruano D. José Silva Santisteban, acaba de publicar en Lima un libro sobre *Derecho constitucional*, en cuya frente ha puesto nuestro insignificante nombre, libro profundamente meditado, escrito con esos colores que sólo presta el amor á la libertad; verdadera imagen de un alma, que desoyendo el ruido de las grandes tempestades por que atraviesa fatalmente la América del Sur, se arroba en contemplar esa región luminosa de la ciencia, á la cual no llegará nunca la negra noche de nuestras alteradas pasiones.

No podemos pagar las lisongeras é inmerecidas palabras que nos dedica este ilustre escritor, y el saludo que de allende los mares nos envía, sino anunciándole que hemos comprendido que esas palabras no son tributos pagados á un hombre, que nada vale, sino muestra evidente de que las doctrinas, por nosotros con tanto entusiasmo profesadas, doctrinas de paz para todas las naciones, de libertad para todos los hombres, de amor entre todas las razas; esas doctrinas democráticas, como nacidas del seno de la razón humana, que tiende en todas sus obras á lo incondicional, son unas mismas en todas las latitudes del globo, así en este viejo mundo, sembrado de ruinas, como en ese nuevo mundo que se levanta puro, ceñido con todos los resplandores de su virgen naturaleza, entre las ondas del soberbio Atlántico.

Y no puede menos de ser así: todas las doctrinas políticas que nos han precedido, están manchadas de sensualismo; ora se inclinan medrosas ante el tiempo, esa ley de lo más tosco y terreno que hay en nuestra alma; ora creen que deben plegarse al clima, encerrando las ideas que son del cielo, en el polvo donde se mueven los insectos; ora se dejan dominar por el acontecimiento, que huye por el instante, que pasa, por todo lo contingente, que muere; ora se agarran á los sepulcros y se alimentan de cenizas, mientras nuestra hermosa idea nacida de toda la profunda elaboración del espíritu moderno, fundada principalmente en la razón, hija de la naturaleza humana; y su reflejo más puro en la sociedad, cree que los principios de justicia son eternos como Dios, de quien proceden, y que la libertad es una como el hombre en quien reside y que las leyes sociales encontradas ya por la ciencia, tienen principios tan fijos é inquebrantables como las mismas leyes que ordenan y conciertan los mundos y las esferas en los infinitos espacios.

Es suponer al hombre inferior al bruto, y estimar la raza menos que el instinto, el creer, como creen muchos, que nuestra alma no tiene en sí un principio social, un derecho, que es á su vida lo que el centro de gravedad es á los cuerpos. Este principio, este derecho inquebrantable, lo necesita nuestro espíritu, como nuestro cuerpo, como nuestra organización necesita del espacio. Es verdad que se lo ha regateado el tiempo, es verdad que no lo ha tenido en toda la historia; pero si miramos con atención las diversas épocas de la dilatada vida de la humanidad, veremos que todos sus grandes movimientos se encaminan á conseguir ese principio, á grabar indeleblemente ese derecho. Aun prescindiendo de la historia antigua, en los tiempos modernos cada paso que dé el hombre, le acerca más á esa tierra prometida.

Al pie del castillo feudal, yace el siervo, sin ley, sin derecho, sujeto á la impía voluntad de su dueño, encorvado bajo la inmensa pesadumbre de su trabajo, falto de propiedad, apurando hasta las heces de amarga copa del dolor; pero ese siervo se diferencia del esclavo antiguo en que tiene un mismo Dios que su dueño, una misma religión; y así de esta igualdad religiosa, regada con la sangre de un divino mártir, más tarde ó más temprano se levantará su libertad, escrita ya con caracteres indelebiles en su frente.

Y en efecto; vienen las cruzadas, nacen los municipios, los reyes se ciñen sus armas, las universidades se levantan orgullosas, los códigos uniformes aparecen al lado de los tronos, la pólvora mina por su base los castillos, la imprenta lleva á todas las conciencias, como un apóstol de la libertad, las ideas, y el mundo de la Edad media, merced á tantos y tan rudos golpes, se desploma, y entre sus ruinas se quiebran y desaparecen las pesadas cadenas del desgraciado siervo. Mas entorpecen los reyes absolutos, verdaderos tribunos de esta gran revolución política y social, los reyes que habían arrojado sobre los nobles su guerrero, sus jurisperitos, sus pueblos; roto ya y hecho trizas el feudalismo, creen que van á contener aquel movimiento, que van á poner diques al torrente por su propio poder impulsado, y figen forjar con un rayo de la aureola de Dios una corona para sus sienes, y llamándose representantes del poder y

del derecho divino, dicen al espíritu: de aquí no pasarás, creyendo contenerlo en un dique de arena, como Dios había contenido el mar, cuando el espíritu humano, como progresivo, rompe todo límite que no sea la ley de suprema naturaleza.

Y entonces las olas comienzan á subir, y los reyes absolutos á ponerles diques, hasta que una tremenda tempestad, en cuyo seno se oye aún el eco de la voz augusta de la Providencia, esparce por el suelo, rotas y sin brillo, las coronas de derecho divino que no volverán jamás á brillar en la historia, como no ha vuelto á surgir del seno del tiempo el ya roto y deshecho feudalismo.

Del seno de esta gran tempestad nace el hombre más libre y más fuerte y más poderoso. Su razón sojuzgada se levanta á la libertad, su voluntad oprimida origina la ley, los privilegios sociales que separaban unas clases de otras clases, unos códigos de otros códigos, unos tribunales de otros tribunales, se rompen; la ciencia, patrimonio antes de unos pocos, desciende en lenguas de fuego sobre todos; el poder concentrado en unas manos, se difunde como la vida por toda la sociedad; el hogar doméstico, abierto antes al señor que profanaba hasta el lecho mismo de la familia, es sellado con el sello augusto de la ley; el hombre comunica sus ideas con sus hermanos; la propiedad se desamortiza y se mueve y progresa; el trabajo se emancipa; la imprenta redime las conciencias; la libertad de comercio, cada día más próxima, borra las fronteras, une los pueblos; la electricidad derrama con la rapidez de la luz la palabra del hombre por toda la tierra, y aprisionada en leves hilos atraviesa los mares y habla á un mismo tiempo á todas las gentes, como si palpitara ya un sólo corazón en la humanidad; y mientras el verdugo baja poco á poco los escalones del cadalso que se arruina, y las armas de la guerra se van quebrando, la industria, el derecho de gentes, la civilización, la fuerza de las ideas, la libertad fecunda y hermosa va uniendo á todos los pueblos, más dignos ahora que nunca, por su grandeza, del amor y de la protección del Eterno.

Y todas estas maravillas que vemos, que tocamos, todas estas maravillas son hijas de una libertad mesurada; de una libertad perseguida por continuas reacciones; de una libertad, que solo ha brillado ó al través de las nieblas ó entre el fragor de la tempestad; de una libertad muchas veces revolucionaria que ha pasado sobre nuestra frente como las amargas olas de una inundación; de una libertad, en fin, que combatida por distintos y encontrados enemigos no ha podido aún fecundar con su amor toda la tierra.

¿Qué sería si se realizase la última evolución de la idea liberal que se llama democracia; qué sería el mundo? La personalidad humana perdería las últimas cadenas, que aún hoy la oprimen; la paz reinaría sobre toda la tierra; el orden fundado en el derecho, y como el derecho inquebrantable, no sería ese orden silencioso que tanto se asemeja en los pueblos esclavos á la paz de los sepulcros; el hombre instruido en sus deberes, ejerciendo sus naturales prerogativas, no vería en ningún hombre un enemigo, sino en todos hermanos; la libertad dentro de sus naturales condiciones, y de ninguna suerte violentada, uniendo y concertando unos pueblos con otros pueblos, brillaría pura como el sol en un cielo sin nubes; el trabajo libre, la propiedad asegurada, los últimos privilegios muertos, el derecho concedido no al oro, sino al espíritu humano; el pensamiento luciendo en todas las frentes, inundando con sus resplandores todas las conciencias; las naciones dentro de sus fronteras como el individuo en su ley; todos estos bienes harían de la tierra, donde nos envió Dios á realizar nuestra ciencia, un templo, y del hombre el verdadero rey de la naturaleza.

Y este bien es fácil, es hacedero. Comparemos los tiempos que han pasado con nuestros tiempos. ¿Quién le hubiera dicho al siervo que había de ser suyo su trabajo? ¿Quién que él y su señor habían de estar sujetos á un mismo código, á un mismo tribunal y á una misma ley? ¿Quién le hubiera podido profetizar que tendría libertad y derecho para formar las leyes? Pues bien, si esa clase media, hoy tan ufana, buscara en las cenizas de los tiempos pasados los huesos de sus padres, encontraría que todos esos huesos llevaban aún la marca de la servidumbre; pues mientras sus padres pasaron largos días de afrenta y de oprobio, la clase media hoy es propietaria, gobierna, influye en la sociedad, y de los huesos y de las cenizas de los esclavos han salido los reyes, los verdaderos reyes de los tiempos modernos que en sí concentran hoy la libertad y la fuerza.

La transformación que nosotros pedimos no es menos justa y necesaria que la transformación social por que ha pasado nuestro siglo. Nosotros pedimos sólo que se realice en todas sus partes la idea del derecho. Pedimos que el hombre ejerza la libertad de su razón en la prensa, sin sujetarse al vil metal, que es un absurdo privilegio; pedimos que ejerza su libre juicio en el jurado; pedimos que practique su voluntad por medio del sufragio; pedimos que pueda asociarse con sus hermanos; pedimos que no se pierda la actividad de unos, mientras se aprovecha la actividad de otros; pedimos la igualdad política en armonía con la igualdad civil ya conquistada; pedimos que los derechos sean iguales lo mismo que los deberes; pedimos todo lo que ha proclamado la razón y la ciencia en sus grandes manifestaciones y en sus profundas enseñanzas.

Y nunca más que ahora conviene concretar estos principios, ahora que se duda de nuestras ideas acerca de la soberanía nacional. Abrase el libro de que tratamos y se verá que á través de millares de leguas, en apartado continente, en un medio social distinto, y en bien diferentes circunstancias, un pensador demócrata, que sólo oye la voz de su conciencia y los sentimientos de su corazón, sostiene que la soberanía nacional es ilusoria, engañosa, es como la burlesca inscripción que los jueces de la tierra pusieron en la sagrada cruz del Salvador del mundo, si no se funda y sostiene en todos los grandes y ya definidos derechos que constituyen la augusta personalidad del hombre. La libertad; sí, la libertad es el principio que todo lo resuelve y armoniza; pero la libertad es imposible si no se generaliza, fundándose en la igualdad natural de todos los hombres.

Y no hay más remedio que, ó bajar la frente ante esta libertad, ó enterrarse en el polvo de lo pasado. Esa libertad está en todas las conciencias, y es la esperanza de todos los corazones. Los que la niegan, la aman; los que la odian, la practican. Esa libertad es buena, es clara como el sol. En vano la maldeciréis; lleva en su seno el poder de la Providencia y la vida del mundo. En vano la atajareis el paso; seguirá su camino pulverizando los castillos, extinguiendo las hogueras, bajando á la choza del oprimido, uniendo en amor á todos los hombres. Para esa libertad se han obrado todas las maravillas del mundo moderno; la pólvora, la imprenta, el vapor, la electricidad, el crédito, han sido sus soldados.

Esa libertad es el númen de nuestra civilización. Napoleón III no se atreve á negarla; en su omnipotencia la mira aún como la única sanción de su victoria; el autócrata ruso la lleva con sus propias manos hasta los labios mismos del misero siervo encorvado sobre la gleba; la América la reconoce por su única estrella en medio de sus grandes tempestades; toda la vieja Europa abandona por ella sus antiguos ídolos; Italia sacude sus cadenas para abrazarla; España la sigue con ardor, derramando en sus aras torrentes de sangre; Bélgica y Holanda la conservan y engrandecen; Inglaterra destruye con esa libertad los últimos restos del feudalismo, y todos los hombres comprenden que ese sagrado principio es el pacto verdadero de la alianza de toda la humanidad en la tierra.

La voz de nuestro amigo que atraviesa las distancias, y se oye, á pesar del ruido de las olas que nos separan en este viejo mundo, nos dice y nos enseña que esa libertad no puede morir; antes cada día cobrará más vida, porque en todos los pueblos, en todos los continentes, do quier fije el hombre la planta, en todo el mundo se siente el fuego, el calor de esa gran idea que va á ser el eterno sol de nuestro dichoso porvenir.

EMILIO CASTELAR.

1858.

### LAS IDEAS SOBRE LA MUERTE

Y EL MAL EN EL PASADO.

(Conclusion.)

La infeliz humanidad, desesperada, apela á los narcóticos, y entonces se convierten en brujos los que los toman, ó recurre á la flagelación y aspira á la santidad. El gran desequilibrio no consiente otra cosa, y ante la idea de sufrir siempre surge el pensamiento de libertad con la brujería y el de salvación con la entrada en el claustro. ¡Sombria edad, en la que el hombre no encuentra más remedio á su desesperación que la locura ó la muerte! Los abundantísimos datos que contiene la obra del Sr. Gener acerca de aquel estado de general perturbación, afligen el ánimo mejor templado. Desdichas por todas partes, errores sangrientos, refinamientos de crueldad, vicios abominables; el inventario es espantoso, y no bastan á rehabilitar tanta ignorancia y tanta degradación las proezas de los guerreros, ni las maravillas ovales, ni las costumbres caballerescas.

Como síntoma de aquella universal desesperación, surgió, estendiéndose luego por diversos países, incluso Cataluña, la leyenda del *Tío Miseria*. Según dicha fábula, el bueno del Tío tenía un peral encantado. Cansado del continuo pelear de la vida, privado del más tenue rayo de esperanza, entiende que la sepultura es una nueva cuna y la muerte una excelente amiga que trae consigo la libertad. Sucedió que por entonces los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo se dieron á correr mundo, vestidos como los representantes las imágenes, pero sin muchos cuartos en el bolsillo. Un día que iban de camino se desató una terrible tormenta que les obligó á buscar un refugio; preguntan á una infeliz lavandera, que á pesar de la lluvia seguía sacudiendo la ropa á orillas de un arroyo y les encamina á casa de un rico usurero que por allí vivía. El ricacho seniega á darles hospitalidad, alegando que su casa no es un meson. Redobra la lluvia y la piadosa lavandera les conduce á casa del Tío Miseria, del cual les hace breves palabras la descripción misérrima, diciéndoles que es un hombre de bien, pobre como una rata, paciente como Job, alegre como unas castañuelas, bueno como el pan, viejo como el mundo, juguete de la suerte como del viento la vela. Miseria los recibe afectuosamente y les ofrece un mendrugo, y como es natural, peras, aunque no haya muchas en el árbol, porque los vecinos vienen de noche á hurtárselas. Lleno de justa indignación, Miseria manifiesta que el único favor que le pide á Dios es que no puedan bajar del árbol los que á él subiesen para llevarse su fruta, cuyo voto, gracias á la gratitud de los dos santos, se vé cumplido ya al amanecer del día siguiente, en que aparecen inmóviles en el árbol varios aficionados á la fruta del cereado ageno. Al llegar la noche se le presenta una hermosa doncella, vestida de

blanco, con una hoz en la mano, con lo cual conoce al punto que es la muerte; pero en lugar de hacerla ascos se muestra sumamente satisfecho de su visita; manifestando, empero, ántes de seguirla, deseos de probar una de aquellas peras por postrera vez, á lo cual accedió de buen grado la pálida belleza, que fué tan amable para con Miseria, que ella misma subió al árbol para cojérsela. Fácil fué la ascension, pero imposible la vuelta; la Muerte quedó clavada en el peral, sin poder moverse de allí. Con esto nadie la tuvo ya miedo, y se celebraron grandes fiestas en honor de tan fausto suceso; pero pasaron algunos años, y como la poblacion aumentaba y la produccion no la seguia en su progresion, resultó una gran carestia y se originaron muchas querellas y disputas entre viejos y jóvenes, igualmente sedientos y hambrientos. Hubo guerras y pestes, hambres é inundaciones, que no consiguieron hacer ninguna víctima; se recurrió á un famoso medicastro, de mortífera reputacion, y tambien fué en balde. Por último, se acordó suplicar á Miseria que levantara el arresto á la prisionera, como así lo hizo, movido á lástima. La Muerte bajó del árbol, pero ántes de entrar otra vez en funciones, no se sabe si por gracia ó por castigo, condenó á Miseria á vivir en tanto viviese el mundo, cosa que se ha visto hasta ahora realizada por desgracia.

Esta leyenda demuestra el estado moral de aquella época. «A principios del siglo XIV, dice el Sr. Gener, el malestar de Europa era tan grande, que segun un cronista de aquel tiempo la vida aparecia como una invasion del infierno.» Aquel fué el siglo que ha sufrido la más terrible peste que registra la historia. Llamóse la *gran mortandad*, la *peste atroz*, la *gran peste*, *peste ó muerte negra* y sencillamente la *muerte*. Sus estragos se extendieron de Oriente á Occidente. Segun Doremberg, los países menos azotados perdieron la cuarta parte de su poblacion; otros quedaron sólo con la tercera parte de sus habitantes. No bastaba la gente para enterrar los muertos, y los cementerios no podian contenerlos. Segun informe oficial presentado á Clemente VI, la mortandad se elevó en Oriente á más de veinte millones y en Europa á más de un millon.

La desesperacion y el furor en pós de ella se apoderaron de todos los ánimos. «Cuando el pueblo, dice el distinguido historiador de la medicina antes citado, no sabe ó no quiere encontrar causas naturales á las desgracias que le vienen encima, se las ha con enemigos imaginarios. En el siglo XIV, los judíos, escogidos por victimas expiatorias, fueron estrangulados, quemados, torturados á millares.» Como el pueblo es siempre pueblo, es decir, ciego é insensato cuando no se le instruye, hubieran tenido que deplorarse en Francia grandes crímenes en 1832, á no intervenir la policía, como se deploraron aquí en 1834, cuando se acusó á los desventurados frailes de haber producido el cólera envenenando las aguas.

Esta gran calamidad que hemos referido tomó tanto incremento, entre otras causas, primero, porque el hambre y la guerra eran permanentes, y si algo ha de admirarnos es, que la profecía sobre el fin del mundo no se hubiese visto realizada; luego porque estaba arraigada la creencia en una intervencion divina ó diabólica acerca del origen del mal, con lo cual se daba más credito para combatirlo á los medios sobrenaturales que á los auxilios de la higiene y de la medicina, y finalmente, porque á consecuencia de la mala direccion y la exageracion de las ideas religiosas, la miseria, la pobreza y la suciedad estaban en gran predicamento. Así es, que de todas las pestes que han asolado al mundo, la del siglo XIV fué la más calamitosa.

Achacábase todo á obra del diablo, que atormentaba á los hombres en todos los instantes de la vida; todo eran posesiones demoniacas, todo eran pactos diabólicos. Segun las curiosas noticias de M. Ch. Richet, se contaban de los mismos 6,666,666. La brujería estaba á la órden del dia, muriendo en las hogueras los infortunados monomaniacos que se titulaban brujos. El sublime Juan de Wier lanzó su admirable é inmortal protesta demostrando que los pretendidos brujos eran simples enfermos; nada valió por entonces, y los poderes civiles y eclesiásticos no cesaron de quemar á los desventurados hechiceros, cuyas obras sin nombre, como dicen las brujas de *Macbeth*, no eran obras siquiera.

Era general la creencia en el poder de evocar al demonio y no era empresa muy difícil conseguirlo. Para ello habia el ritual que emplea Faust en el poema de Goethe, pero sobre todo eran muy eficaces las fórmulas contenidas en la *Clavicula de Salomon* y en el *Enchiridion de Leon Papa*, cuyos libros encierran las solemnes evocaciones del espíritu de Pithon. Estaban tambien de moda los tratados de cábala de Sperberus, Kunrath, Knorr, Von Rosenroth y Gabriel de Collange, traductor indescifrable del incomprensible Trithemio. El diablo era bastante complaciente para subirse á la cabeza al temerario que lo evocaba y producirle vértigos y alucinaciones. Otras veces no era necesario llamarle del otro mundo, sino que cuando le convenia, tenia buen cuidado él de salir al encuentro de la persona interesada para tentarle, ponerle asechanzas, hacerle caer en pecado mortal, moverle á riñas y otras cosas igualmente vitandas, todo en gran provecho del infierno.

Nada bastaba á apartar la imaginacion de la fatal atraccion satánica, y hoy la razon serena se dá cuenta de los motivos que obligaban á ello. Tal brujo de entónces, hubiera hecho quizás suyos los siguientes versos del poeta italiano contemporáneo, Josué Carducci, que transcribimos en parte por parecernos que son la expresion del estado de alucinacion moral en que se encontraban aquellos oprimidos, desesperados y delirantes siervos que se entregaban á la brujería buscando la libertad. Dice así lo más esencial y ménos subido de dicha composicion: «¡Satán no retrocede!... Sólo, en la materia que jamás duerme, rey de los fenómenos, rey de las formas, sólo Satán vive. Se extremee en la trepidacion de unos ojos negros, brilla en la alegre sangre de los rícos maduros. Por tí vivieron los mármoles y las telas cuando Venus Anadiomena se deleitaba con las brisas jónicas. Cuando quemaron tus templos con las antorchas sagradas la plebe te acogió en tu huida entre los dioses lares del hogar. Desde entónces conduces á la pálida bruja á socorrer la agostada naturaleza, descubres los tiempos nuevos al ojo inmóvil del mágico y del alquimista. El fraile quiere esca-

parse de tí hácia el desierto, pero benévolo con él le enseñas á Heloisa. Pronto otras imágenes pueblan la celda sin sueños; tú despiertas los muertos de Tito Livio, los tribunos, los cónsules, las turbas agitadas, é impeles al fraile hácia el Capitolio. Vienen despues Rienzi, Wicief, Juan Huss, Savonarola, Lutero; tú eres quien los inspira y los arrastra á todos. Levántate, oh materia, Satán ha vencido. Oh Satán, rebelion, fuerza vengadora de la razon humana...» Despréndese de lo que hemos transcrito, que para Carducci, lo mismo que para los brujos de la Edad Media, no se toma á Satán en manera alguna como principio del mal, sino como representacion de lo que es satánico para los ascéticos: la belleza, el amor, el bienestar; el pensamiento, la ciencia experimental, los sentimientos vivos, las concepciones libérrimas. Arnaldo de Brescia, Barlaamio, la Reforma, la Revolucion, son para muchos obras satánicas.

El Sr. Gener nos dá razon de las diversas personificaciones del diablo por aquel entónces, considerando el *diablo bestial*, el *pobre diablo* y el *gran diablo*. El *diablo bestial* es el primero en órden de fechas. El murciélago, los reptiles, el perro y el gato, el caballo negro, como en la balada de *Leonore*, sobre todo el cerdo, esclavizado por San Antonio Abad, son reputados como albergues frecuentes del espíritu maligno. El *pobre diablo*, altamente popular, es ese ruin personaje que tan mal librado aparece siempre en los cuentos de viejas cuando se mete en contiendas ó anda con pretensiones; es el ingeniero de tantos puentes labrados á costa del primero que por él atraviesa, y el que primero pasaba era algun infeliz can, el eterno apaleado y muerto de hambre, el sainetesco valenton, ahuyentado con la cruz á guisa de Me-fistófeles de ópera, inofensivo y hasta modesto. Esa clase cree el Sr. Gener que procede de los elfos, lutines y trolls, pero por nuestra parte encontramos algunas diferencias entre ambos, creyendo que los lutines han figurado exclusivamente en las mitologías del Norte, donde hacian el papel de diablitos enamorados, llegando en Escocia su humildad hasta el extremo de desempeñar funciones domésticas.

Bajo distintas formas aparece el *gran diablo*; éste es el terrible enemigo de Dios; es aquél de quien la Iglesia se ocupa con espanto, el gran Satanás, el colosal rebelde, el enconado adversario de la cristiandad, el reverso de Cristo, el mismo que en los libros de la antigua Ley está representado como el tentador de las gentes temerosas de Dios. Tenemos de él una sublime expresion musical en el *Bertram* del *Roberto*, segun tuvimos ocasion de exponer en un trabajo publicado hace ya muchos años. Este diablo es de alto cope-te y no se anda en chiquitas; apodérase del hereje Gerberto y josa estupendal éste alcanza la suprema dignidad eclesiástica y gobierna la Sede apostólica con el nombre de Silvestre II. Si le fué fácil apoderarse de un Papa, no debia costarle hacer presa en aves de más bajo vuelo, y así se vieron poseidos del espíritu infernal multitud de ilustres personajes, reyes y príncipes que lucharon contra la Iglesia y sus poderes.

Creyése que el diablo era el inspirador de todas las grandes obras profanas; creyése emanados de los maleficios infernales todos los adelantos de la civilizacion. Las Universidades, los laboratorios, los campos cultivados, los descubrimientos industriales, las conquistas científicas, las especulaciones filosóficas, las restauraciones artísticas, las investigaciones de todo género, fueron tildadas de obras de Satanás. Cumple manifestar, en honor á la verdad, que los monarcas de Aragon y Castilla hicieron en general poco caso de tales acusaciones, y protegieron y ampararon á los sábios, sea cual fuese la religion á que pertenecian. Esto constituye para nosotros un supremo honor, pues gracias á la ilustrada tolerancia de aquellos reyes, fué España, durante la Edad Media, el emporio de las ciencias y las letras y el foco de toda la ilustracion europea. Esto se acabó, como todas las cosas buenas, y al empezar el reinado de los Reyes Católicos fué visible ya que iba á extinguirse en nuestra patria la admirable fraternidad científica que habia existido durante seis siglos entre conquistadores y reconquistadores.

El Sr. Gener traza luego un cuadro sobrio del estado moral y material de Europa, y en particular de España durante las monarquías absolutas, y aduce hechos poco conocidos y datos muy originales, para hacer resaltar las miserias que se ocultaban bajo los esplendores de las victorias y de las artes. Recordamos que el inolvidable Amador de los Ríos, en sus artículos sobre la astrología y la magia en España, puso bien de manifiesto los horribles crímenes que por entónces se cometieron, demostrando el grado de credulidad supersticiosa á que habia llegado el pueblo. Hasta el mismo Quevedo, el gran Quevedo, tiene siempre al diablo en la punta de la pluma, por más que «no los hubiese visto,» y llega á ser para él una idea que no le abandona en ninguna de sus profundas y admirables obras. *El sueño de las calaveras*, *El entremetido*, *La dueña y el soplon*, *Las Zahurdas de Pluton*, todo son diablitos, y en las demás novelas se alude de continuo á tales personajes.

Así van corriendo los tiempos, hasta llegar al de la Revolucion francesa, en el cual tiene lugar una profunda modificacion en la manera de razonar las inteligencias y sentir los corazones. De entónces acá numerosos sistemas, continuos ensayos, incesantes tentativas racionalistas, propenden á aclarar los antiguos conceptos de la muerte y del mal, y nuestro autor expone tambien sus ideas sobre el particular, en cuyo exámen vamos á entrar rápidamente.

## III

El ilustrado autor de *La Mort et le Diable*, procediendo con riguroso método en la exposicion de su tesis, ha hecho seguir la parte histórica de su obra de las ideas filosóficas que profesa sobre las dos materias, objeto de la misma.

*La vida y la muerte*, *El cuerpo y el alma* y *La inmortalidad*, son los tres capítulos que constituyen la filosofia de la muerte. Empieza por dar varias definiciones de la vida, pero hoy por hoy, todas las que se den serán deficientes, y no vacilamos en decir que inútiles. La vida no es ni un principio, ni una resultante; es la consecuencia de un conflicto necesario entre ciertas condiciones orgánicas preestablecidas, y ciertas condiciones físico-químicas determinadas, conflicto que no dura un minuto, ni muchos, sino que dura general-

mente largos años; es una creacion orgánica, continúa; es, por lo tanto, un hecho *a posteriori*, que no cae bajo el dominio de un concepto *prévio*. Las hipótesis materialistas y espiritualistas son insuficientes, porque la única solucion posible del problema de la vida, depende de la fisiología experimental, y hasta que esta ciencia no conozca uno por uno el determinismo de todos los fenómenos que constituyen los actos de la vida, no se podrá dar la definicion de esta *a posteriori*.

Digno es de notarse, ya que aquí viene á cuento el expresarlo, cómo el autor, que en la exposicion de las antiguas teogonías y de los sucesos íntimos de la Edad Media se habia mostrado profundo orientalista y erudito historiador, se manifiesta en esta segunda parte familiarizado con el conocimiento de la biología, cual si fuese un fisiólogo profundo, segun la competencia con que diserta sobre la existencia de las propiedades vitales, desde el protoplasma pre-celular, hasta el hombre. Mucho nos felicitamos por ver expuestas tales ideas en un libro tan importante como el de que nos ocupamos, pues la fisiología experimental es una ciencia destinada á producir radicales cambios en los demás ramos del saber, que hasta ahora se constituyeron *a priori*. Esta facultad del autor, de poder tratar con toda competencia, materias tan distantes, se debe á su afiliacion á la escuela positivista, que es el hilo de Ariadna que conduce al entendimiento humano de una á otra ciencia gerárquica, sin que jamás pueda sufrir extravío alguno el criterio con que se juzga cada cuestion en particular.

Despues de tratar de la vida, se ocupa el autor de la muerte, y á propósito del dolor que se supone la acompaña siempre, escribe esta delicada y aguda observacion, que no podemos resistir al deseo de transcribir: «El dolor que causa abandonar á las personas que se quieren, el pesar de no haber podido llevar á cabo la obra acometida, nada tienen de comun con el horror á la muerte.»

Entra luego á tratar de la interminable cuestion de la dudidad humana, este gran problema, que mientras haya mundo jamás será resuelto por las solas fuerzas de la razon y de los sentidos. Las dos hipótesis que se admiten sobre el particular, perderán ó ganarán terreno, segun las circunstancias exteriores; los unos tomarán por verdad indudable lo que es tan solo una probabilidad sublime; los otros se burlarán de los primeros tachando de ensueños sus teorías; lo más prudente es encerrarse en el prudente *Ignorabimus* de Dubois Reymond, que al fin y á la postre todas nuestras concepciones sobre las cosas están sujetas á desaparecer ó por lo ménos á ser rectificadas por nuevos hechos observados ó por inesperadas analogías. Sea como fuere, el Sr. Gener trata cual cumple á un hombre de superiores conocimientos y de exquisito tacto, esta delicadísima materia, sin otro ánimo que el esclarecimiento de la verdad, con sinceridad, que se revela en el calor del estilo, sin denigrar á los adversarios ni rebajar la importancia de los que piensan de distinto modo. Bajo este punto de vista es altamente plausible su argumentacion, pero lo es tambien, tanto ó más, por la enerjía de su dialéctica y por la elevacion severa de sus objeciones. Demuestra el autor ser inteligente partidario del positivismo francés cuando combate algunas ideas hipótesis de Herbert Spencer sobre lo cognoscible, refutando la definicion que de la fuerza dá el autor inglés, terminando el capítulo con interesantes y acertadas consideraciones de psicología positiva, rama tan profundamente estudiada hoy dia, gracias á los adelantos de la fisiología del sistema nervioso.

En el siguiente capítulo, destinado á estudiar el concepto positivista de la inmortalidad, desarrolla el autor trascendentales doctrinas; todo el calor y el brillo prodigados en el trascurso de la obra se reconcentran para producir un fulgor vivísimo que ilumina el pasado y el presente, haciendo aparecer con intensa claridad las razones de las creencias y las razones de las negaciones. Pocas veces hemos leído nada más viril y elevado. Pocas veces tambien, acostumbrados á las frases de relumbrón y á los lugares comunes de nuestros cantores del progreso, hemos gozado tanto con la exposicion calorosa, entusiasta y científicamente rigurosa del progreso humano.

Hay en algunas de sus páginas la inspiracion de Victor Hugo. Mientras existan dolores y sufrimientos en el mundo, habrá quienes disientan de las opiniones que el autor profesa en cuanto á la inmortalidad, pero no creemos que nadie pueda tachar de falta de grandeza su manera de concebir la perpetuidad del hombre, ni de falta de abnegacion su manera de señalar los grandes deberes que en vida tenemos. El autor considera como halagüeño el porvenir de la Humanidad, en el que vé sustituidas las luchas entre los hombres por las luchas contra los fatalismos de la Naturaleza. Es una verdad palmaria que á la nueva escuela, que cuenta entre los suyos á adeptos como el Sr. Gener, se la podrá atacar por muchos conceptos, pero jamás podrá dejarse de reconocer que sus tendencias se enderezan á mejorar la suerte del hombre; probablemente las ideas de su sociología tardarán años y siglos en verse planteadas; quién sabe si los malos instintos heredados y las malas pasiones contraídas impedirán siempre su realizacion y darán lugar á nuevas cristalizaciones sociales, pero á lo ménos será siempre evidente que el positivismo, enemigo de toda violencia é incapaz de cometerla, procura que el supremo resultado de sus trabajos sea para mejorar, en cuanto cabe, la suerte del hombre en la tierra, como así lo ha reconocido no ménos el ilustre espiritualista M. E. Caro.

Hay tambien que hacer constar que la Filosofia positiva es partidaria de la evolucion y enemiga de las revoluciones; es la que ha justificado en lo posible la Edad Media y la que ha explicado la necesidad del período teológico de las sociedades. Solo podrán tachar de disolvente el positivismo los que le conozcan únicamente por el forro. El positivismo al mismo tiempo que tiende al desarrollo y progreso de la sociedad es una fuerza conservadora en su genuina acepcion; y si por ventura se han publicado trabajos que no suenan de tal manera es porque hay cierta tendencia á crear una extrema izquierda positivista (Poey) que en todo caso no es la genuina expresion de la filosofia positiva. El sentido en que debe desenvolverse sus teorías sociológicas, la escuela referida, entendemos que es el señalado en las discu-

siones del Ateneo de Madrid por D. Manuel de la Revilla; así mismo entendemos que está dentro de los verdaderos principios positivistas, aunque no figure en esta escuela, la dirección que ha dado M. Taine á sus estudios sobre los orígenes de la revolución del 89. Este es el verdadero positivismo francés, bien distinto de las exageraciones alemanas.

Pero dejándonos de digresiones, aunque no creemos fuera de todo lugar la anterior, volvamos al análisis de la importante obra de nuestro compatriota.

De la propia manera que después de la historia de la idea de la muerte, ha expuesto el autor su filosofía, también después de haber estudiado la evolución histórica de la idea del mal, á través de sus personificaciones diversas, procede á considerarla bajo el punto de vista filosófico. «Se puede decir, en tésis general,— escribe el Sr. Gener,— que todo lo que tiende á destruir la organización humana, ó á impedir su desarrollo, es malo para nosotros; en una palabra, es un mal todo cuanto se opone á la satisfacción de las necesidades, tanto orgánicas como sociales.» Buscando la causa del mal, encuentra el autor que es en el fondo una falta de equilibrio entre una ó muchas necesidades y su satisfacción completa, ya por exceso, ya por defecto. Por eso la época actual es tan fecunda en pesimismo que mandan al diablo á Pangloss (aunque sin cuidarse por eso de labrar la huerta); en nuestro tiempo se han creado infinitas necesidades antes desconocidas, que se imponen á todas las clases, á pesar de ser ficticias en su mayoría, y no todas las clases están en disposición de poder satisfacerlas; de ahí las pavorosas cuestiones sociales.

Hace luego el autor un curioso estudio de las distintas causas del mal con relación al hombre, empezando por los que dimanen de la naturaleza exterior, que se combaten por medio de la industria, la cual á su vez origina también no pocos males, á nuestro modo de entender, aunque naturalmente en escala muchísimo menor, pero que aun así se podrían disminuir por medio de la higiene. Ocupase luego en los males procedentes de la naturaleza orgánica, dividiéndolos en extensos é intensos; toda esta parte hubiera merecido mayor desenvolvimiento, y no dudamos que el autor lo hará algún día.

Trata enseguida de los males que se ocasionan los hombres unos á otros, empezando por todo lo que se llama crimen, tocando de paso la cuestión de libre albedrío, bien resuelta hoy día por M. Alfred Joullée en sus estudios sobre la *Libertad y el Determinismo*; hay que confesar que para los partidarios de ciertas doctrinas extremadas, es cierto lo que Kant decía de Spinoza á propósito de la parte de su Ética que trata de la *esclavitud del hombre ó de la fuerza de las pasiones*, á saber: que se necesita ser todo un hombre de bien, y vivir largo tiempo á solas con su razón especulativa, sin prestar la menor atención á los propios ni á los ajenos afectos para sustentar tales principios. Relativamente á la penalidad vemos que el Sr. Gener profesa la idea del filósofo holandés. «Porque los malos,—dice Spinoza,— sean necesariamente malos, ¿son menos de temer ó menos perniciosos? Aquel á quien la mordedura de un perro vuelve hidrófobo es harto excusable y hay, no obstante, derecho á matarle para que no haga daño.» Es natural que nuestro autor profese también como consecuencia las teorías de Darwin respecto al derecho de la fuerza. En cambio ataca el utilitarismo americano en virtud de su menguado intento, reducido exclusivamente á proporcionarse cada uno las mayores comodidades; sin elevarse jamás por encima de las satisfacciones materiales, proceder que, por desgracia, es el que está hoy en predicamento en la sociedad y que tememos sea el que se establezca definitivamente; no puede el señor Gener ahogar un sentimiento de tristeza al notar de qué modo la brutalidad del deleite y del *confort* prepondera sobre los serenos gozos de la inteligencia; mas por nuestra mala ventura así ha de ser por muchos siglos todavía.

Considerando hipotéticamente el mal que podría resultar de un exceso de procreación, cuya idea determinó á Malthus á reconocer el freno moral, y á Stuart Mill á sentar la proposición de que nadie tiene derecho á llamar al concurso de la vida seres que no basten á alimentar sus propios recursos, opina que puede contarse para impedirlo con los progresos que vaya realizando la más bella mitad del género humano, pareciendo creer en cierta relación inversa entre el desarrollo intelectual de la mujer y el número de sus gestaciones; pero por nuestra parte creemos que es aventurado cuanto sobre el particular se diga, y que es muy problemática la posibilidad de que el género femenino sea más ilustrado dentro de algunos siglos de lo que es ahora. Con Herbet Spencer no tenemos mucha fé en los prodigios de la instrucción.

Partiendo el autor del principio de que el mal es una idea negativa con respecto á la vida y al movimiento, discute las opiniones de Schopenhauer, para quien el mal es una realidad y el bien un grado más ó menos bajo del mal y refuta viva y brillantísimamente el pesimismo de Hartman en algunas páginas de acerada crítica, llenas de confianza en el porvenir y de satisfacción de lo presente. Estudia luego la esencia del placer y de la felicidad, siendo á su juicio el primero un hecho positivo que corresponde á la conciencia de un aumento de vida, y la segunda una sucesión de estados placenteros sin intermitencia. Es efectivamente el placer un hecho esencialmente activo, si así podemos hablar; es la adquisición de un aumento del sér, la tendencia á su conservación. Cuando nuestras energías se realizan de un modo equilibrado y completo, experimentamos entonces un placer perfecto. La actividad es la vida, el aumento de la vida percibido por la conciencia es el placer. La no actividad es la muerte; todo lo que impide la actividad es el dolor. En esta parte de su obra se convierte el autor en moralista, y la moral, por tanto tiempo revestida de rígidas formas ó farisáicas vestiduras, es tratada por el Sr. Gener con la perfecta cortesía y humano acento propios del libre ciudadano del siglo XIX.

Por cuanto llevamos dicho se comprenderá que el libro del Sr. Gener encierra utilísimas enseñanzas, y que bajo muy distintos puntos de vista constituye una obra de relevante mérito. De todas suertes, el hecho de que un compatriota nuestro dé tan gallardas pruebas de instrucción en materias tan poco conocidas en España como son la historia de las

mitologías y la psicología de la Edad Media, bastaría á tributarle calurosos elogios; pero por encima del erudito y brillante escritor se vé á un filósofo que debe la exactitud de sus puntos de vista, la lucidez de su estilo y la templanza de sus juicios á la disciplina de la filosofía positiva, en que ha vivido casi desde su niñez, y que ha hecho de él, hoy por hoy, el primero de los representantes que tiene en nuestro país la escuela de Augusto Comte.

La obra de D. Pompeyo Gener encierra también páginas de grandes esperanzas para los que descorazonan del porvenir de la humanidad, y severas doctrinas que harían bien en meditar los que sacrifican á su interés propio los derechos de los demás. Cuando un hombre ha escrito una obra tal como *La Mort et le Diable*, puede tener el convencimiento de haber hecho un buen libro y de haber servido como pocos al progreso de la humanidad.

ALFREDO OPISSO.

## IMPRESIONES DE CARNAVAL.

### I

Siempre se presenta el Carnaval á mis ojos en forma de mujer provocativa y hermosa. La cabellera negra con los reflejos del terciopelo tendida por la espalda, en las negras pupilas un poema de fuego, y la encendida boca convidando al amor.

Es una visión encantadora. Sus formas esculturales, mal cubiertas por un caprichoso traje de seda recamado de cascabeles de oro, brillantes como estrellas, en manos, orejas y cuello; y toda su figura envuelta en un vapor diamantino y fosforescente.

¡Oh Carnaval! ¡Oh bella aparición! Tienes de la onda la brillantez y la perfidia.

### II

Baile de máscaras en el Real.

¿Verdad que esa línea, aunque negra, centellea y resplandece como una constelación?

¡Una noche de baile en el Teatro Real! Hé aquí el sueño de perlas y flores de los veinte años.

Y en verdad, que el espectáculo es fantástico y deslumbrador como una leyenda oriental.

Gasas, plumas, rasos, terciopelos, flores, piedras preciosas, ojos de fuego, risas, formas hermosísimas. Todo lo brillante, lindo y fascinador en agradable desorden y esmaltado por la adulatora luz del gas. El gas es el sol de la buena sociedad, y como hijo del siglo, tiene todo el refinamiento y buen gusto de su época. Vedle cómo se fija en los diamantes y las ricas telas; sonríe en las molduras doradas y acaricia—tal vez con voluptuosidad—las blancas espaldas y torneados brazos de las bellas. ¡Oh, el gas sabe lo que se hace!

El baile ha comenzado.

Los gritos, risas, voces aflautadas, la música y exclamaciones causan gran estrépito; producen mil ruidos, formando todos juntos un concierto sublime y macabro: el poema de la locura.

—Es ella; sí, es ella. No puede confundirse con otra. ¡Es tan hermosa!... ¡Tan hermosa como miserable! Viene disfrazada de Valentina de los Hugonotes. Precioso traje de raso blanco bordado de oro cubre su admirable cuerpo; ricos hilos de perlas circundan su garganta de nieve, y una gola de primorosos encajes sirve de marco á su graciosa cabeza.

La traidora dá el brazo á un caballero fuerte y moreno como un brigante. Es mi rival; mi odioso y abominable rival.

Al pasar por mi lado *Valentina* ha reído de una manera sarcástica y siniestra. Así deben de reír las serpientes. Después me ha mirado. ¡Hoy creo... en el diablo!

### III

Cansado del baile me he reunido á unos amigos que, acompañados de varias hermosas, se disponen á cenar todos juntos.

Me invitan y acepto gustoso, creyendo que los placeres de la orgía me harán olvidar mis pesares.

¡Vana esperanza! La orgía siempre ha sido para mí el mundo de la amargura. Como todos los corazones desgarrados, tengo muy triste el vino.

Baco es un tigre con nombre de dios.

Me encuentro en plena orgía.

Mi rostro está abrasado por los besos de púrpura del alcohol, hierve mi cerebro, mi corazón sufre.

El vino que bebo sabe á lágrimas.

Los gritos, carcajadas y cantos de mis compañeros, me parecen acentos lúgubres y fatídicos.

Si una hermosa entrelaza á mi cuello sus brazos, se me figura que una serpiente oprime mi garganta.

En las rojizas llamas del ponche veo puñales ensangrentados. Y escucho en el estampido del Champagne la detonación de una arma de fuego.

Entre las heroínas de la vida airada que asisten á la cena, hay una joven bella y pálida como un rayo de luna, que llama poderosamente mi atención. Es alta y delgada, de ojos profundos y negros, y hermosa como una hurí.

Toda ella me atrae y fascina, pero lo que más me admira y sorprende es su risa, su carcajada constante, triste como un lamento y preñada de lágrimas. Si no fuera atrevida la imagen, diría que esta joven es el arpa de Heine.

¿No habeis oído nunca esas risas que suenan como un llanto? ¡Oh! Es una sensación cruel la que se experimenta al escucharlas. La risa, como un punzon de acero, va penetrando, penetrando en el pecho, hasta que hiere el corazón.

La hermosa no cesa de reír, y fijando sus ardientes pupilas en mis melancólicos ojos, deja su asiento y se coloca graciosamente á mi lado.

Como el dolor engendra simpatías, y los dos tenemos un pesar oculto que nos devora, pronto nos comprendemos y estimamos.

En este momento ella me estrecha la mano amorosamente. ¡Ay! la suya está fría como la losa de un sepulcro.

### IV

Es la madrugada. Llueve.

Las máscaras salen en confuso tropel del teatro y se dirigen á sus abandonadas viviendas.

¡Qué triste es la lluvia á la salida de un baile! Parece que el cielo llora los extravíos y locuras de la noche pasada.

La joven de la risa amarga y yo salimos del brazo y ocupamos un coche que se halla á la puerta del Real.

Mi compañera da las señas de su casa al cochero, y el carruaje parte veloz.

La hermosa ya no rie; la palidez de su rostro se hace más densa y en sus pupilas hay lágrimas. No obstante, la pasión arde en mi pecho, y en mi fantasía resplandecen imágenes de amor y de delicias.

Hemos llegado á su casa.

Después de despedir al cochero, subimos al piso cuarto y entramos en una habitación pequeña, pobre y oscura. Es la mansión de la diosa.

En un ángulo hay un lecho sobre el cual descansa una persona.

—¿Quién duerme ahí? ¿Qué es eso?—pregunto á la cortesana.

Y la infeliz con los ojos arrasados en lágrimas me contesta:—Es el cadáver de mi pobre madre. Encontrándome sin dinero para pagar su entierro, he ido al baile en busca de un amante que me lo facilitara.

Lleno de espanto y compasión, pongo en su helada mano todo el oro que me acompaña, y salgo de esta casa horroizado.

### V

Va amaneciendo. El cielo está lóbrego y triste como un canto del Dante. Es una de esas alboradas más lúgubres que la noche.

Delante de la puerta de mi hotel yace en el suelo un *Pierrot* bañado en sangre. El desgraciado tiene el pecho atravesado por fiera estocada, y están ocultas sus facciones por la careta más cómica y grotesca. La risa de sus labios de cartón me recuerda la carcajada de la pálida heroína.

Movido por un impulso superior he arrancado á la víctima la burlona careta.

Los rayos de la aurora, amarillos como blandones, iluminan el rostro cadavérico de la máscara. Lo he mirado despacio, y todo mi sér se ha estremecido de terror. Acabo de ver en sus facciones mi propia faz herida por el rayo de la muerte.

Instintivamente me he llevado la mano al corazón, y toda se ha empapado en sangre.

Un grito horrible de angustia ha lanzado mi pecho y... he despertado.

### VI

Todo ha sido un sueño. El cinturón de hierro que me oprimía el corazón se ha roto.

Me encuentro en mi cama, arrullado por una música celeste.

Es la voz de mi adorado hijo, niño precioso formado de rayos de sol y hojas de rosa, que viene á despertarme todas las mañanas. La luz de sus puros y hermosos ojos ahuyenta las sombras de mi espíritu.

Placeres dulces y castos del hogar ¿cómo me haceis aborrecer las tempestades de la vida orgiástica y alegre!

MANUEL REINA.

Febrero, 1881.

## EXCURSIONES DE INVIERNO.

NIZA Y MÓNACO.

(De un álbum de viajes.)

A quien pueda gastar en grande, sin obligaciones diarias que cumplir, ni miles de reales que escatimar, sin que ni el pasado le moleste con sus recuerdos, ni el porvenir con sus temores; á quien, siendo rico en capital y en inteligencia, ame la gran vida del cuerpo y del espíritu, sea inglés ó ruso, francés ó sur-americano, alemán ó yankee, no se le busque en estos tristes meses del año en París, en Londres ó en Berlín, donde los progresos del siglo no han logrado imponerse al rigor y al mal aspecto de la estación; búsqesele en las playas del Mediterráneo comprendidas entre Hyeres y Génova, en esa deliciosa costa de doscientos cincuenta kilómetros de extensión, oreada por las templadas brisas de un mar tranquilo, defendida de los frios por cercanas cordilleras, cuajadas de verdor eterno, y perfumadas por la flora más espléndida y rica de Europa.

De toda esa playa franco-italiana por su origen y por sus caracteres, en la que, como en no interrumpido panorama, album precioso de la naturaleza, se alzan, Hyeres, con sus históricas islas; San Tropez solitario y pintoresco; Cannes, la del incomparable clima; Golfo Juan, con los recuerdos del gran guerrero, Antibes con las preciosas *villas* de su cabo; Niza, la metrópoli incomparable del gran mundo en el invierno; Mónaco con su mundo aristocrático; Menton con sus hallazgos arqueológicos y Ventimiglia, Bordighera y San Remo, preciosos rincones de este paraíso terrestre, de toda esta región, ayer olvidada y hoy tan favorecida, Niza y Mónaco son las estaciones preferidas por la invasión cosmopolita, puesto que, en los helados y tristes días de Febrero, con un temple de que Londres jamás disfruta y que solo se nota en París cuando á fines de Mayo se visten de pomposo y lozano follaje los árboles de sus inmensas alamedas, sintetizan en alegría, movimiento y esplendor, los que en sus mejores días ofrecen ambas capitales.

Los trenes del ferro-carril de París á Marsella, Tolon y Niza, llevan diariamente, desde mediados de Noviembre hasta Abril, á estos lugares de recreo, multitud de distinguidas familias, que pueblan y animan durante el invierno las veinte poblaciones y las dos mil casas de campo de que están salpicadas las faldas meridionales de la montaña mediterránea. La causa del singular favor que el gran mundo dispensa al litoral de este golfo, fué un día puramente médico-higiénico: los ricos, afectados de los órganos respiratorios, se morían sin remedio en las frías y nebulosas ciudades del Norte, y con el fin de alargar un tanto la vida bien amada, buscaron, ani-

mados por los consejos facultativos, el dulce clima, la suave temperatura y los excepcionales atractivos de la risueña costa del Mediodía de Francia. Dieron el ejemplo muchas familias inglesas; París empezó á enviar su progresivo contingente de enfermos aristocráticos, y Rusia y Alemania entreveron abierto el cielo para sus potentados, al saber que había un país en Europa, á dos pasos de sus fronteras, que no tenía invierno. El litoral se pobló de invernantes de las metrópolis inglesa y francesa, que son verdaderos criaderos de tísicos; en pds de los que buscaban la salud, llegaron los perseguidores eternos de la distracción y de la buena vida; y es claro, un mundo que lleva consigo los hábitos de las grandes capitales, no podía pasarse en Mónaco y en Niza sin los elementos de entretenimiento que dejara en las opulentas c6rtes.

La casa inglesa, confortable hasta la exageración, los grandes paseos, los casinos, los teatros, las exposiciones, el *sport* con sus múltiples fastuosidades y las excursiones artísticas, surgieron como por encanto en las orillas del mar; de modo que, añadidos estos atractivos á los de la naturaleza, convirtiéronse aquellas playas en las más deliciosas, envidiadas y alegres de Europa.

¿Quién está ahora en Mónaco y en Niza? Lo más escogido y notable del mundo parisiense: cuanto de más notable ostentan en sus salones el Jockey-Club, el de la Union, el Sporting Club y el gran Círculo; las eminencias de la banca, de la prensa, del teatro, de la literatura y de las artes; cuantos elementos sociales consideran de gran tono el invernar al aire libre, lejos de la gran capital; esto es lo que se encuentra allí reunido en admirable confusión y en constante contacto. Y de los graves señores ingleses del antiguo y ya invadido barrio de West-End, que hoy habitan ceremoniosos en Grosvenorsquare de Londres y en Belgravia y Eaton, entre Pinalico, Ckelsea y Brompton, y de los no menos altivos nobles que tienen sus inmensas posesiones y sus cubiertos castillos restaurados en Irlanda y en Escocia, muchos han bajado también á la plácida y templada comarca, donde sus antepasados levantaron las primeras villas y abrieron los primeros paseos y donde gastaron impávidos algunos millones. Italia envía sus títulos más ó menos graves, más ó menos calaveras; Rusia sus príncipes misteriosos y sus opulentos señores, y nuestras comarcas hermanas del Sur de América, alguna que otra casa millonaria, compuesta de un papá viejo que fuma mucho y que no se divierte nada, de tres ó cuatro preciosas niñas que fascinan con el múltiple tesoro de sus ardientes ojos negros, con sus graciosas palabras, con sus arrogantes y sensuales formas ricamente ataviadas, y de un cuadro completo de amas, doncellas y criados de diversos colores.

Sería excusado el repetir que ya no hay distancias entre las diversas poblaciones que se alcanzan en la costa y que forman un solo centro de vida y de animación. Los habituales parroquianos de ella, ya vivan en Frejus, en San Rafael, en la Napolia, en Cannes, en Cagnes, en San Lorenzo, en Niza, en Villafranca, en San Andrés, en Drap, en Mónaco, en Roquebrune, en Ventimiglia ó en San Remo, si han asistido algunos años á las grandes fiestas de las ciudades, se consideran ya como antiguos amigos, aunque al fin de la temporada se despiden los unos para Escocia y el Báltico y los otros para Guatemala. Sin embargo, como queda dicho, Niza y Mónaco resumen con su vida y su importancia las de los demás pueblos de la costa.

Hé aquí á Niza descrita en dos palabras. Entre una eminencia coronada por un castillo, cuajada de paseos y jardines y un río llamado Paillon, se extiende la antigua ciudad frente á la plaza, con múltiples calles estrechas. Al otro lado del castillo, se abre el puerto con sus nuevos boulevares, su plaza de Buena-vista, la estatua de Carlos Félix, la casa de Garibaldi, la plaza Cassini, la fábrica de tabacos y la iglesia del Puerto. En el lado opuesto, al Poniente, más allá de la ciudad vieja, se alza Niza la moderna, con sus magníficas calles tiradas á cordel, sus grandes boulevares de Longschamps, de Dobouchage y Carabacel, sus avenidas de la Estacion y de Beaulieu, su gran plaza de Massena, su admirable alameda de los Ingleses y sus paseos de San Juan y del Mediodía. En esta parte ha levantado el gusto moderno sus edificios predilectos: el teatro Francés, el Liceo, el Casino, el jardín público, los templos rusos y alemanes, los grandes hospitales, el Gran Hotel y los hoteles de Francia, de Chauvain, de la Gran Bretaña, de los Ingleses y del Mediterráneo. Niza, además de sus 60.000 habitantes, cuenta con 50.000 forasteros que la visitan durante el invierno. La temperatura desde Octubre á Abril se mantiene de 13 á 15 grados y nunca desciende de 9.

Ostenta la ciudad vieja; la plaza de los Focenses, ornada de esbeltas palmeras; el paseo de la Carrera con gigantes olmos seculares, teatro de las grandes diversiones de Carnaval, y las Terrazas, estensos paseos asfaltados, abiertos sobre las azoteas de las casas que dan á la playa. En la parte moderna están: la Plaza Central, el jardín y el gran paseo de los Ingleses, que tiene 2 kilómetros de longitud y 25 metros de anchura. Entre una y otra ciudad se abren los puentes: de la Embocadura, Nuevo, la Plaza-puente, el Square y el de Garibaldi. El alto del castillo es una de las mayores curiosidades de Niza: allí donde se alzaba la antigua fortaleza, y donde solo se dibujaban ásperas murallas y profundos fosos, se ven hoy arrogantes palmeras, cactus, álces y datileros, dividiéndose desde la altura uno de los panoramas más bellos del mundo. Los templos de la ciudad tienen poco de notables; además de seis ú ocho parroquias católicas, hay dos iglesias anglicanas, una escocesa, una luterana, una rusa y una sinagoga. La vida completa de la población está reconcentrada en sus círculos y teatros, en sus bailes, conciertos y reuniones, y en sus salas de juego, que absorben la atención del mundo cosmopolita, durante toda la temporada.

Niza vale muy poco, sin embargo, si se la compara con la belleza y atractivos de la campiña que la rodea. En efecto, fuera de la ciudad hay otra, tan populosa como ella, cuyo diseminado caserío ocupa los llanos, hondonadas, cimas y detalles de aquel admirable paisaje. No se fija la vista en un solo punto de él en que no se distinguen un edificio ó un precioso macizo de espléndida vegetación. Aquellas blancas casitas, que desde lejos parecen sencillas viviendas, son quin-

tas suntuosas y ricos palacios, y aquellos grupos de árboles que las circundan, forman deliciosos jardines y parques encantados. En muchos kilómetros á la redonda, siguiendo el curso del Paillon, ó el de los arroyos que bajan de los montes Gros, Lensa, Vinagrero, Asprenonte y Tourettes, ó la pintoresca cuenca del Magnan, el viajero, sorprendido, no encuentra más que casas de campo, villas aristocráticas, ermitas, alamedas, bosquecillos primorosamente hechos y cuidados, movimiento, vida, lujo, hermosura y señales de riqueza y gusto por do quiera. ¿Quién deja de visitar allí las villas Mariana, Massingy, Haussman, Smith, Vanderwies, Chary, Cessoles, Chateaufeu, Bermord, Peillon y Gambard, cuyos nombres saben de memoria los invernantes y cuyas bellezas las hacen figurar como otras tantas maravillas? Bosques interminables de naranjos y de olivos, frondosos viñedos, esbeltas palmeras, mirtos colosales, álces, cactus, árboles exóticos y toda la flora de los ricos países del Mediodía, decoran sus cercanías; el arte ha repartido sus obras escultóricas en los jardines, terrazas y salones; el buen gusto ha concentrado todas las comodidades en plena campiña, y la juventud, la hermosura y el génio viven allí, en suavísimo clima, lejos del prosaico mundo de París y Londres, castigados por los horrores de las nieblas y los frios. Cierran y completan el panorama, la ciudad, el mar y el anfiteatro de montañas, que ofrecen durante las horas del día, en cualquiera estación del año, uno de los espectáculos más dignos de contemplación y más bellos de la tierra.

Cuando la vida social cansa y aburre, se dedican las familias á hacer largas excursiones á los pintorescos valles de la comarca. La playa ofrece las visitas á Beaulieu, á la Africa pequeña, á Villafranca, á la península de San Juan ó á las bocas del Var; la montaña os brinda el ascenso al Mont Gros, á Montalban, á Molborou, á la abadía de San Pons, al anfiteatro de Cimies, al jardín de aclimatación, á la gruta de San Andrés y á los valles de las Flores, Oscuro y Magnan.

Sin embargo, así como se atraen dos grandes metrópolis, dos familias distinguidas ó dos centros de acción, y ante sus mútuas relaciones todo otro efecto parece pobre y sin importancia, así ante la correspondencia íntima que hay entre Niza y Mónaco, ante la mancomunidad de la vida de estos dos pueblos originalísimos, los demás detalles de la comarca son de escaso valor. De Niza la animada, la bella, la aristocrática, hay que ir, cerrando los ojos, á la bellísima, bulliciosa y celebrada Mónaco.

Separa á ambas poblaciones un trayecto de quince kilómetros, que se recorren en breves minutos por la preciosa vía de la playa. En él se encuentran: los túneles de Cimies y de Montalban, el puerto de Villafranca, los hermosos olivares de Santo Hospicio, el pueblo de Beaulieu, la estación de Eza, á la que dá nombre un pintoresco pueblecito empinado en una roca, los siete túneles inmediatos al Cabo D' Aglio, y las admirables cercanías de Mónaco.

Esta ciudad, capital del diminuto principado de su nombre, ocupa el espacio de una roca-península de 300 metros de anchura y 60 de elevación, que penetra en el mar cerca de un kilómetro, y está unida á la costa por un istmo, que termina en las escarpadas pendientes de la Cabeza de Perro y en el barrio de la Condamine, formando al E. un hermoso puerto. Nada más original y pintoresco que esta especie de ciudad juguete, habitada por el príncipe y por sus 1.500 súbditos. La constituyen cuatro ó cinco calles, y la cercan severas murallas con arrogantes cubos y torreones; todo en ella aparece suspendido sobre el mar: fortificaciones, torres, garitas, polvorines y paseos decorados por esbeltas pinos, cactus, cipreses y otras diversas plantas meridionales. Al poniente de la ciudad está el palacio, en la Gran Plaza, con varios cañones de adorno, en el cual admira el forastero, el patio de honor, que ostenta suntuosas escalinatas de mármol, las galerías decoradas con preciosos frescos, y los salones régios, que contienen obras artísticas de Vanloo, Horacio de Ferrari y Carrachio. Los jardines exceden en riqueza de vegetación y de buen gusto á cuanto se puede imaginar, y cubren con su espléndida lozanía y verdor, no sólo las terrazas superiores, sino las mesetas, senderos, vueltas, explanadas y apoyos que forma la roca, de tal modo, que puede asegurarse que la ocultan por completo desde las altas galerías y miradores hasta la superficie del mar, que refleja y retrata en fantásticas y dulces tintas aquel bellísimo monumento formado por la naturaleza y por el arte. Completan la hermosura de estos cuadros el paseo de San Martin, que circunda la roca por el Mediodía y el Oriente, y el modesto puerto de Hércules, donde tiene su asiento el barrio de Pescadores. Como curiosidad para los aficionados, ofrece la ciudad un templo románico bien conservado: el de San Nicolás.

Fuera de Mónaco están los aristocráticos hoteles y casas de campo de la Condamine, y más al E., pasado el viaducto del ferro-carril, se extiende el antiguo campo de los *Spelugas* (grutas), donde el gusto moderno ha creado ese delicioso lugar, célebre en el gran mundo de los invernantes, que se llama *Monte Carlo*. En su anchurosa plaza se elevan: el gran Cafe, el Casino y el hotel de París. Es el Casino y el centro de la animada vida de invierno, el palacio de los forasteros, el coliseo de las fiestas y de las distracciones y el templo de la ruleta. Pero como no bastaban ya, ni para el número de los forasteros que acuden, ni á las exigencias de los tiempos las proporciones de su sala de Concursos, ni las del juego, aquella se ha trasformado en un gran vestíbulo paseo y estas se han ampliado considerablemente, de modo que ha habido que levantar de nueva planta un teatro-salon, de cuyos planos y dirección se encargó el famoso arquitecto constructor del gran teatro de la Opera de París, Mr. Carlos Garnier. Hace dos años se inauguró, habiéndose tenido que hacer, para su pronta terminación, milagros verdaderos de actividad y de paciencia, gracias al génio del constructor y á la liberalidad y espléndida de la empresa constructora, esa poderosa casa, originaria de Hamburgo, que hoy dirigen madama Blanc y MM. Wagatha y Bertora y que lleva el nombre de *Sociedad de baños de mar de Mónaco*.

La nueva Sala de fiestas de Monte Carlo es una joya del arte moderno, un monumento admirable, alzado en aquel purísimo cielo azul, entre verdaderas montañas de plata, en medio de la vegetación tropical más espléndida de la costa.

Inmenso fué el trabajo realizado por M. Garnier, por sus ayudantes y por los ochenta artistas distinguidos que le secundaron. La Sala de Concursos, aunque se llama así, sirve también de teatro y de salon de baile. Para los dos primeros usos tiene el piso inclinado; en el último aparece perfectamente horizontal. Para éste no hay decoraciones ni obstáculos de ninguna clase; en aquellos el escenario aparece como por encanto, tras un riquísimo telón de brocado de oro. No hay en ella más palcos, ni más localidades cerradas, que el del príncipe de Mónaco. Inmensos espejos adornan las paredes, entre artísticas obras esculpidas, y llenan su ámbito estensos divanes de cómoda disposición cubiertos de terciopelo y sederías, que se cambian según la clase del espectáculo. Pinturas, alegorías, esculturas, cariátides, génios, adornos, mosaicos, porcelanas, mármoles y maquinaria, cuanto allí se admira, es obra de los más diestros y afamados artistas de París, y constituye un verdadero museo del arte moderno.

La fachada del teatro es todo lo elegante y bella que la híbrida é innominada arquitectura de nuestro tiempo puede llegar á concebir. Sobre los preciosos jardines del Casino, se abre una régia escalinata, complementada por otras dos laterales, y entre cuyas graderías, decoradas por severas balastradas, se abren, en los macizos dos medios puntos que cobijan simétricos grupos de escultura. Dominando la escalinata se alcanzan los cuerpos de la fachada, dividida en el sentido de su longitud en las secciones siguientes: una central con tres grandes puertas rectangulares, cuyas ménsulas intermedias sostienen un esbelto balcon corrido de tres huecos, coronados por otros tantos arcos de medio punto. Las pilastras del balconaje sostienen jarrones y estátuas. Sobre la rica cornisa que recorre el edificio, álzase en esta seccion tres elegantes óculos terminados por aéreas guirnalda, detrás de las cuales se destaca la alta y curva techumbre de la sala, terminada en una lujosa cornisa-cubierta con ornamentada linterna y para-rayos. En ambos lados de esta seccion central, se elevan esbeltas torres, con un régio balcon en el cuerpo inferior y otros cuatro con lindos pabellones en los lados de la puerta alta. Los paisajes que se descubren desde tan empinados miradores, parecen concebidos por la fantasía de los grandes poetas. Sobre la línea de la cornisa que los cubre y sobre los domos poligonales que dominan esta, destacan dos linternas-balcones de arrogante dibujo.

Las otras situadas fuera de la línea de las torres se componen de dos cuerpos simétricos que cierran la fachada, con doble piso de balcones, terminados por una balastrada-azotea, y adornados en sus ángulos por magníficos remates de esculturas, gallardetes y florones. Estas fachadas laterales son de atrevido y original dibujo, y corresponden dignamente á la importancia de la principal. Al conjunto, que es soberbio, agradable, lleno de vida y de color, prestan extraordinaria animación y movimiento los adornos, los mosaicos, las plantas y las estátuas; siendo encantador el efecto que hacen las lindas torres entre el bosque de arrogantes palmeras, naranjos y eucaliptos que rodean al edificio. Detalle especial en esta fachada: los bellos grupos escultóricos que representan el baile y el canto se deben al cincel y al génio de Mlle. Sarah Bernhardt y de Gustavo Doré.

Tal es el suntuoso templo elevado á la vida elegante en estos deliciosos lugares de la costa liguriana, antes desiertos y convertidos hoy en un verdadero paraíso. En su contemplación se embelesan los artistas y los poetas que consignan entusiasmados sus impresiones en los álbums de viaje. Mil veces han repetido en sus obras que no hay en la tierra cuadros que, como estos, se presten más á los sueños de la fantasía, ni que mejor satisfagan los poéticos ideales que la imaginación se finge.

El príncipe de Mónaco, Carlos III, ideó la creación de esta segunda capital de su principado, poniendo como condición á la Compañía de los Baños de mar, el que, de edificar un Casino, lo hiciera sobre la alta esplanada, entonces desierta y pobre, de las Spelugas.

El Casino y el hotel se inauguraron en 1860. Faltaron poco despues los recursos para la continuación de las obras, y apareció como llovido del cielo un alemán, Mr. Francisco Blanc, de Hamburgo (Francfort), que ofreció siete millones de reales si se le cedía la empresa con todas sus propiedades. Aceptada la oferta se emprendieron en grande los trabajos, bajo su dirección financiera, y las Spelugas se convirtieron en *Monte Carlo*, en memoria del príncipe iniciador (1866). A Mr. Blanc se debió el milagro de que aquellas rocas, sombreadas antes de trecho en trecho por tetricos olivos, se convirtieran en un encantado oasis, asiento de la flora más admirable de nuestros climas. Desde aquellas pintorescas terrazas se distingue de un golpe de vista todo el principado: al pié de Mónaco y de la cuesta de Honorato V, el puerto de Hércules: más acá la preciosa agrupación de las edificaciones de la Condamine, espacio ántes poblado de naranjos, olivos y violetas, y hoy decorado con palacios, hoteles, grandes aceras, alumbrado de gas, y con todas las pompas de la ciudad más adelantada; la gran fábrica de perfumería, el viaducto, el vallecito de Gaumates; la capilla de Santa Devota, patrona del país, y las vertientes del Turbia, curioso pueblo alzado en rededor de antiguas ruinas romanas, que ostentan la torre de Augusto á 500 metros sobre el nivel del mar, y desde el cual se descubren en soberbio panorama las costas de Italia, los Apeninos y las cimas de Córcega, además de la argentina silneta de las playas ondulantes que se extienden hácia Niza.

En estos deliciosos lugares, con una temperatura de 12 á 15 grados, entre los primeros de una vegetación ya florida, se hallan hoy reunidos más de cuarenta mil forasteros, procedentes de todas las naciones civilizadas, formando la colonia cosmopolita más feliz, más original y más rumbosa de toda la tierra. Un millar de ellos habrán acudido á las playas impulsados por las exigencias de su salud, desterrados por los médicos; el resto ha venido á divertirse, á gastar su dinero alegremente, y entre ellos, muchos á correr un albur, que les hunda en el abismo de las deudas ó que les asegure la temporada para el año próximo.

Hoy se encuentran en Niza y Mónaco, brillando en el gran mundo invernante, entre otros: el vizconde de Quelen, que ha ganado en Niza los primeros premios del tiro de pichon, en lucha con los grandes tiradores Ophoven, Halford, Drugman, conde de Chastel y Sain-Fouchts; los grandes sostene-

dores del sport hípico: Finot, R. Hennessy; baron S. Seilliere, Ralensi, Edmundo, Blanc, Haritoff y Girardin, y entre varios personajes eminentes: el conde Brancion, el general Bellemare, el conde de Bethune, presidente de las carreras, e Imarqués de Mornay, el de Soult, sir Federico Johnston, el duque de Pormerts, el príncipe y la princesa de Furstemberg, la condesa Branicka, la de Reculot, Boyer de S. Suzanne y M. Stripp. Todos ellos han tomado parte en las grandes apuestas de las carreras hípias de Niza, en que tan brillantes triunfos han alcanzado los caballeros de Blanc, Balensi y Hennessy. El premio mayor del tiro del pichon de Mónaco, consistente en una magnífica copa y 20.000 francos, se ha disputado entre 60 tiradores, habiéndose distinguido: M. Drugman, La Rochefoucauld, Quilter, Camauer, el baron de Saint Trivier, el conde de San Quintin, Cholmondeley-Pennel, Halford, Guidicini y Laurenti. Camauer ha triunfado, añadiendo este envidiado lauro á otros seis u ocho que cuenta ya el simpático tirador belga.

Además de las grandes reuniones dadas en Niza en la opulenta mansion de madama de Saint-Agnan, han sido muy notables las que se vienen celebrando en los salones de Polonais, Bishop, Robinson, Rodgers, Lacroix, baronesa de Von Derwies, condesa de Robiglio, condesa Prezediecka y general Carrey de Bellemare. En el Círculo del Mediterráneo se repiten las brillantes soirées; los bailes espléndidos en el de Massena, y, de cuando en cuando, el mismo príncipe de Mónaco dá banquetes diplomáticos á los que invita á las *eminencias* de la colonia cosmopolita. En el mar reina tanta animación como en tierra: acuden á estas costas escuadras militares y civiles de todas las naciones, y se verifican magníficas fiestas á bordo. De Inglaterra han acudido recientemente los buques de recreo, *Rose of Devon, Assegat, Resolute* y *Sunbeam*, el famoso yacht de M. Brassey. Acaban de repartirse los programas de las regatas que tendrán lugar en Niza en los días 23, 24 y 25 de Marzo, y se sabe ya que la segunda serie de regatas internacionales, que compondrá una gran fiesta del sport náutico, se verificarán por este orden: de Niza á Génova el 5 de Abril; de Génova á Ajaccio el 11; de Ajaccio á Cannes el 18; de Cannes á San Rafael el 25 y de San Rafael á Marsella el 2 de Mayo. Para la primavera ha ofrecido el rey de Italia, presidente del Regional Yacht-club italiano, una copa de oro.

Cuánta vida, cuánta riqueza, cuánta juventud, cuánta hermosura y cuánta historia interesante desfilan todos los días ante la contemplación del asombrado viajero, que por primera vez llega á esas playas, no hay para qué ponderarlas, ni pueden describirse, ni bosquejarse siquiera. Preciso es verlas; preciso es vivir en ese eden creado á fuerza de oro y de ingenio en obsequio á la vida del gran mundo, para comprender que, ni París, ni Madrid, ni Berlín, ni ninguna capital pueden rivalizar en este concepto con Niza y Mónaco, durante la larga, triste y temida temporada del invierno, tan alegre en la costa liguriana, tan llena de atractivos, tan deseada para los que pueden disfrutar de ella y tan inolvidable para los que, aunque sea de paso, la visitan.

R. BECERRO DE BENGUA.

Le Puget (Var.) Febrero de 1881.

### LA CRUZ DE SAN FERNANDO.

¿Por qué mi tío no hablaba nunca de la guerra de la Independencia, ni incidentalmente siquiera, y por qué lloraba siempre que, como buen veterano, se ponía á limpiar sus cruces, cada una de las cuales representaba un hecho glorioso, y á recordar sus triunfos militares?

Preguntas eran estas que yo me hacía con frecuencia, pero que nunca contestaba satisfactoriamente.

Bien es verdad que mi tío era de lo más raro que se estilaba en el mundo. Poseedor de una inmensa fortuna que le aseguraba una acogida entusiasta donde quiera que se presentase, habiase empeñado en no salir del pueblo y ni siquiera por curiosidad fué, durante toda su vida de más de sesenta años, á dar un vistazo por la capital de su provincia. Muchas veces quisieron sus convecinos sacarle de la oscuridad en que vivía, eligiéndole candidato para diputado y aun para senador, pero siempre rechazó estas tentadoras proposiciones que pasaban sobre él sin inspirarle la más pequeña ambición.

—No os canseis, hijos míos,—decía á los comisionados que iban á verle.—He jurado salir de las cuatro paredes de mi casa, y nada, en el mundo tendría fuerza para arrancarme de este pueblo en que he nacido y donde quiero morir. Quédense para otros las grandes luchas que conmueven la sociedad y la trastornan; yo no sirvo para asistir á tales cataclismos. Dejádme en paz en mirincon viviendo como vivo, sin que pretendáis alterar mis gustos sencillos, mis costumbres, tan viejas como yo. Os agradezco mucho vuestra atención y trataré de corresponder á la confianza de los que os envían; pero en el pueblo, amados míos, en el pueblo. Fuera de él siento no poder acceder á lo que me pedís; pero hay algo superior á mí que me lo impide.—

Y al decir esto, su voz, dulce de ordinario, tomaba un timbre sombrío.

Luego, cuando la nube que, al terminar, pasaba por sus ojos se desvanecía, volvía su voz á su tono habitual, y levantándose, llevaba á los comisionados á otro cuarto y pasaba con ellos la tarde alegremente, regalándoles y obsequiándoles con una galantería que era como innata en él.

Su vida era ejemplar. Pasaba el día leyendo; por la noche recibía algunos amigos, y charla que charla se estaban hasta las once y media, en que estos se retiraban deseando un sueño prolongado y tranquilo al hermano de mi madre. Sus conversaciones giraban siempre sobre literatura, artes, ciencias,—porque mi tío era bastante instruido—y más que nada sobre historia, á la que tenía particular predilección, pero había en esta última conversación una cosa chocante: nunca se hablaba de la guerra de la Independencia. Para aquellos amigos, el primer Imperio francés debía ser como un paréntesis en la historia. Esa magnífica epopeya que se llama guerra de la Independencia, no existía para ellos, que, en su mayor parte, debieron haber sido testigos presenciales

de la lucha. Es indudable que algún motivo poderoso debían tener para conservar unánimemente este silencio tan poco natural tratándose de historia contemporánea.

Yo,—ya lo he dicho más arriba,—pasaba largas temporadas con mi tío, que me quería, no sé por qué, más que á ninguno de mis hermanos, y siempre deseaba tenerme junto á sí. En todas estas excursiones, la primera observación que me hacía mi padre era decirme con mucha seriedad:

—¿Que no te se vaya á escapar hablar de la guerra del año ocho delante de tu tío!—

Yo prometía hacerlo y cumplía mi promesa, como es natural, pero no estaba tranquilo. No hay nada que más daño me haga que ver ante mí un secreto y no poderle penetrar. Me diréis que la curiosidad es un defecto, quizá un vicio... es verdad, pero ¡qué queréis! Cada uno es como Dios le ha hecho y tiene que conformarse con los vicios y virtudes que al nacer le han tocado en suerte.

Si mi tío no quería hablar de la guerra de la Independencia, no por eso dejaba de recrearse á sus solas con tal recuerdo. Había servido á su patria, como lo hicieron en aquellos terribles días todos los buenos españoles, y tenía una porción de cruces y medallas que guardaba cuidadosamente en una artística caja del siglo XVI, puesta sobre una mesa de su cuarto. ¡Y ved otra cosa extraña! Siempre que esto sucedía, la tristeza se extendía como un velo por el semblante del anciano, que todo aquel día lo pasaba meditando y pensativo. Llegada la noche, cuando venían sus contertulios, y, como de costumbre, el más viejo de ellos preguntaba á mi tío despues de los saludos de ordenanza:

—¿Qué has hecho hoy?

—He limpiado mis cruces,—respondía él con amargura:—y ya se sabía; aquella noche la tertulia era más corta. Mi tío pasaba la velada como abstraído de la conversacion general y sus amigos se retiraban pronto.

Estas escenas daban nuevos incentivos á mi curiosidad. Ya desesperaba de averiguar algo, cuando un día, por fin, di casualmente con la clave, y mi tío me explicó, llorando, el misterio, que nada tenía de tal. Vereis cómo.

Había yo salido, no sé á qué, muy de mañana, sin despedirme de él, contra mi costumbre, y así que volví, algo tarde, me dirigí á su cuarto para darle los buenos días. Entré, como siempre, de golpe y porrazo y semejante á una avalancha, creyendo hallarle en la cama todavía; pero no era tan temprano como yo me imaginaba, y el buen viejo se había levantado ya. Sentado de espaldas á la puerta en un ancho sillón de muelles, tan embobado estaba que no me sintió entrar; me acerqué en puntillas al ver que no me había sentido, y cuando estuve cerca de él le llamé en voz baja. Mi tío dió un pequeño grito de sorpresa y estendió las manos sobre algunos objetos que tenía delante de sí en una mesa, pero bien pronto se repuso al reconocerme y me dijo tendiéndome los brazos:

—¿Eres tú, perillan? Temprano hemos salido á dar una carrera por el pueblo.—

Le besé la mano y, mirando con el raballo del ojo, distinguí los objetos que había sobre la mesa: eran varias cruces militares y un medallón de oro, con un retrato de mujer.

—¿Estorbo, tío?—le pregunté cuando me hubo abrazado.

—Nada de eso,—me contestó,—séntate por ahí, si quieres. Estoy limpiando mis cruces.—

Acogí con alegría el permiso, pero no me senté, sino que poniéndome de pechos sobre la mesa, estuve mirando cómo mi tío hacía la difícil operacion á que estaba entregado.

Desde luego el medallón atrajo mis miradas. Por más que quería volverlos á otra parte, mis ojos no me obedecían. Una pregunta retozaba en mis labios sin atreverse á salir de ellos; pero pudo más la curiosidad que otras consideraciones, y al fin pregunté al anciano:

—¿De quién es ese retrato, tío?

—Esa era tu tía,—me contestó, y dejando la cruz que limpiaba en aquel momento, y cogiendo el medallón, lo besó respetuosamente y me lo alargó despues para que lo viera.

No he visto desde entonces cara más expresiva, ojos más lindos, boca más fresca, mejillas más sonrosadas, cabello más sedoso, aire más puro y lleno de candor, que los que vi en el retrato de mi tía. Representaba unos veinte años; era rubia, de ojos azules como el cielo y pestañas negras como la noche. Su cutis parecía hecho de hojas de rosa y sus labios de ramas de coral. El pelo recogido sobre la cabeza parecía un manojo de espigas doradas por el sol y unidas por un hilo de seda. Su boca, levemente contraída por una sonrisa, dejaba ver una dentadura de niño, blanca como si fuera de marfil... Era una cabeza digna del pincel de un gran maestro, sostenida graciosamente por un cuello de blancura arrebatadora. No pude contener un grito de admiración.

—¿Qué hermosa era, tío mío!

—¡Pues fué tan desgraciada como hermosa!—añadió él y continuó su tarea bajando la cabeza para ocultar quizá una lágrima.

Púseme entonces á mirar en el cofrecillo, y allí, en un rincón, apercibí sobre un hermoso estuche una cruz de San Fernando.

—¿Pero tiene Vd. tambien esa cruz!—le dije.

—Ya lo ves,—repuso gozando en mi sorpresa.

—¿Y lo dice Vd. así!

—¿Pues cómo quieres que lo diga!... ¿Sabes tú,—añadió despues de una breve pausa,—lo que me ha costado esa cruz?

—¿Quisiera saberlo,—le dije en un momento de precipitación.

—Pues óyelo.

Se arrellanó en su sillón, me hizo sentar á su lado, en una banqueta, y cerrando los ojos como si quisiera reunir sus recuerdos empezó á hablar.

### II

—Veinticinco años tenía yo cuando el cañon francés tronó por primera vez en España, y provocando á Madrid echó desde ella el guante á todas las provincias. La máscara había caído del rostro del emperador, y la lucha estaba empeñada por lo tanto.

El parte del alcalde de Móstoles despertó sentimientos que dormían y España entera se organizó para la defensa.

No quedó rezagado nuestro pueblo. Todo el que pudo tomar las armas se dispuso á matar franceses. Necesitaban álguien que los mandase y ese álguien fué yo: mi posición, mi edad, mis estudios, me otorgaban este puesto que ni un solo momento pensé en rechazar. Ardía en mí vivo, impetuoso, violento, el odio á los invasores.

Y sin embargo, hallábame en malas condiciones para arriesgar mi vida en un campo de batalla. Hacia sólo tres meses que me había casado con tu tía, á la que profesaba desde niño un amor que aumentaba de día en día. El mundo para mí se cifraba sólo en ella. Ella era mi vida y mi gloria, mi esperanza y mi ventura. Tú mismo, al ver ahora su retrato, has dicho que era muy hermosa; pues bien, era más buena todavía.

La invasion fué la primera nube que oscureció nuestro cielo. En la lucha que presentíamos no había lugar más que para el amor á la patria, y ante este venerando sentimiento todos los demás debían enmudecer.

Triste cayó la noche sobre el pueblo el día 5 de Junio de 1808. Sinistra calma reinaba en el espacio, presagiando una de esas tormentas tan comunes en la estación, y sinestra calma se extendía tambien sobre el corazón, como si algo dentro del pecho presintiese una desgracia. Aquella tarde se había sabido que las tropas de Dupont, por orden de Murat, se dirigían sobre Córdoba para asegurarse los puestos de la cordillera Carpetana, en sus comunicaciones con el N. y partir de aquí á la dominación de Andalucía. Desde el primer momento habíanse tomado las disposiciones que requería la urgencia de los sucesos. Pusieron en la torre de la iglesia vigías que anunciases la aproximacion del enemigo, y al toque de rebato todos los hombres en estado de tomar las armas debían acudir al templo, único edificio que se pudo poner fácilmente en estado de defensa. En cuanto á las mujeres, los ancianos y los niños, debían retirarse á las grandes cuevas construidas por los romanos, no se sabe con qué objeto, en un extremo del pueblo: no era conveniente encerrarlas en la iglesia, sobre la cual iba á atraer nuestra defensa el coraje del enemigo.

Habíanse marchado ya varios amigos que, como de costumbre, acudieron á pasar en casa la primera parte de la noche y sólo tu tía y yo nos mirábamos en silencio sin atrevernos á pronunciar una palabra. Ella, hundida en su sillón, callaba, contemplando, distraída, el dibujo del enlosado; de cuando en cuando suspiraba, levantaba los ojos para mirarme, y al encontrarse con los míos, que la miraban tambien, los separaba como si en ellos leyese algo siniestro. Yo á mi vez la contemplaba con amor. Carmen, así se llamaba, era una flor nacida para los cuidados de la estufa; como arrojaria el huracan desatado de repente sobre ella? Criada en la calma y el regalo, iba á verse de pronto encerrada en el húmedo antro de una cueva, respirando un ambiente pesado, moviéndose en una atmósfera de lamentaciones y suspiros, con el suelo frío y duro como el de una tumba por lecho, las privaciones por consuelo, el ángel de la muerte por custodio y el miedo y el pavor por compañeros. ¿Qué días la esperaban durante aquel sitio que preveíamos, durante aquella tempestad que venía fatalmente, arrollándolo todo ante su paso, dejando la desolacion en pód de ella y marcando con lágrimas y sangre las etapas de su camino? ¡Oh! En aquellos días, que serian noches, noches oscuras y tenebrosas, pobladas de todas las visiones del terror, de todas las fantasmas de la calentura, noches lúgubres, sin estrellas, masas informes de sombras amontonadas unas sobre otras por el aquilon furioso; en aquel período, largo como el dolor, persistente como la desgracia, ¿qué iba á ser de mi Carmen querida, de mi Carmen idolatrada, separada de mí y sintiendo pasar silbando sobre su cabeza las balas dirigidas á mi pecho, oyendo quizá gritos de triunfo que siempre creeria exhalados por el enemigo, ayes de muerte en que siempre distinguiría el sonido apagado de mi voz? Pensar esto era horrible, muy horrible; me pasé la mano por la frente para ahuyentar los negros pensamientos que el insomnio atropellaba en mi cerebro, y dirigiéndome á mi esposa, que seguía absorta en sus mudas cavilaciones,

—¿Que piensas?—la pregunté.

Ella no me contestó; alzó los ojos llenos de lágrimas para fijarlos en mi rostro, y levantándose rápidamente se dejó caer en mis brazos murmurando mi nombre entre sollozos.

Signióse una larga pausa en que solo se oían sus gemidos. Sus lágrimas me inundaban y—¿á que negarlo?—se unían á las mías, que yo no era dueño de contener. Sí; llorábamos los dos en las agitaciones del presente, y en la prevision, quizá, del porvenir; y llorábamos sobre aquel pasado tan cubierto de flores, tan hermoso, sobre el cual caía ahora la noche, envolviéndolo con sus sombras, negras como la muerte y el dolor.

—Vamos, Carmen, sosiégate. ¿A qué llorar? ¿A qué afligirme ahora que necesito de todas mis fuerzas, ahora que la patria, la patria que es nuestra madre, me pide que la defienda?

—¿Pero y yo?—me preguntó á su vez. La pobre niña era feliz y la felicidad es egoísta. Sólo hacías tres meses que Dios había santificado nuestra union; tres meses trascurridos como en un éxtasis delicioso, y el despertar era demasiado horrible para no conover duramente los sentidos, aún empapados en la magia de aquel sueño.

—Tú, Carmen mía,—la dije, estrechándola más aún,—tú cumplirás con tu deber. Mientras yo luchó por la patria, rezarás tambien por ella, que quizá lo que no pueda conseguir el esfuerzo de los soldados lo obtengan las plegarias de los ángeles. Y fuerte en la justicia de nuestra causa y en la confianza del Dios omnipotente, pasarás estos días de prueba al lado de tu familia aguardando mi vuelta. ¿Quién sabe? España se dispone á resistir. Fórmense ejércitos entusiastas. Quizá vengan en nuestro socorro; derrotaremos al francés y la victoria será nuestra.

—Pero si no vuelves, si llegases á morir...—Y su voz se ahogó en lágrimas al pronunciar estas palabras.

—Entonces, no dejarás de orar; entonces seguirás rezando, vida mía, rezando por mí, que acogeré tus oraciones desde mi tumba como el perfume de una flor divina; de la flor de nuestra esperanza.

—¡Oh! no,—añadió presa de terror pánico,—tú no morirás, tú no puedes morir. Ya no es mi causa la que defiendes. Tú no puedes morir, porque yo no soy sola. Ya hay alguien más que necesita de tu amparo y tu cariño.

—¿Qué dices, Carmen? Desvarías...

—No, no desvarío: oye el secreto primero que he guardado desde el día aquel en que te conocí. Lo guardaba para mí sola, porque soy egoísta, y quería decirte más tarde; cuando hubiera gozado bastante siendo su única, ¿entiendes? su única poseedora. Ya estás unido al mundo por otro lazo más fuerte que el de mi cariño; ya tienes más deberes que cumplir en la vida. Ya no es sólo tu mujer quien te pide que te conserves para ella...—y escondiendo su linda cabecita rubia entre mi pecho, añadió bajo, muy bajo:—Te lo pide la madre de tu hijo!

Dí un grito ronco, un grito de alegría indefinible. Creía hallarme en medio de la noche, y un rayo hermoso de sol venía á iluminar el que yo juzgaba tenebroso horizonte de mi vida.

Largo tiempo trascurrió así. Las sonrisas de la esperanza se mezclaron con las lágrimas del dolor; unas veces lo que empezaba sollozo se convertía en un beso y otras veces lo que empezaba beso se convertía en un sollozo. De aquellas horas, que parecían no poder dar á luz nada bueno, surgieron planes risueños, perspectivas felices, claridades lejanas, sueños del porvenir... Pero ¡ah! eran los últimos resplandores de aquel sol que se hundía para no levantarse más. Lo que yo tomaba como reflejos de aurora, eran matices del crepúsculo, reflejos debilitados del poniente.

Daba la una en el reloj de la torre cuando Carmen y yo nos retirábamos á nuestro cuarto algo más tranquilos. Pronto se durmió en mis brazos, estrechándome contra su pecho, cual si temiera que me fuese á marchar sin ella. Su sueño fué agitado. Lloraba y repetía frases entrecortadas, en las que distinguía yo mi nombre pronunciado entre gemidos. La pesadilla agitaba sus alas de cuervo sobre aquella hermosa cabeza cubierta enteramente con sus revueltos rizos de oro. Ya iba á dormirme yo también, á eso de las tres, cuando un ruido metálico rasgó el silencio de la noche. Las campanas tocaban á rebato. Los franceses debían estar á la vista, y los vigías convocaban al pueblo para su defensa. Aquel agitado rumor parecía la voz de la patria llamando á sus hijos. Tenía el eco de la alarma, el gemido de la desgracia, pero tenía también mucho del himno de triunfo, mucho del canto de victoria.

Me vestí apresuradamente. Carmen, rendida por la pesadilla, no se había despertado. La campana tronaba desde el hueco de la torre, y el pueblo en la calle la acompañaba con sus voces. Los hombres se dirigían á la iglesia, las mujeres á las cuevas, llevando consigo á los niños y á los ancianos despertados en medio de su sueño, y todos ellos á medio vestir. Carmen seguía durmiendo. Comprendí que si la despertaba tendría que sostener con ella una nueva lucha que rendiría mis fuerzas, y desistí de mi propósito. Deposité en su frente un beso en que puse todo mi amor, toda mi alma, toda mi ternura, y salí, encargando á las doncellas que llamasen á su señorita, y á mi ayuda de cámara, al anciano Juan, que la llevase al lado de su familia. Una hora después el pueblo quedó abandonado; reinaba en él un silencio fatídico, silencio de muerte y de sepulcro. La parte inermes de la población estaba en las cuevas; nosotros en la iglesia, convenientemente fortificada, con un foso delante, aspilleras en los muros y matacánes en las rejas de la torre; todas las casas cerradas á piedra y lodo, como vulgarmente se dice. Sólo, de cuando en cuando, la campana tañía lentamente para avisar á alguno que se hubiese retardado. Una débil franja de luz empezaba á brillar en el cielo, y á su escaso fulgor podían distinguirse, desde el hueco del campanario, grandes masas de hombres y caballos, que se acercaban sin cuidado al pueblo, levantando nubes de polvo.

Dos días llevábamos combatiendo sin darnos punto de descanso. El cuerpo principal de Dupont había seguido adelante dejando en el pueblo cuatro regimientos, fuerza que el general juzgó suficiente para acabar con aquellos cuatro locos—así nos apellidaba—que solos, sin esperanza de socorro, se encerraban en una torre para morir, sin que su muerte significase otra cosa que el espíritu de resistencia á las tropas de Napoleón, de que se hallaban animados. La iglesia había padecido mucho. Algunas bombas cayeron en ella, pero, por fortuna, causaron más destrozos en su interior que exteriormente. Teníamos bastantes bajas, pero la gente se conservaba bien. Respirábamos una atmósfera de entusiasmo que nos enardecía. Desde la torre veíamos el destrozo que en nuestras casas desiertas hiciera la soldadesca desenfrenada, y este espectáculo hacía hervir la sangre en nuestras venas. Por eso cada vez que el enemigo nos enviaba un parlamentario ofreciéndonos la paz, respondíamos con sonrisas de desprecio á sus necias baladronadas. No era la paz lo que nosotros queríamos, sino la guerra, la guerra despiadada y sin cuartel. No habíamos tomado las armas para rendirlas al primer envite, sino para morir con ellas en la mano. Cierta que aquello podía parecer una locura, pero era la locura del entusiasmo, la locura de la patria. Queríamos morir para enseñar al invasor cómo un pueblo defiende sus hogares y su independencia, sin que le imponga ni le amilane la perspectiva del martirio; que si los hombres matan en la tierra, arriba está Dios para ceñir á los mártires la corona de flores que con su sangre conquistaron.

Firmes en estas ideas, cada uno de nosotros valía por diez de los contrarios. Dos asaltos dieron á la iglesia y dos veces retrocedieron, dejando sembrado de cadáveres el camino entre nosotros y su campo. En los altares medio deruidos, ante las aras rotas y las imágenes hechas pedazos, los sacerdotes celebraban el santo sacrificio de la misa, ofreciéndole por las almas de los que morían, sin que turbasen la sagrada ceremonia los proyectiles enemigos. De cuando en cuando caía una bomba que acababa de destruir el altar, de romper el ara, de destrozarse la imagen y mataba al sacerdote; otro ocupaba su lugar y la misa continuaba celebrándose sobre las ruinas humeantes.

Sin embargo, aunque el espíritu se mantenía siempre sereno, siempre imperturbable, el cuerpo, que es materia y

nada más, se cansa y necesita de reposo. Llevábamos dos días sin dormir, dos días sin descansar, comiendo poco y mal; atentos constantemente al enemigo, teniendo que contestar á sus ataques y reparar al propio tiempo los destrozos que causaba su artillería en los vetustos muros de la iglesia, y esto era demasiado. Sin esperanza alguna de victoria, luchábamos con el valor de la desesperación, deseando morir,—porque estábamos dispuestos á no rendirnos—pero morir pronto para descansar de aquella lucha tan tenaz y continuada.

La segunda noche, sobre todo, fué espantosa. Los cañones no callaron un segundo. El espacio parecía inflamado por una tempestad, como si reflejase un gran incendio. Diversas partes de la iglesia amenazaban desplomarse. En medio de tantas ruinas sólo el espíritu de defensa, el espíritu de patria se levantaba triunfante y orgulloso de sí mismo. Cerca del amanecer los franceses habían intentado un tercer asalto, pero tuvo el mismo éxito que los anteriores. Sin embargo, se adivinaba próximo el fatal desenlace de aquel drama.

Ya era día claro cuando el vigía, colocado en lo más alto de la torre, desde donde dominaba los movimientos del enemigo, me dió aviso de que éste preparaba un nuevo asalto. Miré á mi alrededor y comprendí que aquel sería el último. Los defensores eran ya muy pocos; los muros ya muy débiles; las municiones empezaban á escasear. Pero después de la lucha á distancia quedaba la lucha cuerpo á cuerpo; tras el arma, de fuego el arma blanca; decididos á morir, debíamos preparar nuestros funerales. Arengué á los míos y les di órden de no disparar hasta que el enemigo se hubiese adelantado lo bastante para que le diezmasen nuestro fuego. Y tranquilo respecto á su valor me asomé á un gran agujero abierto en el muro por una bomba, con objeto de ver por mí mismo la maniobra de los franceses.

En efecto; ya venían en órden de ataque dispuestos para dar el asalto, protegidos por su artillería que desde una eminencia próxima seguía disparando sin cesar. El sol, que empezaba á asomar tras el horizonte, quebraba sus primeros rayos en las anchas hojas de las bayonetas. Se acercaban sin precipitación, lentamente, conservando, sin duda alguna, sus fuerzas para el momento del choque. Siguiéndolos estaba con la vista, cuando de pronto lancé un grito, dejé escapar la espada que en mi mano derecha sostenía, y me agarré al muro para no caerme. Una visión extraña, flotaba allí, delante de mis ojos.

No era posible; era un delirio de mi mente enferma, un capricho de mi imaginación acalorada, enardecida por el insomnio; aquella forma de mujer, envuelta en una túnica blanca, que caminaba hacia la iglesia delante de los soldados que la seguían amenazándola con sus bayonetas, no era, no podía ser Carmen, mi esposa, la luz de mi alma, el encanto de mi vida, el amor de mis amores. Carmen no estaba allí, no podía estar. Carmen, reunida con su familia, se hallaba en las cuevas, segura, rezando por mí y pidiendo á Dios mi vida para ella, mi vida para su hijo. Aquello que yo veía era un fantasma de la niebla, formado por los vapores de la noche al ser heridos por las luces de la aurora. ¿Cómo podía yo imaginarme que al notar mi marcha sufriera Carmen un acceso de locura y echase á correr hacia el campo seguida solo de mi fiel Juan, que en vano quería con sus frases, y á fuerza de cuidados, volverla á la razón y hacerla comprender el riesgo que corrían, no ocultándose de los franceses? ¿Cómo podía imaginarme yo que estos halláran á la señora y al criado en la descubierta de aquel día, y sabiendo, por las frases incoherentes de Carmen, que era mi esposa, la llevasen delante de sí al asalto para que, caso de hacerles fuego yo, fuese ella mi primera víctima?

No; yo no podía imaginarme tal cúmulo de horrores, y resistí el testimonio de mis sentidos. Las lágrimas, inundando mis ojos, me impedían distinguir los más próximos objetos, y la visión desaparecía por intervalos; pero cuando las lágrimas brotaban, de nuevo la veía delante de mí. Y distinguía sus facciones hermosas, más hermosas en su dolor; veía su talle esbelto, su blanca cabellera, sus grandes ojos dirigidos hacia mí. Y en torno de ella, revoloteando como una mariposa, un ángel delicado, de rubios cabellos, alma inocente, imagen del hijo mío que mi Carmen llevaba en sus entrañas, la seguía con dulce sonrisa y me miraba candorosamente. ¿Qué pensé yo en aquellos momentos? No lo sé; creo que también me volví loco. Echado sobre la brecha, exhalando rugidos de dolor, que no lograba acallar el estampido de los cañones enemigos, tendía mis brazos hacia aquella mujer, y la llamaba con los nombres más dulces y pedía gracia para ella, gracia para mi hijo, y la muerte, la muerte para mí. Pero ellos no me oían y seguían, seguían adelante, siempre precedidos de mi Carmen idolatrada, que no comprendía el peligro que á todos á la vez amenazaba.

Mis amigos, extrañados de mis voces, se habían apercibido de lo que pasaba, y callaban, respetando mi dolor, sin atreverse á hacer fuego, porque hacer fuego sobre los franceses era matar á mi mujer, y les repugnaba cometer tal asesinato. Y me miraban silenciosos, sin exhalar un suspiro, ni decir una palabra que me hiciese conocer su presencia allí, esperando mis órdenes, mientras yo, que no veía más que á Carmen, no me cuidaba de darles ninguna, y los franceses continuaban acercándose y el cañón rugiendo con ronca voz por encima de nuestras cabezas.

Llegó un momento, sin embargo, en que aquella visión encantadora desapareció de mi vista, en que sólo ví al enemigo á pocos pasos de la contraescarpa, dispuesto á saltar al foso y quedar, por tanto, fuera de la línea de fuego, y recobrando mis fuerzas perdidas, irguiéndome con desesperación, apoyado en la brecha, me volví á los míos y grité, con un grito desgarrador, tal como el que debió salir de labios de Luzbel al ser expulsado de la esfera:

—¡Fuego, amigos míos, fuego! Ya están cerca, muy cerca. ¡Mueran los franceses!

Sonó una detonación espantosa y me llevé las manos á la frente, porque mis sienes estallaban. La figura blanca de mi mujer desapareció entre el humo. Cuando éste se disipó, yacía en tierra, y su túnica estaba empapada en sangre.

No me preguntes lo que siguió después, porque no te lo podría decir. El cañón hizo al fin brecha en nuestros muros

y todos acudimos á ella. Los franceses salvaron el foso, treparon por la escarpa y á su vez atacaron la brecha. Fué una escena de salvaje carnicería, en la cual ignoro qué papel desempeñé. Recuerdo vagamente, que la iglesia fué tomada y entregada á las llamas por los franceses que prosiguieron á unirse con Dupont, llevándose algunos, aunque pocos, prisioneros. Cuando cerró la noche y la parte débil de la población salió de las cuevas, donde habían pasado dos días sin comer, me hallaron cubierto de heridas, estrechando con fuerza convulsiva entre mis brazos el cuerpo de mi mujer, á cuyos piés lloraba el pobre Juan, herido también y abandonado por los franceses en el calor de la lucha.

Apenas restablecido de mis heridas, me uní al ejército de Castaños y como oscuro soldado peleé tres años en sus filas. Al cabo de ellas, un día, en una acción que sostuvimos muy reñida, caí herido con tres balazos. El general me había visto combatir y vino á verme. Enterado de mi historia y de la causa de mi ódio á los invasores,

—¡Pobre mártir!—murmuró.

Y arrancando del pecho de uno de sus ayudantes esta cruz de San Fernando, creada hacía poco tiempo,

—En nombre de la patria,—continuó,—otorgo á Vd. esta cruz á tanta costa conquistada.

Cuando el último cuerpo de ejército francés traspuso los Pirineos, yo me batía en primera fila en el de Wellington. En esa época obtuve estas cruces que me quitó con el uniforme, ese día memorable en que España se vió libre de extranjeros. Entonces volví al pueblo donde tan feliz había sido, y desde aquella fecha no he salido de él. Aquí vivo con el recuerdo de Carmen, y aquí moriré, en estos lugares donde muchas veces creo ver su sombra que me sonríe y me llama á sí dulcemente.

### III

Calló mi tío; entonces comprendí por qué no hablaba nunca de la guerra de la Independencia, y por qué se entristecía cuando, al limpiar sus cruces y recordar sus hechos militares, vuelve los ojos al pasado.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

### CHILE Y PERÚ.

Las últimas noticias de estas repúblicas alcanzan al 26 de Enero: los chilenos prosiguen triunfando de los peruanos. Hé aquí, a propósito de esto, la comunicación dirigida por el ministro de la Guerra de Chile al Presidente de la república:

«Campamento de Chorrillos, Enero 15.—Gran batalla y brillante victoria á la altura de Chorrillos el día 12. Otro rudo combate el 15. Otro más glorioso que el anterior en el campo atrincherado de Miraflores. El ejército enemigo totalmente extinguido con enormes pérdidas de vidas. Más de dos mil prisioneros y completa dispersion del resto. Lima entregada sin condiciones. Piérola ha desaparecido y la ciudad no tiene más autoridad que la municipalidad.»

En un despacho posterior del mismo ministro se dice: que cuatro mil cadáveres cubrían después de la batalla los fosos, parapetos y la pendiente de las colinas que coronaba la línea enemiga y un número proporcionado de heridos cayeron en manos de los vencedores, con setenta cañones de diversos calibres, ametralladoras, millares de fusiles y gran acopio de material de guerra.

También hemos leído una carta de Valparaíso, en que se nos comunican sucesos importantes. En la imposibilidad de copiarla íntegra, hé aquí, extractados, sus principales párrafos.

La plaza del Callao será entregada sin condiciones, lo mismo que los buques de guerra y los transportes surtos en el puerto.

Las minas estallaron por centenares, causando muchas bajas á los chilenos. Las pérdidas sufridas por estos alcanzan á tres mil quinientos.

Tres mil chinos seguían al ejército invasor, prestándole muy importantes servicios. Chorrillos y Miraflores han sido reducidos á escombros.

El combate de Chorrillos duró nueve horas. Veinticinco mil peruanos ocupando formidables posiciones fueron arrollados por quince mil chilenos. Quedaron en el campo siete mil peruanos muertos y dos mil prisioneros.

Lima fué ocupada el 17 por cuatro mil chilenos, mandados por el general Saavedra.

Antes de la entrega del Callao hubo desórdenes, ocasionados por dispersos peruanos.

Los dispersos peruanos entraron en la ciudad de Lima, saquearon y cometieron muchos excesos. La guardia urbana, compuesta de extranjeros, defendió la ciudad é hizo fusilar á varios de los saqueadores, restableciéndose así el órden.

En Chorrillos peleó á favor de los peruanos un cuerpo de garibaldinos, que fué totalmente exterminado.

El ejército peruano en el Callao constaba de cinco mil hombres, que se dispersaron cuando entraron los chilenos sin combatir.

Asegúrase que el ejército peruano empleó balas explosivas.

La guerra que sostiene Chile le cuesta mensualmente tres millones de pesos.

Hasta aquí las noticias comunicadas por los responsables de Chile y el Perú. Un telegrama recibido ayer en Madrid, anuncia que esta última república ha solicitado la mediación de los Estados Unidos para celebrar una paz estable y duradera. Se cree que en breve será un hecho.

Lo deseamos sinceramente.

# ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

## GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
Paris, 10, Rue St. Georges  
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.**  
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

**CASA GENERAL DE TRASPORTES**  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CÁRRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.<sup>a</sup>**  
MADRID.—ALCALÁ, 28.  
**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES,  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



**VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.**  
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.  
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.  
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para

**SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,**  
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.  
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**CÁPSULAS y GRAGEAS**  
De Bromuro de Alcanfor  
**del Doctor CLIN**  
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.  
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las *Enfermedades Nerviosas y del Cerebro*, las *Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias* y en los casos siguientes: *Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histeria, Convulsiones, Vertigos, Váridos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias*, y para calmar las excitaciones de todas clases.  
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (deposítada) con la firma de CLIN y C<sup>a</sup> y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

**GRAGEAS, ELIXIR y JARABE**  
DE  
**Hierro del Dr Rabuteau**  
Laureado del Instituto de Francia.  
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las *Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau* son superiores á todos los demas *Feruginosos* en los casos de *Clorosis, Anemia, Pálida, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños*, y las enfermedades causadas por el *Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre* á consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.  
Las *GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU* no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.  
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas están debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.  
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.  
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.  
ACOMPaña á CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.  
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (deposítada) con la firma CLIN y C<sup>a</sup> y la Medalla del PREMIO MONTYON.  
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

### NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars.

**CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS**  
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.  
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gúten, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las *Perdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hemorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.*  
DEBEN TOMARSE DE 9 á 12 CÁPSULAS AL DIA.  
Acompaña á cada frasco una instrucción detallada.  
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (deposítada) con la firma CLIN y C<sup>a</sup> y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

**BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE**  
sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.  
Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vómitos, Diarrea).  
Exijase la firma  
Farm<sup>a</sup> 22, calle de la Bruyère, París

**CONSTRUCCION de SIERRAS y UTILES**  
PARA TRABAJAR LA MADERA  
MEDALLA DE ORO.—EXPOSICION 1878  
16 Medallas de Oro, plata y bronce en las Exposiciones Universales  
1<sup>er</sup> Premio: Medalla de Progreso en la Exposicion de Viena 1873  
Medalla en la Exposicion de Filadelfia de 1876  
Medalla de Oro, Exposicion internacional Arnhem (Holanda) 1879  
**F. ARBEY**  
INGENIERO CONSTRUCTOR, 41, Cours de Vincennes (cerca de la plaza del Trono), PARIS.  
Se recibirá el ALBUM (156 figuras en lengua española, dirigiendo el pedido á M. ARBEY, y añadiendo 3 fr. en sellos de todos los países.  
Los PRECIOS CORRIENTES se enviarán franco.

**BANCO DE ESPAÑA.**  
Los sorteos correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Abril próximo de las obligaciones del Banco y Tesoro, series exterior é interior, y de las del Tesoro sobre productos de Aduanas, creadas por las leyes de 3 de Junio de 1876 y 11 de Julio de 1877, y de los bonos del Tesoro emitidos en 1.º de Abril de 1879, conforme á la ley de 1.º de Enero del mismo año, se verificarán con las formalidades y en los dias del mes de Marzo inmediato que á continuacion se expresan:

**OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE INTERIOR.**  
Sorteo 19, que se verificará el día 5.  
Ha de aplicarse la suma de 3.399.750 pesetas para los intereses de las 226.650.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para esta 6.600.250, que en junto hacen el total de pesetas 10 millones que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.  
Las 453.300 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 4.523 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.  
Encantadas estas, se extraerán del globo 132, en representacion de 13.200 obligaciones por valor de 6.600.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 250 por no completar el importe de una centena de obligaciones.

**BONOS DEL TESORO.**  
Sorteo 8.º, que se verificará el día 10.  
Los 691.389 bonos que quedaron pendientes de amortizacion en virtud del sorteo celebrado en 10 de Diciembre del año último, se dividirán para dicho acto en 6.914 lotes de 100 bonos cada uno, representados por otras tantas bolas, excepto la última, que solo puede amortizar 89.  
Encantadas las 6.914 bolas ántes citadas, se extraerán del globo 95, representativas de 9.500 bonos, importantes pesetas 4.750.000, que corresponden á cada trimestre.  
Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salon de juntas generales del Banco, sita en la calle de Atocha, núm. 32, en los dias que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el Gobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el Secretario y el Interventor.

**OBLIGACIONES DEL TESORO SOBRE EL PRODUCTO DE ADUANAS.**  
Sorteo 13, que se verificará el día 3.  
Ha de aplicarse la suma de 1.931.250 pesetas para los intereses de las 128.750.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para esta 2.868.750, que en junto hacen el total de pesetas 4.800.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.  
Las 257.500 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 2.575 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.  
Encantadas estas, se extraerán del globo 57, en representacion de 5.700 obligaciones por valor de

2.850.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 18.750 por no completar el importe de una centena de obligaciones.  
**OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE EXTERIOR.**  
Sorteo 19 que se verificará el día 1.º  
Ha de aplicarse la suma de 2.598.750 pesetas para los intereses de las 173.250.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 4.901.250, que en junto hacen el total de pesetas 7.500.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.  
Las 346.500 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 3.465 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.  
Encantadas éstas, se extraerán del globo 98, en representacion de 9.800 obligaciones por valor de 4.900.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 1.250 por no completar el importe de una centena de obligaciones.

zacion, y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.  
Madrid 14 de Febrero de 1881.—  
El Secretario, Manuel Ciudad.

**BANCO DE CASTILLA.**  
CANJE POR BILLETES HIPOTECARIOS DE CUBA DE LAS CARPETAS PROVISIONALES.

No habiendo sido presentadas al canje todas las carpetas provisionales, se advierte á sus tenedores que el sorteo de amortizacion de 1.º de Marzo próximo se hará por los billetes definitivos y que no valdrá para sus efectos la numeracion de los billetes consignados en las carpetas, toda vez que éstas deben estar canjeadas antes de dicho sorteo.

Segun lo dispuesto por el Banco Hispano-Colonial, los tenedores de las carpetas que acudan al canje despues del 28 del corriente, por el orden de presentacion de sus facturas, se les adjudicarán los billetes que por orden correlativo de numeracion les corresponda de los que existan para canjear, incluso los que, dentro de esos números, hayan resultado amortizados en el mencionado sorteo de 1.º de Marzo.

En su consecuencia, las operaciones del canje continuarán en las oficinas de este Banco todos los dias de once de la mañana á dos de la tarde, hasta el 28 del actual inclusive.

Los tenedores de resguardos de depósitos realizados en este Banco de carpetas provisionales, se servirán tambien presentarlos antes del 28 del corriente en las oficinas de la Caja, para su canje por los que representan los billetes definitivos que les han sido adjudicados en equivalencia de las carpetas.

**ACCIONES DEL BANCO HISPANO-COLONIAL.**—Los tenedores de las antiguas acciones del Banco Hispano-Colonial podrán presentarse en las oficinas del de Castilla, desde el día 23 del corriente, con las facturas que se les facilitarán gratis para su canje por doble número de las nuevas.

**ACCIONES DEL BANCO DE CASTILLA.**—Los tenedores de resguardos provisionales de las nuevas acciones de este Banco, podrán presentarlos tambien desde dicho día 23 del corriente, para su canje por las acciones definitivas al portador.

Madrid, 19 de Febrero de 1881.  
Por acuerdo de la Administracion.—El Secretario, Ricardo Sepúlveda.

### LA AMÉRICA

Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.  
En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.<sup>a</sup>  
Caños, 1.